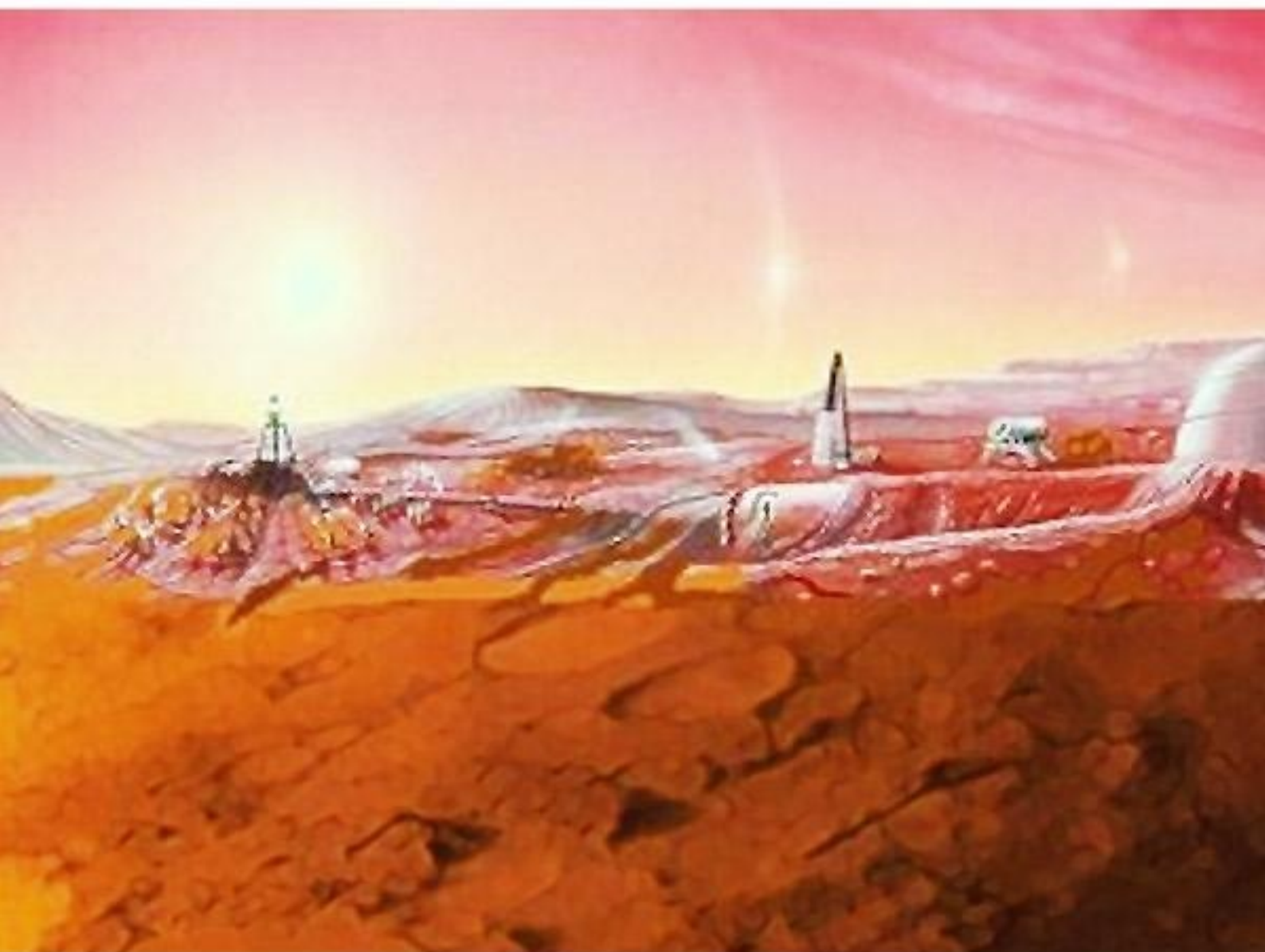


BAJO UN CIELO ANARANJADO



MANUEL ALFONSECA



Lectulandia

Año 2041. A bordo del Aventura, una nave a punto de aterrizar en Marte, viajan decenas de tripulantes con un mismo objetivo: aumentar las instalaciones habitables ya asentadas por expediciones anteriores con la intención de establecer una colonia. Entre los pasajeros también está Irene Pinedo, la periodista encargada de retransmitir a la Tierra todos los detalles del viaje.

Sin embargo, llevar a cabo los objetivos de la misión no resultará tan sencillo. Ya ha habido dos expediciones previas que pisaron Marte y fracasaron y, además, los conflictos de intereses no tardarán en surgir entre los altos mandos. Irene, por su parte, se verá envuelta en un gran descubrimiento que la convertirá en una pieza clave del viaje.

Lectulandia

Manuel Alfonseca

Bajo un cielo anaranjado

ePub r1.0

Titivillus 01.12.17

Manuel Alfonseca, 1993

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LA ENTREVISTA

La luz roja, parpadeante, de la cámara automática de televisión, se encendió ante mis ojos una vez, dos veces, tres. Estaba a punto de entrar en antena para dar comienzo a la entrevista más importante de mi vida. Como cada una de las anteriores. Pero esta iba a ser diferente.

La intermitencia cesó y la luz permaneció encendida. Era la señal. Apreté un botón del mando a distancia y, mientras se apagaba el piloto rojo y en su lugar se iluminaba el verde, comencé a hablar:

—Buenos días. Irene Pinedo les habla a bordo de la nave espacial *Aventura*, a punto de partir hacia el planeta Marte.

Hice una pausa significativa. Aunque no podía verlos, sabía que al menos dos mil millones de personas estaban pendientes de mis palabras. Las emisoras de televisión de todo el mundo habían conectado entre sí para ofrecer esta entrevista. Mi imagen estaba apareciendo simultáneamente en casi todos los hogares de la Tierra. Mi voz, en cambio, solo se oiría en algunos. En otros, sería sustituida por la traducción simultánea.

—Como todos ustedes saben, hoy, jueves, 3 de octubre del año 2041, comienza oficialmente la colonización del planeta Marte. Por fin llegó el momento. O, para ser exacto, llegará dentro de unas seis horas. Pero hemos querido adelantarnos un poco para que tengan ustedes la oportunidad de ver y escuchar a los dos hombres de los que más depende el éxito de esta aventura que, cuando se aproxime el momento de partir, estarán demasiado ocupados para dedicarnos un solo instante. Esos dos hombres están aquí, a mi lado... iba a decir sentados, pero el término no sería correcto, pues nos encontramos en estado de completa ingravidez.

Presioné un par de botones y la cámara automática giró un poco y puso en marcha el *zoom*, alejando lentamente la imagen. Sin apenas mirar el monitor, detuve el *zoom*

en el momento oportuno y continué:

—A mi izquierda, Steve MacDunn, capitán de la nave *Aventura* y jefe supremo de la expedición durante el viaje a Marte. Buenos días, capitán.

—Hola —repuso Steve, con el laconismo que le caracteriza.

—Y a mi derecha, Dimitri Tarkov, director del proyecto Ares-III, que tomará el mando de la colonia después de la llegada a Marte. ¿Qué tal, Dimitri?

—Estupendamente, gracias —respondió sonriendo, mucho más a sus anchas que el capitán.

—¿Está todo dispuesto para la partida, Steve?

—Todo está en orden —respondió, carraspeando un poco—. Saldremos a la hora señalada.

Steve MacDunn es una de esas personas a las que hay que tirar de la lengua si no quieres que se te vaya al traste la entrevista. Afortunadamente, y a pesar de mi juventud, yo tenía bastantes tablas como para no quedarme atascada ante una situación así. Esa era una de las razones, entre otras, por las que se me había encomendado esta misión. Decidí dejar a Steve unos momentos para serenarse e hice a Dimitri la siguiente pregunta:

—Señor Tarkov: ¿podría usted explicarnos por qué el proyecto tiene ese nombre tan raro, Ares-III?

—Es más simple de lo que parece. Ares era el nombre griego del dios Marte. Ya es tradicional asignar nombres mitológicos a las etapas sucesivas de la exploración del espacio. Recuerde el proyecto Apolo, que puso al primer hombre en la luna en 1969.

—Claro que sí. Todos hemos oído hablar de él, y algunos de nuestros espectadores lo vivieron personalmente, a través de la televisión. Díganos ahora qué significa el III.

—También es muy sencillo. Quiere decir que este es el tercer intento de colonización de Marte. Ha habido antes otros dos. Pero señorita Pinedo, eso lo sabe todo el mundo.

—Es muy posible, pero nunca está de más recordarlo. Tenemos tantos espectadores, que siempre habrá alguno a quien le venga bien. Tenga la bondad de hablarnos brevemente de las otras dos expediciones, señor Tarkov.

—Pues... la verdad es que no me resulta agradable acordarme de la primera, especialmente en estos momentos. Ya sabe usted que desapareció sin dejar rastro. Perdimos el contacto con ellos antes de que desembarcaran en Marte... suponiendo que llegaran a desembarcar.

—Eso fue hace diez años ¿verdad?

—Exactamente. En el año 2031.

—Sin embargo, la segunda expedición fue muy distinta...

Tarkov se animó visiblemente.

—¡Cierto! Puede decirse que fue un éxito completo. Todo salió perfectamente, no

sucedió nada anormal, no hubo bajas inexplicables. Se cumplieron todos los objetivos. Eran solo veinticinco personas pero, durante el año que pasaron en Marte, trabajaron como si fueran cien. Gracias a ellos, estamos nosotros aquí. Permítame aprovechar esta oportunidad para rendirles homenaje de agradecimiento. Estoy seguro de que nos están escuchando.

Era el momento de introducir de nuevo a Steve en la conversación. Apreté los controles para que la cámara le enfocara, me volví hacia él y le dediqué una sonrisa.

—En efecto, uno de ellos nos está escuchando, y desde muy cerca. Usted formó parte de la segunda expedición ¿verdad, Steve?

—Sí.

—Cuéntenos algo de lo que hicieron allí.

—Pues... construimos un lugar donde vivir... extrajimos agua del subsuelo... montamos una estación de cultivos hidropónicos... ya sabe, para ser autosuficientes. Naturalmente, no lo conseguimos por completo. Por eso hubo que regresar. Pero resistimos allí casi el doble del tiempo previsto. Fue el primer paso. Me siento orgulloso de haber participado en él.

Steve se iba animando a ojos vistas. Había que aprovecharlo.

—La tercera expedición lo hará aún mejor, supongo...

—Lo intentaremos. Esta vez, vamos a instalar un establecimiento permanente. Con la experiencia que tenemos, no será muy difícil. Pero eso es cosa de Dimitri... Mi responsabilidad termina cuando llegemos a Marte. A menos que ocurra algún accidente...

—Háblenos del viaje, capitán. El *Aventura* parte dentro de seis horas...

Steve consultó su reloj.

—Cinco horas y cuarenta y un minutos, exactamente.

—De acuerdo. Pero supongo que el momento de la llegada no lo conoce con tanta exactitud.

—Eso depende de lo que usted entienda por llegada. El viaje propiamente dicho está planificado cuidadosamente, casi podría decir al segundo... Entraremos en órbita alrededor de Marte el próximo 13 de junio. Pero el descenso a la superficie es más difícil de prever. Depende de las condiciones que encontremos al llegar allí. Aún no sabemos bastante de la meteorología marciana para predecirlas.

—Así que el viaje va a durar más de ocho meses... ¿No parece mucho tiempo?

Naturalmente, yo sabía la respuesta, pero quería que él la dijera.

—No, no es demasiado, teniendo en cuenta que tenemos que recorrer cientos de millones de kilómetros.

Por segunda vez, tuve que fingir una ignorancia que no tenía:

—Pero yo creía que la distancia entre la Tierra y Marte era más pequeña... unos sesenta millones de kilómetros.

—Esa es la distancia mínima. Pero ni estamos ahora en esa situación, ni Marte ni la Tierra permanecerán quietos durante el viaje, ni nosotros vamos a ir en línea recta.

Seguiremos la órbita de mínima energía, que...

Le interrumpí. Temía que se pusiera demasiado técnico para la mayor parte de la audiencia.

—Steve, ¿cuál es, en su opinión, el mayor peligro que amenaza a la expedición durante esos cien millones de kilómetros? ¿Los meteoritos? ¿Las averías?

El capitán del *Aventura* frunció los labios en una leve sonrisa.

—No, no es muy probable que choquemos con un meteorito. Son mucho más raros de lo que la gente cree. El peor problema que vamos a tener es la ingravidez.

—¿Por qué? Ahora mismo estamos en esa situación y no lo encuentro molesto. Más bien es divertido.

—Sí, al principio lo es, como todas las experiencias nuevas. Pero ocho meses y medio es un tiempo muy largo. Si no tenemos cuidado, la ingravidez puede ser peligrosa... Un descuido puede provocar un accidente. También tiene consecuencias sobre la salud humana. Los huesos se descalcifican. Todos los miembros de la expedición estarán sujetos a un control médico muy riguroso.

—Gracias Steve —dije, actuando de nuevo sobre el control remoto de la cámara para que enfocara hacia mi derecha—. Pero vamos a volver con Dimitri Tarkov, que hace rato que está muy silencioso. Vamos a ver: ¿cómo piensa usted organizar la colonización de Marte?

Tarkov alzó las cejas.

—No utilice usted palabras tan grandes, por favor. Sí, es verdad que vamos a instalar una base permanente, pero de ahí a colonizar todo el planeta hay un trecho enorme. Se necesitarán siglos.

—Ya lo supongo. De acuerdo, formularé la pregunta de otra manera: ¿cómo piensa usted organizar la instalación de la primera colonia? ¿Le parece bien así?

—Excelente —repuso Tarkov, sonriendo—. La verdad, no creo que tardemos demasiado en adaptarnos, pues vamos a aprovechar las instalaciones preparadas por la segunda expedición, que supongo seguirán en buen estado. Naturalmente, tendremos que ampliarlas, porque ahora somos cincuenta en lugar de veinticinco. Pero todo eso se irá haciendo poco a poco, sobre la marcha.

—¿Dónde están situadas esas instalaciones?

—En un lugar llamado Chryse Planitia, que significa «La llanura de las crisis». Está en el hemisferio norte, no muy lejos del ecuador.

En ese momento, empezó a parpadear la luz roja de la cámara, avisándome de que el tiempo asignado a la entrevista estaba a punto de cumplirse, de modo que tuve que dar por terminada la conversación con Dimitri, porque aún me quedaba algo que decir, y precisamente era lo más importante, al menos para mí.

—Dimitri Tarkov, Steve MacDunn, muchas gracias por habernos dedicado algunos minutos, a pesar de que estamos tan cerca de la hora de la partida. Pero antes de despedir a ustedes, señoras y señores espectadores, voy a darles una última noticia: Mi misión no termina con el final de esta transmisión. Seguiré en la brecha, siempre

alerta para que todos ustedes puedan conocer, casi inmediatamente, las primicias de este viaje histórico. Porque yo también formo parte de la expedición. Si todo va bien, el próximo día 13 de junio tendrán ustedes una cita conmigo ¡EN DIRECTO, DESDE EL PLANETA MARTE!

La luz verde de la cámara se apagó, indicando que la transmisión quedaba cortada. Exhalé un suspiro de alivio y me volví sonriendo a mis entrevistados, que a partir de este instante pasaban a convertirse en mis superiores. Steve se había puesto en pie y avanzaba con movimientos ondulantes hacia la sala de mandos sin tocar el suelo, apoyándose apenas en una de las paredes. Con un gesto de disculpa, señaló su reloj de pulsera y dijo:

—Solo faltan cinco horas y veintisiete minutos.

«Sí» pensé. «Todo empezará dentro de poco más de cinco horas. Pero ¿quién sabe cómo y cuándo terminará?».

LA LLEGADA

La sala de observación del *Aventura* estaba llena hasta rebosar. Todos los miembros de la expedición se habían reunido allí, excepto la tripulación, que estaba de servicio. Una de las paredes de la sala parecía haberse disuelto, abierta al espacio exterior como si un enorme asteroide la hubiese perforado, causando a todos una intolerable sensación de desnudez y de abandono. En realidad, no corríamos ningún peligro, pues la pared no había sufrido daño alguno: se había convertido en una enorme pantalla sobre la que se proyectaba la imagen captada por las cámaras de la nave, que se enviaba simultáneamente a la Tierra. El sonido tenía que añadirlo yo.

Mi puesto podía considerarse como el lugar de honor, situado en primera fila, en el punto de mejor visibilidad. A través del micrófono que sostenía en la mano, mis palabras y comentarios eran transmitidos a todos los hogares de la Tierra, como en aquella otra ocasión tan lejana, casi nueve meses atrás, en el momento de la partida.

Era el viernes 13 de junio del año 2042. Como había predicho Steve MacDunn, el viaje había transcurrido sin ningún incidente y había llegado a su término en la fecha señalada. Pero ¡qué cambio había sufrido yo! En esos pocos meses, la ingravidez permanente, la inmovilidad forzada, la aglomeración, el roce continuo con las mismas personas en una situación de claustrofobia, me habían provocado un tedio insoportable, un gran deseo de soledad y de silencio.

Ahora mismo, las palabras que estaba pronunciando delante del micrófono parecían salir de mis labios como a regañadientes, en pugna contra una presión exterior que solo existía en mi imaginación. Hablaba despacio y en voz muy baja, como si estuviera en la iglesia, como si me viera privada del don de la palabra por el impresionante espectáculo que tenía a la vista y que estaba describiendo para todos los millones de ojos humanos que lo veían por primera vez, casi, pero no exactamente, al mismo tiempo que yo.

«Esta es una transmisión en directo desde el planeta Marte», había dicho al comenzar. Y, en realidad, no lo era, no podía serlo. Porque las imágenes aparecían con retraso en los receptores de televisión y mis palabras se oían casi un cuarto de hora después de que yo las pronunciara. Ese retraso era inevitable. Las ondas de radio no viajan a velocidad infinita, y tenían necesidad de trece minutos y quince segundos para recorrer la distancia que en ese momento nos separaba de la Tierra.

«Ese formidable círculo de nebulosa que borra las estrellas de la mitad del firmamento, es el planeta Marte» expliqué, innecesariamente. «Ahora estamos en la cara nocturna, al otro lado del sol, a punto de entrar en órbita. Ayer se pusieron en marcha los cohetes del *Aventura*, por primera vez desde que alcanzamos la velocidad de crucero al salir de la Tierra. Entonces nos aceleraban, ahora nos están frenando. Hemos recuperado la sensación de peso, de nuevo tienen sentido para nosotros términos como “arriba” o “abajo”, aunque en forma muy poco satisfactoria, pues la aceleración de la nave no alcanza la décima parte de la gravedad terrestre. Cualquier movimiento brusco nos lanza hacia las alturas y parece que transcurre una eternidad antes de que regresemos al suelo».

«Dentro de unos momentos, en cuanto nuestra velocidad haya alcanzado el valor exacto, los cohetes se detendrán, entraremos en órbita y volveremos a la ingravidez total, pero solo provisionalmente, porque no tardaremos mucho en descender a la superficie. Para ello, el *Aventura* lleva dos naves pequeñas, dos módulos o lanzaderas con propulsión independiente, cada una con capacidad para seis personas. La nave principal se quedará aquí, en órbita, hasta que la necesitemos de nuevo. Como saben, fue montada en el espacio y no es capaz de resistir los esfuerzos necesarios para elevarse desde la superficie de un planeta».

«En este instante siento la extraña sensación que indica que estamos de nuevo en estado de ingravidez. Los cohetes acaban de detenerse. El viaje del *Aventura* ha terminado».

«¡Miren esa línea clara que ha aparecido en el borde de Marte! Es la luz del sol, reflejada por el planeta. Es el amanecer, que se acerca. Y un poco más a la derecha verán un punto luminoso, mil veces más brillante que cualquier estrella: es Fobos, el mayor de los dos satélites, un pedrusco de poco más de veinte kilómetros de diámetro, con forma de patata, cubierto de cráteres, al que no tardaremos en adelantar, pues nuestra órbita es más baja que la suya».

«Observen cómo crece a ojos vista la parte iluminada del planeta. Ya se ve muy bien el color de la superficie, rojo anaranjado, aunque todavía no podemos distinguir los detalles. Pero no se preocupen. En cuanto aparezca Chryse Planitia, se la señalaré. Allí es donde vamos a vivir».

Así continué hablando durante más de media hora, señalando los hitos con ayuda de un mapa que me había proporcionado el capitán, mientras la parte iluminada de Marte crecía hasta llenar casi todo el campo de visión y, con su fulgor rojizo, borraba por completo las estrellas. Pero esta transmisión estaba destinada a tener un final

prematureo. Mucho antes de la hora prevista, ocurrió algo que nos obligó a modificar los planes.

Yo había observado hacía rato una zona de la superficie de Marte que no cuadraba con el mapa que tenía delante. Era una mancha blanquecina, borrosa, aproximadamente circular, que en algunos momentos parecía moverse, aunque nunca con tanta claridad como para dejarme libre de toda duda. No dije nada al respecto, pues no sabía lo que era, pero mis ojos la buscaban continuamente y mis palabras se perdían a veces en la mitad de una explicación. Al menos, eso me han dicho, pues yo estaba demasiado intrigada para darme cuenta. Sin embargo, fue precisamente esa mancha la que cambió la situación.

De pronto, la voz del capitán resonó a través de los altavoces de la nave y tuve que interrumpirme para escucharle. Sus palabras, captadas por el micrófono que yo tenía en la mano, se propagaron hasta la Tierra, por lo que todo el mundo se enteró de lo que había sucedido.

—¡Atención! Acabamos de descubrir en la superficie de Marte los primeros síntomas de una tormenta de polvo que amenaza cubrir todo el planeta. Es preciso proceder al desembarco inmediatamente, si no queremos quedarnos atascados en el *Aventura* hasta que se aclare la atmósfera. Durante la tormenta, la visibilidad será nula y las lanzaderas no podrán operar. Les recuerdo que las tormentas de polvo marcianas duran, a veces, varios meses. La transmisión en directo a la Tierra queda suspendida. Se ruega a todo el mundo que abandone la sala de observación y se dirija inmediatamente a su puesto.

Apenas me dejaron unos segundos para pronunciar unas palabras de despedida. Después, la imagen de Marte desapareció y la pared de la sala de observación volvió a su condición normal. Dejé el micrófono y el mapa y me dirigí al camarote que compartía con otras cinco mujeres. Ese era mi puesto. No formando parte del personal técnico de la nave, lo que tenía que hacer en caso de emergencia era quitarme de en medio cuanto antes, para no estorbar a los demás.

Ahora sabía lo que era la mancha blanca. Era un tornado, una tormenta giratoria, como las que aparecen a menudo en las regiones tropicales de la Tierra, pero mucho mayor. Tenía que ser enorme, para aparecer tan grande desde la altura a la que nos encontrábamos. Y todavía iba a crecer más, hasta inundar de polvo toda la atmósfera del planeta.

Antes de que eso ocurriera, teníamos unas cuantas horas por delante, quizá varios días. Sin embargo, no había tiempo que perder. Era necesario hacer muchos viajes, pues solo disponíamos de dos lanzaderas, que no podían llevar más de doce personas simultáneamente, sin contar la carga. Además, el desembarco no podía ser inmediato. Había que enviar primero un grupo especializado que comprobara si las instalaciones de la segunda expedición estaban en condiciones de funcionar.

Pero todo se llevó a cabo felizmente en menos de cuarenta y ocho horas, y el día quince de junio, poco después del amanecer, las dos lanzaderas se posaban junto a

una enorme burbuja de plástico transparente, en el centro de Chryse Planitia, después de realizar su último viaje. Y, mientras los astronautas recorrían los últimos metros a través de la llanura marciana, pequeñas plumas de polvo se elevaban a su alrededor, mientras la atmósfera tomaba, por momentos, un aspecto más opaco e impenetrable.

Al día siguiente, la visibilidad era totalmente nula, y lo siguió siendo durante más de un mes.

Pero eso no quiere decir que nos aburriésemos. Había demasiadas cosas que hacer: adaptar las instalaciones, trasladar objetos de un lado para otro, comenzar los trabajos de expansión... No nos quedaba ningún tiempo libre para lamentarnos de no poder explorar este planeta que se ha convertido en nuestro nuevo hogar.

Nuestra casa, o más bien nuestra ciudad, es una enorme burbuja de doscientos metros de diámetro y veinticinco de altura, cuyas paredes de plástico se hunden en tierra hasta seis metros de profundidad. El interior está perfectamente aislado y lleno de aire a presión casi normal: un noventa por ciento de la que tiene la atmósfera terrestre al nivel del mar. Es como si viviéramos en lo alto de una montaña de unos 1000 metros de altitud. Las paredes son transparentes y a través de ellas podemos ver el suelo pardo-amarillento del planeta, de tierra pulverulenta salpicada de rocas de diversos tamaños. En cambio, el suelo de la burbuja es de linóleo.

Esta estructura es absolutamente necesaria para asegurar nuestra supervivencia. La atmósfera de Marte es cien veces menos densa que la terrestre y totalmente irrespirable. La temperatura es muy baja: rara vez sobrepasa los 30 grados bajo cero, y de noche, o en invierno, puede llegar a los 90. En esas condiciones, para salir al exterior de la burbuja es imprescindible llevar un traje espacial.

Los cuatrocientos mil metros cúbicos de aire contenidos en la burbuja se regeneran automáticamente y se mantienen respirables mediante diversos procedimientos. Por un lado, la fotosíntesis que realizan los cultivos hidropónicos consume anhídrido carbónico y desprende oxígeno, además de proporcionarnos alimentos frescos. Pero, como esto es insuficiente, utilizamos también medios químicos para completar la limpieza del aire que respiramos.

Tenemos también mucho cuidado con el agua, pues el subsuelo de Marte solo proporciona pequeñas cantidades y es necesario ir a buscarla hasta grandes profundidades. Por eso, disponemos de máquinas que la extraen de nuestras sustancias de desecho e incluso recuperan del aire el vapor de agua que desprenden nuestros cuerpos. El agua marciana solo sirve para reponer las pequeñas pérdidas inevitables.

Naturalmente, mi trabajo como periodista y corresponsal en Marte no me ocupa demasiado tiempo, por lo que se me asignó un puesto en la sección de cultivos hidropónicos, responsable de la alimentación de la colonia. Aquí nadie puede permanecer ocioso: casi todo el mundo desempeña, al menos, dos papeles. Y dado que mi falta de formación técnica me incapacita para otras actividades, me alegré de poder servir de algo en lo que yo llamo, para horror de los expertos, nuestro

departamento de Agricultura.

Entonces no podía imaginar que, entre tantos científicos, iba a ser yo quien haría el descubrimiento más importante de todos los tiempos, y que sobre mis hombros iba a recaer una enorme responsabilidad, que amenaza aplastarme bajo su peso.

EN EL VOLCÁN

Olympus Mons (Monte Olimpo), El volcán más grande de Marte y quizá de todo el sistema solar. Su altura es de 27 kilómetros (tres veces más que el Everest). Cubre un área circular de más de 200 000 kilómetros cuadrados (casi la mitad de España). La caldera, de 64 kilómetros de diámetro, está bordeada por una escarpa que en algunos lugares alcanza 7 kilómetros de altura. Se ignora si está activo, pues jamás se ha observado una erupción en Marte, ni en Olympus Mons ni en ningún otro volcán. Fue descubierto en 1879 por Schiaparelli, aunque no se reconoció su naturaleza volcánica hasta casi un siglo después, cuando la sonda Mariner 9 fotografió la superficie de Marte. (**Encyclopaedia Terrestris**, 2.^a edición, disco óptico n.º 15, año 2036).

El 28 de julio, fecha en que se cumplían cuarenta y cinco días desde nuestra llegada a Marte, estaba yo en mi dormitorio con Inge Borland, una de mis compañeras de habitación, cuando alguien llamó con los nudillos a la puerta y, sin aguardar respuesta, la abrió y entró. Era Marcel Dufresne, un técnico francés que había conocido durante el viaje, que desde entonces se había convertido en mi compañero inseparable, muy a mi pesar. En un ambiente tan abarrotado como la colonia, me resultaba difícil eludirle.

Llegaba sin aliento, como si hubiera hecho un esfuerzo desacostumbrado. Inge le miró con hostilidad y le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Has visto algún fantasma?

Marcel alzó las cejas y respiró profundamente antes de responder:

—Todo lo contrario. El fantasma ha desaparecido. Ha terminado la tormenta de polvo.

Inge se encogió de hombros.

—¿Eso es todo? Por tu aspecto al entrar, se diría que había pasado algo importante.

Marcel la ignoró y se dirigió únicamente a mí.

—Steve está preparando una salida para mañana. Busca voluntarios para acompañarle. ¿Qué te parece, Irene?

—¡Estupendo! ¿A dónde vamos a ir?

—A Olympus Mons. Ya sabes, el volcán más grande de Marte. Es una oportunidad única. Descenderemos dentro de la caldera.

Inge lanzó una risita despreciativa.

—¿Una oportunidad única? ¡No me hagas reír! Tendremos cientos como esta. Dentro de un año estaremos hartos de viajes y exploraciones. Total ¿para qué? Este planeta está muerto.

—Si tanto te fastidia, ¿para qué viniste? —estalló Marcel.

Inge se puso rígida y le fulminó con la mirada. Luego se levantó, se dirigió a la puerta y salió sin decir palabra. Marcel la siguió con los ojos, sonrió con displicencia y se volvió de nuevo hacia mí.

—Vendrás ¿verdad?

—Naturalmente. Voy en seguida a decirle a Steve que quiero acompañarle.

—No es necesario. Ya le he dicho yo que cuente con los dos.

Al oírle, me indigné. Al parecer, este tipo creía que podía actuar en mi nombre, sin siquiera consultarme. Y, como yo no me trago las palabras, le dije con toda claridad lo que pensaba de él.

—Pero ¿qué te pasa? —exclamó sorprendido—. ¿Qué he hecho ahora? ¿Por qué te enfadas? ¡Si estabas deseando salir a la primera oportunidad! Ayer mismo me lo dijiste.

Me quedé mirándole asombrada. Por fin, venció la cortesía, forcé una sonrisa y dije:

—Está bien, Marcel. Te lo agradezco. Pero ahora déjame, por favor. Necesito un instante de tranquilidad.

Marcel me observó en silencio unos momentos. Luego se encogió de hombros y salió de la habitación. Tras aguardar un rato para darle tiempo a alejarse, salí también y, dirigiéndome a la escotilla de entrada de la burbuja, miré ansiosa al exterior a través de la pared transparente. Marcel tenía razón. La mayor parte del polvo que había hecho opaca la atmósfera había vuelto a posarse. No todo, por supuesto, pero eso no ocurriría jamás. Al menos, el sol volvía a brillar y la visibilidad se había alargado hasta varios cientos de metros. Sobre nosotros, como una cúpula, se elevaba el extraño cielo anaranjado de Marte.

El viaje de exploración que estábamos a punto de realizar era el primero que se organizaba pero, naturalmente, no sería el último. Yo estaba decidida a participar en

todos, pues mi profesión me obligaba a ello, y en cuanto se reanudaran las transmisiones hacia la Tierra, tenía la intención de enviar un programa al menos cada semana.

Naturalmente, en una atmósfera tan tenue como la marciana, no era posible utilizar aviones o helicópteros para trasladarse de un lugar a otro. Por otra parte, el viaje a Olympus Mons era demasiado largo y difícil para emprenderlo a pie o en un vehículo terrestre: el volcán está separado de Chryse Planitia por más de cuatro mil kilómetros de terreno muy accidentado. Por esa razón, íbamos a utilizar uno de los dos módulos propulsados por cohetes que nos sirvieron para llegar a la superficie del planeta desde el *Aventura*, que aún seguía en órbita alrededor de Marte.

Los cinco miembros de la colonia que íbamos a tomar parte en esta primera exploración abandonamos la burbuja por la única salida, que daba a la llanura donde estaban las lanzaderas a través de un pequeño compartimento estanco. Después de dar algunos pasos, Marcel se volvió a contemplarnos y lanzó una carcajada.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —preguntó Steve. Los trajes espaciales estaban provistos de emisores y receptores de radio sintonizados a la misma frecuencia, por lo que todos podíamos hablar unos con otros.

—Exceptuando a Steve, estáis todos muy agradecidos —replicó Marcel sin dejar de reír—. Parecéis tres osos patosos.

—Pues yo estoy viendo cuatro —respondió el jefe de la expedición—. No te olvides de que tú eres tan novato como ellos.

—Es esta maldita gravedad —dijo Jozef Larski, que a duras penas podía contener la risa—. Es muy difícil acostumbrarse a andar. Cuando quieres levantar un pie, se te sube hasta las nubes. Y cuando das un pequeño salto para eludir un obstáculo, te encuentras con que has ido a parar a un metro de distancia.

—Sin contar con que el peso del traje despista mucho —dijo Marcel.

—Pues yo no veo que sea tan pesado —intervine yo—. Me parece que exageras.

—¡Claro que no parece pesado! Veinte kilos terrestres se convierten en Marte en poco más de siete y medio. Pero si el peso es inferior, el momento de inercia no varía, y eso es lo que despista.

—Ya lo sé, no hace falta que me lo expliques —repuse algo mohína. Me fastidiaba la facilidad que tenía para hacerme quedar como una ignorante. Y lo peor es que a menudo tenía razón.

Durante esta conversación, habíamos llegado al módulo que íbamos a utilizar. Steve abrió la puerta y ordenó que nos dirigiéramos a nuestros asientos y nos abrocháramos los cinturones de seguridad. Luego realizó las comprobaciones previas a la salida, obtuvo de la base la autorización para despegar y se dispuso a poner el vehículo en marcha. Se hizo un silencio absoluto.

Media hora más tarde, el módulo se posaba suavemente en el centro de la caldera del volcán más grande del sistema solar. Todos descendimos y miramos a nuestro alrededor. Yo tenía la cámara de vídeo dispuesta, pero tardé un poco en ponerla en

marcha. Me sentía algo decepcionada. El paisaje que nos rodeaba no tenía nada de impresionante. El suelo casi plano, de lava solidificada, se extendía indefinidamente en todas direcciones como una inmensa y desierta llanura. El diámetro de la caldera era tan grande, que la mayor parte de su reborde rocoso quedaba por debajo del horizonte. Solo a lo lejos, hacia el norte, se veía una enorme pared montañosa que, a esta distancia, parecía una cordillera.

De pronto, me di cuenta de que el aspecto del cielo era aquí muy diferente del que ya me había acostumbrado a asociar con el planeta Marte. En lugar de anaranjado, era azul oscuro, casi negro. A lo lejos, cerca de la pared rocosa, me sorprendió ver algunas nubecillas blancas, alargadas y algodonosas.

—¿Por qué tiene el cielo este color tan raro? —pregunté a través del intercomunicador.

—Porque estamos a veinte kilómetros de altura y la mayor parte de la atmósfera queda debajo de nosotros —respondió Steve—. Aquí no llega el polvo. Estamos en un vacío casi absoluto.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —quiso saber Jozef Larski.

—He posado el módulo muy cerca de una de las chimeneas. Vamos a ver qué aspecto tiene. Quizá podamos deducir si el volcán está apagado o no.

El quinto miembro de la expedición, un alemán llamado Karl Malden, que no había hablado hasta entonces, despegó los labios por primera vez.

—¿No sería preferible separarnos para aprovechar mejor el tiempo?

—No, Karl, es mejor que vayamos todos juntos.

—No podemos perdernos. Estamos conectados por radio.

—¿Y si ocurre un accidente?

—¿Qué puede ocurrir en este terreno tan llano?

—A pesar de todo, haremos lo que yo digo. Recuerda que soy el jefe de la expedición —declaró Steve con voz tajante.

Emprendimos la marcha. Naturalmente, no pude evitar que Marcel se pegara a mí, pero procuré prestarle la menor atención posible y a menudo utilicé la cámara sin tener, en realidad, gran cosa que grabar. Estaba visto que esa salida no iba a proporcionarme mucho material.

Después de caminar durante un rato, me fijé en un objeto de gran tamaño que se encontraba a unos veinte pasos hacia la izquierda del camino que estábamos siguiendo. En realidad, no era más que una roca, pero en un terreno tan plano cualquier cosa que sobresaliera un poco atraía la atención. Hice unas tomas y me dispuse a seguir a mis compañeros, pero de pronto cambié de idea, decidí observarla más de cerca y me dirigí hacia ella, seguida, como siempre, por Marcel.

Al llegar descubrí que, en realidad, no se trataba de una roca, sino de dos, una de las cuales estaba firmemente empotrada en tierra, mientras la otra se apoyaba sobre ella en un ángulo muy pronunciado. Pero lo más curioso era que la cara inferior de esta última parecía adornada por unos extraños copos o escamas, algunos de los

cuales se habían desprendido y caído al suelo, que estaba cubierto por un minúsculo polvo blanquecino. Tomé un primer plano de la roca y de las escamas, luego me arrodillé, intenté rascarlas y descubrí que se desprendían con facilidad.

—Voy a llevarme unas muestras para estudiarlas en la colonia —dije, tomando también un poco del polvo blanco e introduciéndolo en un bolsillo del traje, previsto para casos como este.

No habíamos permanecido junto a las rocas más que algunos minutos. Nuestros compañeros solo pudieron avanzar en ese tiempo algunas decenas de pasos. Sin embargo, cuando me puse en pie y me dispuse a seguirles, me sorprendió ver que se habían perdido de vista.

No me extrañó demasiado. Sin duda estaban detrás de alguna desigualdad del terreno, una grieta u ondulación, que les ocultaba a nuestros ojos. Y en efecto, después de avanzar durante un corto espacio, llegamos al borde de una depresión poco profunda, prácticamente invisible desde la superficie del cráter, en cuyo fondo estaban los demás, contemplando con atención un pozo bastante ancho que se hundía hacia las entrañas de Marte. Aquella era una de las chimeneas de Olympus Mons, por donde las lavas del interior del planeta habían salido a la superficie en cantidades inmensas en un pasado cuya lejanía o proximidad se trataba precisamente de descubrir. Karl Malden estaba ya dedicado a cortar algunas muestras de lava para analizarlas en el laboratorio de la colonia.

Me acerqué a Steve y me disculpé por haberme rezagado. Luego enfoqué a Karl y puse en marcha la cámara, para captar toda la escena. No sabía que el verdadero descubrimiento del viaje estaba ya hecho y que yo llevaba las pruebas en el bolsillo.

EL DESCUBRIMIENTO

Pietro Fiorentino, bioquímico de la colonia, era un hombre de unos sesenta años, canoso y delgado, que daba la sensación de ser muy nervioso, pues tenía la costumbre de tamborilear continuamente con los dedos sobre cualquier superficie dura que estuviera a su alcance. Sin embargo, hablar de su trabajo parecía calmarle un poco. Aquel día, cuando fui a verle, le encontré más alterado que de costumbre.

—¿Qué has encontrado? —le pregunté, sin saludarle siquiera, nada más entrar en el laboratorio.

Levantó los ojos y, durante unos momentos, me miró sin verme. De pronto, enfocó la vista y pareció darse cuenta de que yo estaba allí. Se levantó del asiento, avanzó hacia mí como poseído por una emoción extraña y me asió con fuerza por las muñecas. Desconcertada, di un paso atrás, pero no me soltó.

—¡Es extraordinario! —exclamó, mientras tiraba de mí hacia su mesa de trabajo—. Ven aquí, tienes que verlo.

—¿Tiene algo que ver con las escamas y el polvo blanco que traje de Olympus Mons? —pregunté, tratando de conservar la calma.

En lugar de contestar, Pietro señaló el microscopio electrónico.

—¡Mira! —ordenó.

Le obedecí aunque, como esperaba, la imagen que vi en la pantalla no tenía ningún sentido para mí. Después de unos momentos me volví hacia él y le miré en silencio.

—¿No es maravilloso? —preguntó, frotándose las manos, sin sonreír.

—Pero ¿qué significa?

Solo entonces pareció darse cuenta de que yo continuaba en la más completa ignorancia. Enarcó las cejas y exclamó:

—¡Qué ironía! ¡Qué burla del destino! Haces el descubrimiento más sensacional

de todos los tiempos y preguntas qué significa. Y, sin embargo, tú, que ni siquiera tienes una carrera científica, tú, que apenas has salido del huevo, te llevarás toda la fama. De mí, que lo he identificado, que tengo cuarenta años de dedicación a mis espaldas, no se acordará nadie.

Pietro trataba de aparentar que hablaba en broma, pero comprendí que sus palabras encerraban una profunda amargura. Sin embargo, yo estaba demasiado intrigada por el descubrimiento para ocuparme de sus sentimientos.

—Pero ¿qué es? —pregunté ansiosa.

Durante unos instantes me miró en silencio. Luego dijo, pronunciando con exagerada claridad, como si quisiera que sus palabras quedaran grabadas en la Historia:

—Acabamos de descubrir la existencia de vida en Marte.

Me quedé sin habla. Lo digo de verdad: por primera en mi vida, no supe qué responder. No me lo esperaba. ¿Y era yo, una simple periodista, quien había hecho el descubrimiento? Mi primera sensación fue la más absoluta incredulidad. Pero Pietro entendió mal mi silencio, pues comenzó a extenderse en sus explicaciones, con un ligero tono de impaciencia en la voz.

—¿Comprendes lo que te digo? Esas escamas que me has traído son formas de vida completamente diferentes de las nuestras. ¡Por primera vez se ha detectado la existencia de vida fuera de la Tierra!

—¿Estás seguro?

—No cabe la menor duda.

—Pero ¿no podría ser algo que hayamos traído nosotros mismos de la Tierra y que se hubiese adaptado a este ambiente?

—No habría tenido tiempo para cambiar tanto.

—¿Por qué no? La exploración de Marte se remonta a 1976, cuando los Estados Unidos enviaron las cápsulas Vikingo. Desde entonces han pasado casi setenta años.

Pietro me dirigió una mirada de franca hostilidad.

—¿Setenta años? ¿Es eso lo que tú consideras «tiempo suficiente»? No tienes ni idea de cómo actúa la evolución biológica. Se necesitarían millones de años para producir esto a partir de formas de vida terrestre. Además, ninguno de los Vikingos se posó en Olympus Mons ni en sus proximidades.

Estaba muy excitado. Temí que sus celos hacia mí estallaran con violencia en cualquier momento y traté de apaciguarle.

—No te pongas nervioso. Reconozco que sé poco del asunto. Soy, como tú mismo has dicho, una aficionada. Por favor, cuéntamelo todo desde el principio.

Mis palabras parecieron calmarle. Se apoyó en la mesa con una mano, se limpió con la otra el sudor de la frente y comenzó a hablar con voz monótona, como si estuviera pronunciando un discurso:

—El material que trajiste de Olympus Mons está compuesto en un ochenta por ciento de materia orgánica, pero no hay en él la menor señal de paredes celulares. He

utilizado la máxima ampliación del microscopio, casi cien mil aumentos, y no las he podido ver. Esto significa que la vida marciana se ha desarrollado en líneas totalmente diferentes de la terrestre y que no se basa en la existencia de células.

Señaló un frasco pequeño que estaba sobre la mesa, dentro del cuál pude ver uno de los copos que yo había traído.

—Esta es una forma de vida relativamente avanzada, pues es visible a simple vista. Desde luego, es mucho más compleja que los microbios que, como mucho, esperábamos encontrar, hasta ahora sin éxito.

—¿Y qué pasa con el polvo blanco? —le pregunté—. ¿Está vivo también?

—El polvo no está vivo —respondió el bioquímico—. Se forma con los restos que se desprenden espontáneamente de las escamas, que viven pegadas a las rocas de una manera parecida a los líquenes de la Tierra, aunque no tienen nada que ver con estos.

—Ya veo. Se trata de una forma de vida muy primitiva, muy poco viva, por decirlo así.

—No estoy de acuerdo —protestó Pietro—. Esos copos son capaces de alimentarse por sí mismos utilizando la energía solar. Y no necesitan oxígeno para respirar. Están tan vivos como tú y como yo.

—¿Sabes ya de qué manera se alimentan y cómo se reproducen?

—Todavía no. No he tenido tiempo. Sé que realizan una función parecida a la fotosíntesis, pero sin clorofila. Todavía ignoramos muchas cosas. ¡Pero las descubriré, te lo aseguro, como me llamo Pietro Fiorentino!

Viendo que volvía a perder la calma, me apresuré a despedirme y le dejé con sus investigaciones. Si todo lo que me había dicho era cierto, yo tenía algo importante que hacer y quería hacerlo cuanto antes.

Dimitri Tarkov me miró fijamente desde el otro lado de la mesa de su despacho, pero durante algunos minutos no dijo nada. Me había mandado llamar con urgencia y, aunque yo conocía muy bien la causa, había decidido fingir ignorancia el mayor tiempo posible. Sentado a mi lado, Steve MacDunn permanecía en silencio, mirándose las uñas de las manos. Por fin, al ver que no lograba ponerme nerviosa, Dimitri se cansó y dijo:

—Estoy esperando una explicación.

Puse cara de inocente y le respondí con una sonrisa.

—No sé a qué te refieres, Dimitri.

Por un momento, contrajo los puños como si le costara trabajo controlarse. Después habló, con voz muy tensa, entre los dientes apretados:

—Lo sabes perfectamente. Me refiero a la comunicación que has enviado a la Tierra hace poco más de una hora y que fue retransmitida inmediatamente por todos los medios informativos.

—¡Ah! ¿Es eso? ¿Qué tiene de particular?

—Nada, sino que no te has molestado en pedir mi autorización o, por lo menos, en informarme previamente.

—No se me ocurrió.

—No, a ti no se te ocurre nada. Se realiza bajo mi jurisdicción el descubrimiento del siglo y yo soy el último en enterarse. ¿Te parece correcto?

No contesté. En realidad, no había nada que decir. Lo que había hecho, lo hice a sabiendas, perfectamente consciente del revuelo que se iba a organizar. Pero no podía arriesgarme a que Tarkov prohibiera la difusión de la noticia. Aunque técnicamente, como responsable de la colonia, él era mi superior jerárquico, yo me debía ante todo a mi público. Por eso tuve que adelantarme y, aprovechando la primicia que acababa de darme Pietro Fiorentino sobre la existencia de vida en Marte, me apresuré a dirigirme a la sección de transmisiones, donde no se sorprendieron de verme, pues mi trabajo me llevaba allí con frecuencia, y envié ese mensaje a los medios informativos. Ahora estaba hecho, y todos los enfados de Dimitri no conseguirían deshacerlo.

Naturalmente, yo comprendía su punto de vista. Estrictamente hablando, él era la persona que tenía que haber dado la noticia. Yo le conocía ya lo bastante para saber que le encantaba dar golpes de efecto y asombrar a los demás. Esta vez lo habría conseguido plenamente, si yo no me hubiese adelantado.

—Tengo entendido que el hallazgo que dio lugar al descubrimiento se realizó durante la expedición a Olympus Mons —dijo Steve, interviniendo por primera vez en la conversación.

—Así es —dije.

—Supongo que tampoco se te ocurrió que, como responsable de aquella salida, tenías que haberme informado.

—No pensé que fuera importante —respondí, enrojeciendo. Por algún motivo, la opinión de Steve me preocupaba mucho más que la de Dimitri—. Al fin y al cabo, solo se trataba de un poco de polvo.

—A pesar de todo, debiste habérmelo dicho. Espero que no vuelva a suceder.

—Lo mismo te digo, Irene —exclamó Tarkov—. Tienes que recordar que aquí no rigen las leyes civiles, sino la disciplina del servicio astronáutico, muy similar a la del ejército. Lo que has hecho ha sido una grave transgresión de esa disciplina. Por esta vez, lo dejaremos pasar, pero no debe repetirse. ¿Está claro?

—Perfectamente.

—¿Qué va a ocurrir ahora? —preguntó Steve, dirigiéndose a Dimitri.

—¿Qué quieres decir?

—Quisiera saber cómo va a afectarnos esto desde el punto de vista político. No sé si me explico. El hallazgo de formas de vida extraterrestre tiene un enorme poder propagandístico. Sospecho, por consiguiente, que dentro de muy poco tiempo vamos a estar en el centro de la atención pública y me pregunto cómo nos va a afectar eso.

Tarkov carraspeó. Esperaba esta pregunta, pero al mismo tiempo la temía, porque

no estaba seguro de cómo debía contestarla.

—Este —dijo— va a ser, sin duda alguna, el primer gran resultado de la misión Ares-III. Es verdad que su importancia práctica es reducida, por no decir nula, pero tienes razón, Steve, su efecto sentimental y de propaganda será inmenso. A partir de ahora, nadie se atreverá a decir que los esfuerzos de colonización del planeta Marte son un dispendio inútil. Por eso, me parece que este descubrimiento nos va a ser muy favorable. Hay ciertos proyectos, que estaban sobre la mesa del gobierno, con los que, en el fondo, no me atrevía a contar, porque exigirán grandes dispendios, pero cuya aprobación significaría nuestra consolidación definitiva, y que ahora... Pero ya he dicho demasiado. Por favor, no me preguntéis más, no estoy autorizado a hablar.

—En ese caso —repuso Steve—, e independientemente de los defectos de forma en que haya podido incurrir, creo que deberíamos expresarle a Irene nuestra felicitación y nuestro agradecimiento. Al fin y al cabo, ella ha sido la principal responsable.

Un poco a regañadientes, Dimitri Tarkov me dirigió algunas palabras amables, pero casi no pude escucharlas. Estaba demasiado turbada ante esta muestra de simpatía por parte de Steve, totalmente inesperada en un hombre tan serio y poco expresivo como él. Y mientras salía del despacho del jefe de la colonia, sentí una enorme e inexplicable felicidad.

UNA GRAN NOTICIA

Dimitri tenía razón. Mi descubrimiento tuvo grandes consecuencias para la colonia marciana. Bueno, quizá pecho de presunción al imaginar que todo fue obra mía. Posiblemente habría ocurrido de todas formas, pero no tan pronto. A pesar de la acostumbrada lentitud de los políticos, solo tardaron cuatro meses en someter a la aprobación del Parlamento Terrestre el proyecto de ley de desarrollo de Marte. Su promulgación definitiva podía tardar alrededor de un año.

Para nosotros, esta ley suponía una revolución. Pondrá a nuestro alcance energía barata en grandes cantidades, lo que nos permitirá avanzar mucho más deprisa, ampliar las instalaciones y aumentar considerablemente la población. Pero eso no es todo: los científicos dicen que, a la larga, podríamos aspirar a reconstruir totalmente la atmósfera y aumentar la temperatura media de Marte, con lo que sería posible salir al exterior sin protecciones especiales. Otro de los proyectos permitiría la irrigación y el cultivo de enormes regiones, tan grandes como continentes... La verdad, a mí me cuesta trabajo creerlo. Pero ellos aseguran que, en pocos siglos, Marte se habrá convertido en un planeta apto para la vida humana. Incluso han inventado un término para todo este proceso, que a mí me parece horrible: «Terraformación».

El procedimiento que nos permitirá obtener energía es muy simple: se colocarán, en órbita estacionaria alrededor de Marte, tres grandes espejos parabólicos que captarán la luz y el calor del sol y los enfocarán sobre una estación de aprovechamiento de energía solar situada a dos mil kilómetros de las instalaciones actuales de la misión. Desde allí, la energía se transmitirá a los distintos centros de utilización por líneas ordinarias de fibra óptica. El primero de esos centros se construirá muy cerca de la colonia; pero pronto habrá otros, a medida que las actividades humanas en Marte se vayan extendiendo. Para eso necesitaremos gente. Mucha gente.

Sin duda, dentro de poco habrá una avalancha de voluntarios que querrán aprovechar las nuevas oportunidades que se van a abrir aquí. Entonces, nosotros seremos los pioneros, los primeros en llegar, los padres fundadores, los únicos que tendremos experiencia. Será una situación muy curiosa e interesante.

Marcel Dufresne irrumpió jadeante en mi habitación. Al verle, Nina Fedorovna, otra de mis compañeras, frunció el ceño y dijo:

—Hay gente que todavía no se ha enterado de que hay que llamar a las puertas antes de entrar en las habitaciones.

Marcel la ignoró y se dirigió únicamente a mí:

—Ven un momento. Tengo que hablar contigo.

Aunque estaba tan enfadada como Inge y Nina, preferí sacar de allí a Marcel cuanto antes, me puse en pie y le seguí hacia la puerta. Inge me observó con una sonrisa cínica. Mientras salía, oí cómo le decía a Nina:

—Hace lo que quiere con ella. Siempre está igual: «Ven por aquí, vete por allá...». Y le obedece como un corderito.

No me hizo ninguna gracia oírle y mi irritación con Marcel se hizo aún más profunda, por lo que, apenas salimos al pasillo, le pregunté sin ambages qué quería de mí.

—Acabo de enterarme de la gran noticia —respondió—. ¿Lo sabes ya?

—Si te refieres al proyecto de ley, sí, lo sé.

Marcel se detuvo y me miró, resplandeciente.

—Todo esto se debe a tu descubrimiento. Por primera vez en la historia de la humanidad, el hombre ha demostrado que existe vida fuera de la Tierra. Y lo has conseguido tú. Tu nombre quedará grabado con letras de oro en los archivos históricos. Esto es tan importante como el primer viaje a la luna. Más, quizá.

Me pareció un poco exagerada su alegría y no comprendía porqué tenía que alabarme tanto. Después de todo ¿qué había hecho yo? Fijarme en aquellas escamas y llevárselas a la persona capacitada para identificarlas. Pietro Fiorentino había hecho lo más importante. Pero él tenía razón en lo que dijo: nadie mencionaba ya su nombre. En cambio, el mío estaba continuamente en candelero. De hecho, había recibido mil ofertas muy sustanciosas para volver a la Tierra y dedicarme a dar series de conferencias, o a escribir libros o, simplemente, a hacer anuncios de los productos más variados. Naturalmente, las rechacé. Marte estaba ahora más interesante que nunca y ofrecía mil perspectivas a una persona de mi profesión. No estaba dispuesta a cederle la oportunidad a otro colega.

La oficiosidad de Marcel me empalagaba. Además, me sonaba a falsa. Tenía la sensación de que encubría un sentimiento más hostil. Y no me costó mucho trabajo identificarlo: era la envidia. Marcel estaba molesto porque yo había recibido todo el crédito del descubrimiento, mientras él, que estaba a mi lado cuando me fijé en las

escamas, se había quedado fuera. Le había pasado lo mismo que a Pietro, pero en su caso con toda justicia, porque él no había hecho nada, nada en absoluto.

Durante cierto tiempo, le dejé que siguiera hablando. Quería ver hasta dónde llegaba su imaginación a la hora de inventar elogios. No me defraudó. Parecía tener un repertorio inagotable. Estoy segura de que, en la Tierra, Marcel debía de haber tenido un gran éxito con las mujeres. Me pregunté qué le había impulsado a venir a Marte y sentí algo de pena por él. Por una vez, estaba perdiendo el tiempo, pues empleaba todo su atractivo y sus halagos ante una persona perfectamente inmunizada contra ellos.

Por fin, no pude soportarlo más y le rogué que fuese al grano. Su cara se oscureció por un momento. Evidentemente, no estaba acostumbrado a encontrar tanta resistencia y sin duda había esperado que yo caería en sus brazos al oírle. Pero pronto recuperó la confianza en sí mismo y pasó a la siguiente etapa de su ataque:

—La fama que has logrado, que es muy merecida, es una gran responsabilidad, Irene. Quiero que sepas que siempre podrás contar conmigo. Cuando me necesites, no tienes más que llamarme y yo estaré inmediatamente a tu lado. Te ayudaré en todo lo que haga falta.

—Muchas gracias, Marcel —repuse—. Sin embargo, creo que exageras. La única responsabilidad que tengo, como consecuencia de lo que ha sucedido, es evitar que esa fama de que hablas se me suba a la cabeza, seguir trabajando lo mejor que pueda... No creo que vaya a necesitarte. Sé arreglármelas sola.

Antes de que pudiera reaccionar, me alejé de él lo más deprisa que pude. Había sido un poco dura, pero se lo merecía. Sin embargo, tampoco quería aplastar por completo sus esperanzas. Tenía la sensación de que Marcel podía ser un mal enemigo.

Quizá fuera una casualidad, pero apenas me separé de Marcel, me encontré con Steve. Y sus primeras palabras fueron casi las mismas:

—¿Te has enterado?

—Sí, ya he oído lo de la ley de desarrollo.

—Es fantástico ¿verdad? Abre toda clase de posibilidades. Y va a aprobarse gracias a tu descubrimiento.

Es curioso, pero a pesar de su semejanza, las palabras de Steve me parecieron mucho más agradables que las de Marcel.

Nos quedamos callados un momento. Yo estaba nerviosa, porque temía que Steve aprovechara para despedirse y no quería desaprovechar esta oportunidad de estar a solas con él, así que dije lo primero que se me ocurrió:

—La verdad es que no sé por qué os habéis sorprendido tanto de que haya vida en Marte. Habiendo tantos mundos fuera de la Tierra, sería asombroso que no la hubiera en ninguno.

—Lo que pasa es que casi habíamos abandonado la esperanza de encontrarla en el sistema solar. Pero no sería una sorpresa descubrir un planeta habitado, parecido a la Tierra, alrededor de otra estrella.

—Y, sin embargo, el número de astros del sistema solar es enorme.

—Cierto. Miles de ellos, entre planetas, satélites y asteroides. Millones, si añadimos los cometas. Pero la mayoría son demasiado pequeños. Otros, como Júpiter y Saturno, son inmensos y hostiles. Algunos, como Mercurio y Venus, están demasiado calientes. Muchos están demasiado fríos, demasiado lejos del sol. No parece que pueda haber vida en ninguno de ellos. Es decir, no lo parecía, hasta que tú encontraste esas escamas blancas en Olympus Mons.

Steve se animaba visiblemente y su timidez parecía haber disminuido. Mirándole de reojo, pensé que era paradójico que estos hombres fuertes, valientes, dispuestos a la acción inmediata, fueran a menudo deficientes en el trato con los demás. Aunque quizá no fuera una casualidad. ¡En fin! Yo tendría que compensarlo, tirándole de la lengua.

—¡Tantos mundos vacíos! —exclamé—. ¿No parece un desperdicio?

—Es curioso que digas eso —repuso Steve—. A veces se ha empleado ese argumento contra la existencia de Dios, pero también se ha utilizado el contrario. Entre los que piensan que debe haber vida en millones de mundos, hay quien dice: «Los cristianos afirman que Dios se encarnó en la Tierra para salvar a sus habitantes. Pero ¿por qué en la Tierra, precisamente? ¿Por qué no en algún otro lugar?».

—No lo entiendo. ¿Cómo se puede emplear un argumento y el contrario para demostrar lo mismo? Además, a mí me parece que ninguno de los dos demuestra nada en absoluto.

—Tienes razón. Solo convencen a quien ya está convencido.

—Pero ahora ¿qué se piensa? ¿Que hay vida en muchos mundos o en ninguno?

—En realidad, no lo sabemos, porque no podemos ir a las estrellas para ver si la hay allí. Las opiniones varían continuamente. Alguien dijo, hace mucho tiempo, que el número de planetas de la galaxia, habitados por seres inteligentes, tiene que estar comprendido entre uno y diez mil millones. Lo cuál es lo mismo que decir que no sabemos nada.

—Por eso está todo el mundo tan entusiasmado con el descubrimiento...

—Claro. Aunque solo hemos hallado vida de un nivel muy bajo... Habría sido mucho más interesante encontrar seres inteligentes.

—Tal vez los haya también —dije, pensativa.

Steve movió la cabeza, dubitativo.

—No lo creo. El ambiente de Marte es demasiado hostil.

—¿Cómo serían los marcianos, si los hubiera? ¿Se parecerían a nosotros?

—Cualquiera sabe. La forma humana es el resultado de miles de millones de años de evolución de la vida en la Tierra. Sería mucha casualidad que una evolución independiente en un mundo distinto hubiera terminado de la misma manera.

—¿Y cuáles podrían ser las diferencias? ¿Tendrían seis piernas, en lugar de dos? ¿O cuatro ojos, como las arañas?

—Los novelistas se han imaginado a los marcianos de muchas maneras. Algunos los representaron con aspecto de pulpos. Otros, parecidos a insectos. Es lógico que se fijen en algún animal que conocemos. Es muy difícil imaginar lo que nunca hemos visto. Pero yo, en tu lugar, no me preocuparía, porque no vamos a encontrar marcianos. Lo cual, después de todo, es un alivio, porque ¿qué haríamos con ellos, si los hubiera?

—No comprendo. ¿Por qué teníamos que hacer algo con ellos?

—Ya conoces los grandes proyectos que tenemos para el planeta Marte. Cambiar la atmósfera, por ejemplo. Si hubiera marcianos, estarían adaptados a la atmósfera actual. Probablemente el oxígeno sería venenoso para ellos. Si realizáramos nuestros proyectos, morirían todos.

—Entonces, si hay marcianos, tendríamos que abandonar esos proyectos.

—Eso es muy fácil decirlo, pero la gente que hubiera invertido dinero en ellos presionaría para que se siguiera adelante.

Durante un rato permanecí en silencio, mirando a Steve, horrorizada.

—¿Quieres decir que no les importaría que muriera toda la población de un planeta?

—Me temo que no. Naturalmente, yo no estoy de acuerdo, pero mi opinión, o la tuya, no servirían de mucho. La gente que quiere salvar sus intereses a toda costa suele ser muy influyente. Y no creas que me lo estoy inventando. Cosas muy parecidas han ocurrido ya, sin necesidad de salir de la Tierra. Cuando los pueblos primitivos se han enfrentado con la civilización y con los intereses económicos, a menudo fueron destruidos sin dejar rastro.

—Entonces me alegro de que no haya marcianos —repuse, en voz muy baja.

Poco después, nos separábamos para volver a nuestras respectivas ocupaciones, pero yo seguí pensando durante mucho tiempo en esta conversación.

VISTA DE LA TIERRA

«Irene Pinedo, al habla desde el planeta Marte. Hoy me dirijo a ustedes desde el nuevo observatorio astronómico, que vamos a inaugurar dentro de unos instantes. Es la primera instalación que construye la Misión Ares-III y estamos muy orgullosos de ella. Fíjense que hablo en primera persona. Aunque yo no he participado en la construcción del observatorio, me siento identificada con todo lo que hacemos aquí. En cierto modo, está surgiendo entre nosotros el espíritu de grupo, la sensación de pertenencia a la colonia, algo de provincianismo, que nos une por encima de las pequeñas diferencias que inevitablemente surgen entre nosotros. No me extrañaría nada que cualquier día declarásemos la independencia. No teman, solo es una broma. Además, no podríamos sobrevivir mucho tiempo sin ayuda de la Tierra».

«El observatorio está situado sobre la cima de una colina, a poco más de un kilómetro de las instalaciones principales de la misión. Como es natural, hemos reproducido aquí en pequeña escala el mismo ambiente artificial de que gozamos en la burbuja que nos sirve de alojamiento y lugar de trabajo. Pero esto es mucho más pequeño. Además de los instrumentos, apenas caben holgadamente cuatro o cinco personas».

«Hoy el observatorio está lleno hasta rebosar, aunque la mitad de los presentes no tendríamos porqué estar aquí, en condiciones ordinarias. Además de la periodista que les habla, ha venido Dimitri Tarkov, como director de la colonia, y Steve MacDunn, jefe de la expedición durante el viaje. Los demás son técnicos y astrónomos y manejan los instrumentos».

«O más bien debería decir el instrumento, porque solo hay uno, pero es enorme. Lo trajimos cuidadosamente desde la Tierra, en el *Aventura*, para instalarlo aquí. Es uno de esos telescopios nuevos, de luz ultravioleta coherente, que proporcionan una nitidez mucho más grande que los telescopios ordinarios. Solo ver su tablero de

mandos, lleno de luces parpadeantes, me hace dar vueltas la cabeza. Sin duda, con este aparato vamos a hacer grandes descubrimientos».

«En honor de ustedes, que están presenciando este programa, el primer objeto de estudio de nuestro telescopio será la Tierra. Por primera vez en la historia, podrán verla desde el planeta Marte. Nosotros ya la hemos visto, poco después del anochecer, como un hermoso lucero de color azul-verdoso, pero ahora la veremos mucho más grande».

«En este momento, Dimitri Tarkov se adelanta para apretar el botón que pondrá en marcha el aparato. En cuanto lo haga, ustedes dejarán de ver el interior del observatorio, pues la cámara de vídeo está conectada con el telescopio, para que puedan ver las imágenes de la Tierra tan bien como nosotros».

«¡Ya está! Ese objeto azul con manchas blanquecinas es la Tierra. La imagen está un poco borrosa, pero los técnicos están retocando los controles y dentro de unos momentos la veremos mejor. Por supuesto, no deben ustedes esperar una imagen tan espectacular como las que se obtienen desde los satélites próximos a la Tierra. En realidad, el telescopio no ha sido diseñado para esto, hay otros muchos mundos que nos interesa ver desde aquí, especialmente Júpiter y los asteroides. Pero hoy es un día especial».

«Ahora vemos una imagen perfectamente nítida, obtenida con la máxima ampliación del telescopio. Fíjense en esas dos líneas brillantes que se distinguen claramente a ambos lados de la Tierra. Supongo que ya habrán comprendido que se trata de dos de los satélites que concentran la energía solar hacia las estaciones receptoras de la superficie. Pronto tendremos satélites como esos también en Marte».

«Si observan con cuidado, podrán apreciar la rotación de la Tierra y el movimiento de las nubes...».

De regreso a la base, con Steve y Dimitri, pensé en lo que había dicho durante el programa de televisión. No todo era exactamente verdad. Había exagerado un poco el sentimiento de solidaridad y había disminuido los conflictos, porque esas cosas no pueden airearse a la vista del público.

Yo misma me había visto envuelta en esos conflictos, que amenazaban con empeorar en el futuro. Marcel Dufresne, por ejemplo, no había logrado avanzar en sus intentos de conquistarme, y era de temer que sus atenciones hacia mí se transformaran en hostilidad si yo seguía negándome a convertir nuestra relación en algo más que una simple camaradería, cosa que no estaba dispuesta a aceptar.

El caso de Pietro Fiorentino era más delicado. En realidad, no habíamos llegado a chocar directamente, quizá porque la edad y su sentido innato de la cortesía le obligaban a contener sus sentimientos. Pero era evidente para mí que me miraba con prevención, que sus celos profesionales le dominaban, que no había podido tragar que yo me llevara la fama de lo que él consideraba su descubrimiento.

Lo más triste de la situación era que yo estaba totalmente libre de culpa. No había hecho nada para robarle el favor del público. Desde el primer momento, desde la noticia que envié a la Tierra y que tanto enfureció a Tarkov, hasta la última vez que había tocado el tema, yo siempre mencioné a Pietro y destacué su importante papel en la identificación de la vida marciana. ¿Era culpa mía que el público no quisiera escucharme? ¿Que por el hecho de ser mujer, joven, atractiva y conocida, mi imagen y mi nombre tuvieran un efecto propagandístico mucho mayor que los de un bioquímico entrado en años, al que nadie en sus cabales podría llamar fotogénico?

Pero no era yo la única que había tenido roces, o incluso choques directos, con los restantes miembros de la colonia. La vida en común es muy difícil, tanto más cuanto mayor es el número de personas que deben convivir, la disparidad de sus orígenes, la estrechez del territorio disponible. Todas estas condiciones se cumplían en nuestra burbuja, que se nos estaba quedando pequeña, puesto que había sido construida para una población dos veces menor. En cuanto al origen de los colonos, no podía ser más variado: había representantes de casi todos los países de Europa y América del Norte y unos pocos de otros lugares más exóticos aún.

Dos de los problemas más graves eran la falta de espacio y la dificultad de tener un poco de vida privada, de conseguir un rato de soledad. Las comidas comunitarias, los cuartos de baño colectivos, los dormitorios para cuatro personas, provistos de literas y reducidos al mínimo espacio, no dejaban ninguna posibilidad. Ni siquiera quedaba la alternativa de enfundarse un traje espacial y salir a dar un paseo por los alrededores de la burbuja, pues las reglas de la colonia prohibían salir solo. Es verdad que esa regla se había relajado más de una vez, pero era preciso tener una buena razón para ello, no bastaba con el capricho.

Ayer mismo fui testigo de una violenta disputa entre Nina Fedorovna e Inge Borland, dos de mis compañeras de habitación. Ya ni siquiera recuerdo la causa que provocó el altercado. Cualquier estupidez, sin duda, algo nimio en condiciones normales, pero cuya importancia crecía exageradamente en la situación en que nos encontrábamos. Al principio las dejé que se insultaran y se desahogaran un poco, pero luego, al ver que el enfrentamiento amenazaba con pasar de las palabras a los hechos, traté de intervenir. Naturalmente, no conseguí otra cosa que aliarlas a las dos en contra mía. Pero dejaron de pelearse, al menos hasta la próxima ocasión. Y estas eran, por desgracia, cada vez más frecuentes.

Lo peor era que no había manera de escapar, ningún sitio a donde ir. La Tierra estaba muy lejos. El coste de los viajes era tan grande, que desde la llegada del *Aventura* ninguna otra nave había recorrido el camino que nos separaba de ella. Y existía un motivo: el gobierno terrestre quería comprobar hasta qué punto seríamos capaces de vivir sin ayuda, de arreglárnoslas nosotros mismos. Nuestra independencia, en cuanto a las necesidades fundamentales, y cada uno de los descubrimientos y triunfos que consiguiéramos eran otros tantos argumentos que podían emplearse contra las personas que se oponían a los enormes gastos de la

exploración del espacio.

¡La Tierra! Al verla a través del telescopio, durante la inauguración, me había costado trabajo contener las lágrimas. Una nostalgia inmensa se había apoderado de mí, un deseo irresistible de volver al planeta donde nací, donde vivían todas las personas que me importaban, con una sola excepción. Mis ojos, asfixiados por el extraño y constante color anaranjado del cielo de Marte, tenían ansia de bañarse en el azul.

Steve y Dimitri estaban muy callados. Me pregunté si también ellos sentían nostalgia pero, como no podía verles la cara, no había forma de saberlo, a menos que se lo preguntara, y eso no iba a hacerlo, pues temía que se me quebrara la voz: al recordar la imagen de la Tierra, volvía a sentir la necesidad de dar rienda suelta al llanto, pero tampoco ahora podía hacerlo. No era el momento oportuno. Nunca llegaría el momento oportuno, porque nunca estaría sola.

LA PRIMERA EXPEDICIÓN

Valles Marineris (Valle del Mariner), Gigantesca depresión del suelo de Marte, de unos 5000 kilómetros de longitud, 100 kilómetros de anchura y hasta siete kilómetros de profundidad. Es una grieta que se ha producido como consecuencia de la separación progresiva de dos placas de la corteza marciana. Un fenómeno semejante dio lugar en la Tierra a la aparición del océano Atlántico. Si en Marte hubiera agua líquida en grandes cantidades, Valles Marineris habría sido un pequeño océano. Como el Atlántico, también Valles Marineris presenta una cordillera central, que le recorre en toda su longitud. Su nombre recuerda la cápsula espacial norteamericana Mariner 9, que lo descubrió en 1971. (**Encyclopaedia Terrestris**, 2.^a edición, disco óptico n.º 19, año 2036).

Aquel día estaba trabajando en la sección de cultivos hidropónicos, cuando llegó Steve MacDunn a buscarme. Me sorprendió verle aparecer entre los gigantescos tanques, en los que crecía toda clase de plantas en un ambiente donde todo estaba exactamente controlado: la cantidad de agua, la proporción de anhídrido carbónico, las concentraciones de distintos nutrientes... Las plantas crecían allí con las raíces hundidas en el agua, en condiciones óptimas, con la máxima limpieza, y eran capaces de dar tres o cuatro cosechas al año, sin tener en cuenta época o estación.

La mayor parte del trabajo se realizaba automáticamente, bajo la dirección de un conjunto de ordenadores diminutos, cada uno adaptado a las condiciones de una especie determinada, que controlaban las válvulas de la red de tuberías que proporcionaba a cada tanque las sustancias necesarias para la planta que se cultivaba en él.

Yo no tenía mucho que hacer, excepto comprobar que todo funcionara a la perfección y dar la alarma en caso necesario, para que vinieran a resolver el problema

los verdaderos expertos. Por eso se me había confiado esta misión, que por otra parte realizaba con mucho gusto, porque me había tomado mis deberes muy en serio y estudiaba todo lo que podía sobre estos métodos de producción de alimentos. Poco a poco, estaba comenzando a saber, sobre cultivos hidropónicos, tanto como el que más. Y tenía mis propias ideas, que a menudo chocaban con la resistencia de mis superiores, que se mostraban remisos a poner en peligro la alimentación de la colonia con experimentos que se salieran de los caminos trillados.

Me alegré de ver a Steve, pues hacía algunos días que no habíamos coincidido a solas, pero me fijé en que parecía preocupado. Por eso no le tuve en cuenta que fuera directamente al grano, sin siquiera acordarse de saludarme.

—Oye, Irene, tengo que pedirte un favor. Resulta que mañana tengo intención de salir en un pequeño viaje de exploración a Valles Marineris, y ya sabes que las reglas de la colonia prohíben salir solo. ¿Podrías acompañarme tú?

—¡Claro, Steve! —exclamé, muy contenta de que recurriera a mí—. ¿Cómo puedes dudarlo? Sabes que siempre estoy dispuesta a participar en esas cosas.

—Me alegro. Pensé que podrías venir, porque sueles estar menos ocupada que los demás.

Sentí como si hubiera recibido una ducha helada y tardé cierto tiempo en recobrar me lo bastante para hablar. Traté de ocultar mi decepción, pero evidentemente no pude, pues Steve se dio cuenta de lo que yo sentía y se apresuró a añadir:

—Perdona, no quería decir eso... Por favor, no te enfades. Naturalmente, prefiero que vengas tú a cualquier otra persona.

Era la primera vez que me decía algo amable, pero lo había estropeado con sus palabras anteriores. Sin embargo, me sentí un poco menos triste y logré forzar una sonrisa de aspecto natural. Steve me miraba ansioso y yo pensé que debía decir algo, cambiar de tema, pero no se me ocurrió nada, excepto una pregunta idiota, cuya contestación conocía perfectamente:

—¿Qué es Valles Marineris?

La expresión de Steve se aclaró. En cuanto podía hablar de algo relacionado con su oficio, se encontraba a sus anchas.

—Es una depresión enorme que se encuentra a unos dos mil kilómetros al suroeste de aquí. No he descendido nunca allí, pero es digno de verse. Un paisaje impresionante.

—¿No pasamos por encima cuando fuimos a Olympus Mons?

—No, Olympus Mons está casi exactamente al oeste de aquí.

—¿Y qué tienes que hacer en Valles Marineris?

—Es una pequeña investigación personal. Puesto que vienes conmigo, te lo contaré por el camino, pero no quiero divulgarlo todavía. Lo más probable es que sea una pista falsa. Gracias por acompañarme.

La cara de Steve se abrió en una amplia sonrisa. Al verla, los restos de mi enfado

se disolvieron como un azucarillo en agua.

—Ya verás cómo no te arrepientes. Llévate la cámara.

—De acuerdo. ¿Saldremos muy temprano?

—No, es mejor esperar hasta que el sol esté alto. Valles Marineris es muy largo y se extiende de este a oeste. Cuando sale el sol en un extremo, en el otro todavía es de noche, por lo que hay grandes desequilibrios de temperatura, que provocan vientos muy fuertes. Y aunque la densidad del aire es pequeña, en esas profundidades es mayor y además arrastra mucho polvo. No debemos correr el riesgo de encontrarnos con esos vientos.

—En ese caso, vendré a trabajar aquí, como todos los días. Cuando estés listo, ven a buscarme.

—Así lo haré. Hasta mañana.

La lanzadera despegó lentamente, sin apenas estremecerse, aumentando su velocidad mientras se elevaba. Recordé que los vehículos que se empleaban pocos años antes eran muy ruidosos y lanzaban grandes chorros de fuego por sus toberas, pues funcionaban con hidrógeno y oxígeno líquidos, que desprenden gran cantidad de energía al combinarse entre sí. Todo eso era ya cosa del pasado. Ahora utilizábamos motores nucleares de fusión y por las toberas no salían llamas, sino chorros de partículas, protones y electrones, a velocidades altísimas, que nos empujaban gracias a la ley de la acción y la reacción.

Mientras ascendíamos, contemplé a Steve a hurtadillas. Estaba absolutamente concentrado en lo que hacía, atento a los instrumentos y a los controles, completamente incomprensibles para mí. Me asombró la sensación de fuerza que irradiaba y me sentí segura al confiar mi vida en sus manos, aunque en el fondo sabía que los mejores astronautas no están libres de accidentes.

Una vez alcanzada la altura de crucero, Steve me contó la verdadera razón de su interés por esta exploración, que no había confiado a nadie, excepción hecha de Dimitri Tarkov.

—No sé si sabes —dijo— que la primera expedición a Marte partió de la Tierra hace unos diez años, en el 2031, y que fue un rotundo fracaso.

—Sí, ya lo sé —repuse—. ¿Se ha descubierto algo nuevo?

—Nada en absoluto. Ni siquiera sabemos si llegaron a desembarcar, porque el último mensaje se recibió mientras todavía estaban en órbita. Fue muy extraño, como si hubieran desaparecido de pronto.

—Y en diez años ¿no se ha podido descubrir nada?

—Tampoco hubo oportunidad.

—Pero tú estuviste aquí un año, con la segunda expedición. ¿No pudisteis investigar?

—Teníamos demasiadas cosas que hacer: recuerda que tuvimos que empezar de

cero... Ahora es diferente. Al llegar aquí lo encontramos casi todo hecho y en condiciones de funcionamiento.

—¿Ni siquiera se sabe a qué parte de Marte llegó la primera expedición?

—Ni siquiera eso, porque no nos dijeron dónde pensaban desembarcar.

—Pero tuvieron que llegar por el lado que miraba a la Tierra en aquel momento ¿no?

—No necesariamente. Como nosotros, dejaron la nave espacial en órbita y descendieron a la superficie. Pudieron hacerlo en cualquier punto, quizá cuando la nave se encontraba en el lado opuesto del planeta.

—Pues yo tengo la impresión de que ahora vamos detrás de esa primera expedición. ¿Acaso has descubierto algo?

—Muy inteligente. En efecto, me parece que he dado con una buena pista. Ya sabes que después del viaje a Olympus Mons se han hecho otras tres exploraciones.

—¡Claro! Yo he participado en todas, menos una.

—Sí, ya recuerdo: no viniste la última vez, cuando fuimos al polo sur. Pues fue precisamente entonces. Al regresar, mientras pasábamos por encima de Valles Marineris, vi algo muy extraño, como un reflejo metálico. Me pareció artificial.

—Y claro, pensaste en seguida en la primera expedición.

—Ya puedes imaginarlo. Desde entonces, no pienso en otra cosa. Me gustaría ser el autor de ese descubrimiento.

A pesar de todos los esfuerzos que hice por evitarlo, me puse de repente muy serio. Steve sonrió.

—No creas que soy envidioso porque tú ya has descubierto algo y yo no. Además, tu descubrimiento es mucho más importante que el mío. Naturalmente, me habría gustado estar en tu lugar, pero puedes creerme: preferiría mil veces encontrar los restos de la primera expedición y la causa de su fracaso. No sé cómo explicártelo. Quizá se debe a que soy astronauta y me molestan estos misterios, que afectan a los miembros de mi profesión. Recuerda que los de la primera expedición eran todos astronautas, como yo. O quizá pienso que estamos en peligro, porque lo que ha ocurrido una vez puede repetirse.

—¿Crees que fueron atacados por algo? ¿Un monstruo, o algo así?

Steve no pudo contener una carcajada.

—Me parece que has leído muchas novelas. No, no creo que los destruyera un monstruo. La causa más probable es algún fenómeno natural, un desprendimiento de tierras o algo parecido.

—Entonces ¿por qué dices que estamos en peligro?

—Porque no conocemos Marte suficientemente. Es un planeta totalmente nuevo y quién sabe lo que ocurre en él. Es preciso aprender, y cuanto antes. Nos va en ello la vida.

—Tienes razón.

Durante toda la conversación, Steve había mantenido la atención fija en los

controles de la cápsula. Ahora, de pronto, se interrumpió y señaló a través del visor en dirección al horizonte del sur.

—¡Mira, Irene! Allí está Valles Marineris.

Miré hacia el punto que me señalaba Steve y sentí que se me cortaba el aliento, a pesar de la distancia, que empequeñecía las dimensiones. Yo ya había visto Valles Marineris desde el *Aventura*, cuando estábamos en órbita, pero entonces no me causó ninguna impresión. Desde tan lejos, apenas pude distinguirlo de las marcas que lo representaban en el mapa. Pero ahora, al verlo de cerca ¡qué diferente me pareció!

El suelo de Marte, que en aquella región era relativamente plano, descendía de pronto en un inmenso talud de más de dos kilómetros de profundidad, cortado casi a pico, tras del cual comenzaba un inmenso valle hundido, cuyo extremo opuesto era aún invisible por debajo del horizonte. Aquella depresión, mil veces más grande que el gran cañón del Colorado, se extendía hasta perderse de vista, pero no había sido producida por un río. Parecía el lecho de un océano que se hubiera quedado en seco, pero era un océano que quizá no tuvo agua jamás.

Poco después, mientras la cápsula continuaba volando hacia el suroeste, apareció ante nuestros ojos, al otro lado de Valles Marineris, una larguísima cordillera.

—Supongo que esas montañas forman el extremo opuesto de Valles Marineris —dije—. Parecen mucho más escabrosas que las de este lado.

—Te equivocas —repuso Steve—. Esa es la cordillera central. Valles Marineris continúa al otro lado y termina en un talud muy parecido al que acabamos de cruzar.

—Tenías razón. Es un paisaje impresionante.

—Sobre todo, visto desde arriba. Cuando descendamos no lo será tanto, porque sus bordes quedarán debajo del horizonte y nos parecerá que estamos en una gran llanura, cerca de una cadena montañosa.

—¿A dónde vamos, exactamente?

—Allí, junto a la cordillera —señaló Steve—. Fue justamente allí donde vi ese brillo. Como puedes imaginar, tomé grandes precauciones para señalar el lugar exacto. Aquí tengo sus coordenadas.

—Es un terreno muy accidentado. ¿Crees que podrás descender allí mismo?

—Procuraré hacerlo lo más cerca posible. ¡Mira! ¿Ves aquel llano? Parece muy adecuado. Voy a descender y recorreremos el resto del camino andando. Debe de haber poco más de un kilómetro.

Steve había juzgado correctamente la distancia, pero no las dificultades del camino, que era muy abrupto y difícil. Por eso tardamos más de media hora en llegar al lugar deseado. Pero de pronto, tras dar la vuelta a una roca, Steve se detuvo en seco y señaló hacia un punto que se encontraba delante de nosotros, a poco más de treinta metros de distancia. Era una lámina metálica curva, de unos tres metros cuadrados de superficie, hundida parcialmente en el suelo.

—¡Ahí lo tenemos! —exclamó Steve, avanzando ansioso hacia ella.

Por alguna razón que no puedo explicar, tardé algunos segundos en seguirle.

—¿Pero qué es? —pregunté.

—No estoy seguro, pero creo que puede ser parte de una lanzadera espacial. Si lo es, tiene que pertenecer a la primera expedición. ¡Por fin los hemos encontrado! Ahora sabremos lo que les pasó.

Mientras decía estas palabras, apretó el paso. Pero de pronto, a menos de diez metros de la lámina, desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. Y eso era, precisamente, lo que había sucedido.

UN AUXILIO INESPERADO

—¡Steve! —grité, corriendo hacia el lugar donde había desaparecido. Pero al llegar a dos pasos de distancia me detuve y no me atreví a avanzar más, por miedo a caer en la misma trampa que él, pues era evidente que el suelo perdía firmeza.

—¡Arenas movedizas! —exclamé—. O algo peor. ¿Steve?

Su voz resonó de pronto en mis oídos, aunque apagada y llena de ruidos.

—¡Irene! ¡No te acerques! He caído en una depresión llena de polvo hasta el borde.

—¿Es muy profunda? ¿Te has hecho daño? ¿Puedes hacer algo para salir?

—No sé qué profundidad puede tener, pero no creo que sean más de cuatro o cinco metros. No, no me he hecho daño, porque el polvo ha amortiguado la caída, pero apenas puedo moverme. No podré salir solo con mis propias fuerzas.

—¿Qué tengo que hacer para ayudarte?

—Nada. Escucha: no se te ocurra intentar algo por tu cuenta, porque podrías caer en la depresión y entonces estaríamos perdidos los dos. Pon mucha atención y haz exactamente lo que yo te diga.

Me estremecí, a punto de desmayarme, pero hice un gran esfuerzo y me dominé.

—Dime. Haré lo que sea necesario.

—El oxígeno me durará aproximadamente cuatro horas. Eso significa que tienes que conseguir ayuda antes de ese tiempo. ¿Qué hora es? Estoy en completa oscuridad y enterrado en el polvo y no puedo ver el reloj.

—Son las catorce y veintidós —respondí al cabo de un rato. Me costaba trabajo enfocar la vista.

—Entonces tienes menos tiempo aún. Dentro de dos horas y media, el extremo oriental de Valles Marineris estará envuelto en sombras y se desencadenará un viento huracanado. Antes de que eso ocurra tienes que estar en la lanzadera. ¿Sabrás llegar?

Una profunda angustia se apoderó de mí. Sabía que la lanzadera estaba a poco más de un kilómetro, pero mientras veníamos hacia este lugar no había procurado fijarme, pues confiaba en Steve para desandarlos. Miré a mi alrededor, buscando ansiosa alguna señal de la lanzadera, pero no vi nada más que un complicado amontonamiento de rocas y supe que no podría retroceder más de cien pasos sin perderme. Sin embargo, había que intentarlo. Quedarme allí era la muerte segura. Marchando, tenía una ligera posibilidad.

—Sí, Steve, no te preocupes. Llegaré —dije, aparentando una seguridad que no sentía—. Pero ¿cómo avisaré a la base? No sé manejar los instrumentos.

—¿Sabes entrar en la lanzadera?

—Sí, eso sí. Lo he visto hacer varias veces.

—En cuanto estés dentro, siéntate delante del tablero de instrumentos. Verás abajo, en la parte izquierda, un botón de color rojo que dice «ALARM». Apriétalo en seguida. Ese botón está conectado con los circuitos de alarma de la base. Además, pondrá automáticamente en funcionamiento el enlace de radio. No tardará en contestarte alguien. Explícale lo que pasa. Que envíen inmediatamente la otra lanzadera con las herramientas necesarias para sacarme de aquí. ¿Has entendido bien?

—Sí, he comprendido. Ya me voy.

—¡Espera un momento! En cuanto te alejes unos pocos pasos ya no podremos comunicarnos.

—¿Por qué?

—Porque las ondas de radio no pueden atravesar la tierra sólida. Antes de salir, debes marcar el sitio exacto donde yo he caído, para que podáis encontrarme con facilidad. Busca alguna piedra de color o de forma diferente.

Me apresuré a obedecer, aunque tenía la sensación de que la marca que estaba colocando solo serviría para señalar la tumba de Steve.

—Ya está. ¿Qué más tengo que hacer?

—Nada más. Sal inmediatamente hacia la lanzadera. No te demores, por favor. Procura salvarte y salvarme.

—Haré lo que pueda. Adiós, Steve.

—Adiós, Irene.

Una hora más tarde, mis peores temores se habían cumplido. No había podido hallar la lanzadera. No tenía la menor idea de dónde se encontraba. Ni siquiera habría sido capaz de regresar junto a Steve, aunque hubiera querido y si hubiera servido de algo. Desesperada, miré el reloj: las quince y veintiocho. Apenas me quedaba hora y media para ponerme a salvo y otro tanto para sacar a Steve. Todo dependía de mí, pero estaba fallando miserablemente.

Miré a la cordillera central, cuyos picos más próximos se elevaban muy cerca, cortando la mayor parte del horizonte. Traté de recordar cómo se veían las montañas desde la lanzadera, pero en vano. No me había fijado. Por fin decidí seguir adelante,

agotar todas las posibilidades, y avancé al azar, aunque temía alejarme cada vez más de mi objetivo.

De pronto se abrió ante mí una pequeña llanura, casi desprovista de rocas. Mi corazón se aceleró: así era el lugar donde Steve había posado la lanzadera. Sin embargo, una rápida ojeada me hundió de nuevo en la desesperación, pues no la vi por ninguna parte. Agotada, me dejé caer al suelo y traté de ocultar la cara entre las manos, pero ni siquiera pude conseguir este pequeño alivio, porque el traje espacial me lo impedía.

No me preocupaba demasiado mi propia muerte. Al fin y al cabo, todos tenemos que morir algún día. Creo que, si hubiese estado sola, me lo habría tomado con mucha más calma. Pero me resultaba insoportable la idea de que Steve muriese también. Sentía como si el mundo se hundiese a mi alrededor. Creo que fue Antoine de Saint-Exupéry quien escribió que, en peligro de muerte, solo nos preocupan los demás, que son ellos, y no nosotros, los verdaderos náufragos. Tiene toda la razón.

Por último levanté los ojos, buscando el cielo, y sentí un escalofrío al ver aquel color anaranjado, tan distinto del azul terrestre. «Es triste morir tan lejos de mi hogar» pensé. «Aunque, en realidad, el hogar es el lugar donde somos felices y yo he sido feliz en Marte, a pesar de sus cielos de raros colores y de su ambiente hostil».

Mi mirada descendió lentamente y se posó en la ladera más próxima. Estaba, como todo el planeta, totalmente desnuda de vegetación, pero su color rojizo me recordó unos terrenos arcillosos que había visto en la Tierra y me resultó algo más familiar. Mi mente se aferró a aquella pendiente como a un rostro conocido encontrado en medio de una multitud extraña. Casi sin darme cuenta, mis labios pronunciaron en voz alta las palabras del salmo:

—Alzaré los ojos a las montañas. ¿De dónde vendrá mi auxilio?

Y entonces sucedió. Justo en el punto donde mis ojos miraban sin ver, en el mismo centro de la ladera, algo muy grande comenzó a moverse. Sobresaltada, me puse en pie y traté de ver lo que era. Pronto no me cupo la menor duda: era un desprendimiento. Una roca enorme caía con violencia hacia el pequeño llano donde yo me encontraba. Pero su avance tenía aspecto fantasmal, le faltaba alguna cualidad esencial. Después de pensarlo, me di cuenta de lo que era: la roca avanzaba hacia mí acelerando muy despacio y sin hacer ruido alguno. El aire de Marte era demasiado tenue para transmitir los sonidos. Solo un ligero temblor del suelo, bajo mis pies, me indicaba que, a pesar de la menor gravedad del planeta, aquella roca era perfectamente capaz de aplastar a cualquier ser humano que encontrara en su camino.

Me sentía incapaz de moverme. Sabía que debía huir, alejarme del peligro, pero había algo, dentro de mí, que parecía gritarme: «¡No te muevas! Quédate donde estás». Tan intensa fue la sensación de que me estaban hablando, que cedí a la tentación inútil de mirar para ver si había alguien detrás de mí.

La piedra se acercaba, crecía desmesuradamente. Había llegado ya al punto más bajo de su recorrido, pero seguía avanzando, gracias al impulso adquirido, con la

velocidad de un tren expreso. Entonces me di cuenta de que mi muerte no era inminente, pues esa piedra no iba a alcanzarme. En efecto, pasó veinte metros delante de mí y siguió rodando a través de la llanura, hasta detenerse mucho más lejos, junto a una roca enorme y retorcida en la que apenas me había fijado. En cuanto dejó de moverse, me pareció despertar de un encantamiento y miré a mi alrededor.

La montaña estaba exactamente como siempre había estado. El desprendimiento no había dejado en su ladera la menor huella. Tampoco el llano había cambiado, excepto por la presencia de un nuevo pedrusco. Y entonces sentí otra vez la sensación de que alguien me hablaba, me pareció oír que una voz me decía una sola palabra: «¡Síguela!».

No puedo explicar lo que sentía en aquellos momentos, porque mi mente estaba muy confusa. En el estado de desesperación en que me encontraba, estaba dispuesta a agarrarme a un clavo ardiendo para encontrar una salida a la situación. Por eso, sin pararme a pensar, obedecí inmediatamente el impulso y comencé a andar hacia la roca, de la que me separaban unos doscientos pasos. Llegué hasta ella y me detuve un momento dudosa, como si esperara una nueva orden, pero esta no se produjo. Entonces decidí seguir adelante, contorneé la roca y vi, justo al otro lado y oculta hasta entonces por su mole, la lanzadera que buscaba.

Me costó un momento darme cuenta de lo que veía, salir del ensimismamiento en que me habían dejado las últimas experiencias que había vivido. Por fin, dando un suspiro de alivio, corrí hacia la entrada y forcejeé con los controles, pero estaba demasiado nerviosa y al principio no acertaba a abrirla. Finalmente me obligué a mí misma a detenerme, aguardé unos instantes para serenarme y frenar un poco los latidos de mi acelerado corazón y volví a intentarlo, algo más calmada. Esta vez tuve éxito. Dos minutos más tarde, estaba sentada ante el tablero de mandos y apretaba el botón de alarma.

Todo ocurrió como Steve había previsto. Una señal de radar generada por el circuito de socorro de la cápsula se lanzó hacia los cielos y buscó en todas direcciones hasta localizar el *Aventura*, que afortunadamente se encontraba en este lado del planeta. Una vez hallado, una señal de radio más potente partió en la misma dirección y activó la alarma de la astronave, que a su vez disparó un emisor enfocado directamente hacia la base. Siete segundos después de que yo apretara el botón, el ulular de una sirena avisaba a todos los miembros de la colonia de la situación desesperada en que se encontraba uno de sus miembros.

Lo demás fue ya pura rutina. El propio Tarkov partió inmediatamente hacia Valles Marineris acompañado por otro astronauta, que conducía la segunda lanzadera, y por dos técnicos que habían recibido entrenamiento especial en labores de rescate. Una hora más tarde, el aparato se posaba al lado de su hermano gemelo. El reflejo metálico que Steve había descubierto les ayudó a orientarse, y la señal que yo había colocado evitó que perdieran tiempo en buscar su posición exacta. El rescate propiamente dicho apenas duró diez minutos. En cosa de media hora, estábamos

todos de vuelta en las lanzaderas y emprendíamos el regreso a la base, mientras a nuestro alrededor se desencadenaba el huracán y el polvo rojizo nos rodeaba por todas partes y reducía la visibilidad casi a cero.

—Gracias, Irene —dijo Steve, en cuanto tuvo ocasión de hablar a solas conmigo, mientras regresábamos a la base—. Te has portado maravillosamente.

—Pues yo tengo la sensación de no haber hecho nada en absoluto. En realidad, estaba completamente perdida y a punto de abandonar toda esperanza cuando el desprendimiento y unas voces extrañas me ayudaron a descubrir la lanzadera.

Steve me escuchaba asombrado.

—¿Un desprendimiento? ¿Voces? ¿De qué me hablas?

Entonces le conté todo lo que había sucedido desde que me separé de él, y terminé diciendo:

—No sé si fue un milagro o si me ayudó alguien de carne y hueso, pero estoy convencida de que yo no tuve nada que ver en ello.

Steve movió la cabeza, incrédulo.

—Indudablemente, esos impulsos de que hablas, que tú interpretaste como voces, salieron de ti misma. Probablemente tu inconsciente reconoció el lugar y te proporcionó las indicaciones que necesitabas.

—¿Y el desprendimiento?

—Pura casualidad.

Entonces fui yo la que negó con la cabeza, rechazando las explicaciones de mi compañero.

—Yo siempre creeré que alguien me ha ayudado.

—No voy a discutirte —repuso Steve.

Y ahí terminó la conversación. Pero los dos nos acordaríamos de ella poco tiempo después.

EL EXPERIMENTO

Por fin se ha descubierto lo que ocurrió con la primera expedición a Marte. Al parecer, quisieron desembarcar en el fondo de Valles Marineris y tuvieron la mala suerte de intentarlo sobre las mismas arenas movedizas donde cayó Steve. Antes de que pudiesen abandonar la nave, esta se sumergió en el polvo. Mientras se hundía, la lanzadera chocó contra una roca afilada que perforó la pared, el aire se escapó rápidamente y los astronautas murieron asfixiados. ¡Qué triste fin para un esfuerzo tan grande! Pero, al menos, ahora sabemos que todo fue un accidente.

Habían pasado aproximadamente dos meses desde la expedición a Valles Marineris cuando, cansada de luchar infructuosamente con mis superiores del departamento de cultivos hidropónicos, decidí ascender un grado en la escala jerárquica y proponerle a Dimitri Tarkov la realización de algunos experimentos que había estado meditando. Pero deseaba hablar con él a solas, para evitar interferencias, por lo que me dirigí a su despacho sin decírselo a nadie y le pedí audiencia.

Dimitri me miró un momento sin poder ocultar su fastidio, porque mi llegada le había interrumpido la lectura de un documento importante que acababa de recibir de la Tierra a través de la radio. Pues, aunque las conversaciones entre los dos planetas eran prácticamente imposibles, debido al inevitable retraso de varios minutos entre una pregunta y su respuesta correspondiente, el correo electrónico funcionaba a la perfección.

—Siéntate, Irene —dijo Tarkov, señalándome una silla.

—Verás, Dimitri —repuse, sin perder el tiempo en preliminares—: he venido a pedirte permiso para realizar un experimento.

—¿Un experimento? ¿De qué clase?

—Como sabes, además de mi labor periodística, me dedico a la agricultura. Estoy encargada de revisar el buen funcionamiento de los cultivos hidropónicos. Pero mis dos actividades me dejan algo de tiempo libre, y se me ha ocurrido una manera de aprovecharlo.

—Tú dirás.

—Me gustaría iniciar un proyecto de investigación.

—¿Un proyecto de investigación? —repitió Tarkov, intrigado—. ¿Qué clase de proyecto?

—Mira, eso de los cultivos hidropónicos está muy bien, pero yo creo que sería estupendo poder realizar en Marte una agricultura a la antigua. Ya sabes lo que quiero decir: sembrar las plantas en la tierra y dejarlas que maduren bajo los rayos del sol, en lugar de tenerlas en ambientes controlados, sostenidas artificialmente y con las raíces hundidas en el agua.

—Es cierto, sería muy interesante, si pudiéramos conseguirlo, pero desgraciadamente no podemos.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque ya se ha intentado. Durante la segunda expedición se hicieron algunos esfuerzos en esa dirección. Nosotros también hemos hecho algo. Pero todo ha sido inútil. Las semillas no germinan en este ambiente tan difícil. Recuerda que ni siquiera tienen oxígeno para respirar.

—Ya sé que se intentó, pero yo creo que no se hizo bien.

—¿Qué quieres decir?

Tardé un poco en contestar. Estaba buscando furiosamente las palabras exactas que debía decir.

—No creas que me considero más lista que los que han tratado de conseguirlo antes que yo —dije al fin—. No es eso. Lo que pasa es que yo veo las cosas desde fuera y se me ocurren soluciones muy elementales, que quizá los expertos no ven. Te aseguro que he pensado mucho en el problema. Me gustaría ensayar un experimento que se me ha ocurrido.

—Explícate.

—Verás. Yo creo que lo fundamental no es la falta de oxígeno. Me parece que las plantas verdes podrían vivir sin él, siempre que recibieran luz y agua en abundancia. Ya sé que al principio, durante la germinación, son más delicadas, pero eso se podría resolver fácilmente haciéndolas germinar aquí, en los cultivos hidropónicos, y trasplantándolas después, cuando ya tuvieran las primeras hojas.

—De acuerdo. Pero eso también se ha hecho y fracasó.

—Porque las plantas no recibían bastante agua.

—¡Pero si las regaban todos los días!

—Era insuficiente. ¿No te das cuenta? Esta parte de Marte es una meseta quemada. No se encuentra agua hasta grandes profundidades. Regar no sirve de nada, porque todo el líquido se evapora inmediatamente o se hunde hasta mucho más allá

de las raíces. Habría que proporcionarles agua constantemente, pero eso sería demasiado caro.

—Naturalmente. El agua es muy escasa. Entonces ¿qué te propones hacer?

—Sabes tan bien como yo que en las zonas más bajas el agua está a menos profundidad. A veces basta escarbar en el suelo para encontrar tierra húmeda. Quizá haya la suficiente para que las plantas puedan vivir.

Tarkov me miró en silencio unos instantes.

—Debes comprender que no podemos dedicar a tu proyecto una de las lanzaderas y comprometer a otros miembros del personal. Me temo que eso es lo que habría que hacer si quisiéramos montar un laboratorio de experimentación agrícola al aire libre en Valles Marineris o en otra de las regiones más bajas del planeta.

—Es que no es eso lo que yo digo —repliqué, ansiosa—. A menos de tres kilómetros de aquí hay una hondonada que tiene por lo menos sesenta o setenta metros de profundidad. Es ahí donde me gustaría intentarlo. Y como está tan cerca, podría ir yo sola andando todos los días. No necesitaría más que un traje espacial.

—¿Crees que a esa profundidad encontrarás agua?

—No lo sé. Pero tal vez la haya.

—¿Y la luz? ¿Tendrían las plantas suficiente en el fondo de esa hondonada?

—Sí, de sobra. Es muy extensa.

—Pero alguien tendría que acompañarte. Ya conoces las reglas. No se puede salir solo.

—En este caso, no sería necesario. Son poco más de dos kilómetros. La radio del traje alcanza a esa distancia.

—Sí, es verdad.

—Estaría tan cerca que cualquiera podría venir en mi auxilio en un abrir y cerrar de ojos. Además ¿qué me puede pasar? Esta zona la conocemos muy bien. El camino entre la base y la hondonada no es difícil. No me puedo perder. Y siempre iría por la mañana y estaría de regreso mucho antes de que se hiciera de noche.

—¿Y si se desencadena una tormenta de polvo?

—Ya sabes que no es la época. Y aunque ocurriera, la estación meteorológica nos avisaría con mucha anticipación. Te lo aseguro, Dimitri. No correré ningún peligro. ¡Sería tan importante que el experimento diera resultado!

Tarkov meditó, mordiéndose el labio inferior.

—Está visto que te ha gustado la fama. Quieres continuar haciendo descubrimientos sensacionales ¿verdad?

No pude evitar dirigirle una mirada de desprecio.

—No lo hago por la fama, Dimitri, sino porque me gustaría que algunas zonas de Marte se poblaran de vegetación. Reconocerás que sería estupendo, al menos desde el punto de vista estético. Este planeta es demasiado rojo y pelado.

—No lo dudo. Pero antes de autorizarte, quiero saber qué piensan los expertos.

—Eso es lo mismo que decirme que no puedo hacerlo. Ya te he dicho que ellos no

ven las cosas desde mi punto de vista.

—¿Quieres decir que se oponen a que realices ese experimento?

—Tanto como oponerse, no. Pero no tienen ningún interés por él.

—Algún motivo tendrán...

—Ninguno, excepto que no creen que pueda dar resultado. Pero no perdemos nada probando.

—Excepto tiempo y material.

—Te he demostrado que puedo hacerlo sola, y te aseguro que el tiempo que dedique al experimento no afectará a mis restantes deberes. Tampoco necesito material de ninguna clase, salvo un par de esquejes y unas bolsas de plástico.

De nuevo se hizo el silencio, esta vez más prolongado. Finalmente, Tarkov movió la cabeza afirmativamente, sonrió y dijo:

—¡En fin! ¡Sea como tú quieras!

—¿Quieres decir que puedo intentarlo?

—Has entendido bien. Me has convencido. Puedes empezar cuando gustes.

—¿Mañana?

—Mañana mismo, si tienes tanta prisa —rio Tarkov, divertido por mi impaciencia.

A la mañana siguiente, envolví algunos brotes en una bolsa de plástico transparente que les protegería durante el viaje y que después de plantarlos serviría para formar a su alrededor un invernadero en miniatura que dejara pasar la luz y creara en el interior un microclima de temperatura, humedad y concentración de oxígeno más alta que la del ambiente exterior. Después de prepararlo todo cuidadosamente, cargué con ello y me dirigí hacia la salida de la burbuja. Por el camino me crucé con Marcel Dufresne, que al verme se detuvo y me dijo, con voz algo zumbona:

—¿Qué, Irene, vas a realizar ese experimento tan sensacional?

Marcel no había logrado recobrase de la frialdad con que yo recibí sus alabanzas, poco después del descubrimiento de la existencia de vida en Marte. Desde entonces, ya no me resultaba tan empalagoso, pues procuraba evitarme y, si alguna vez coincidíamos, solía dirigirme alguna frase punzante, con evidente intención de molestar. Para estropearle el plan y demostrarle que sus pullas no me afectaban, yo le seguía la corriente, y en esta ocasión hice lo mismo.

—¡Claro, Marcel! ¡Ya verás qué sorpresa cuando vuelva! Seguro que todo Marte se habrá vuelto verde.

Poco después, junto a la escotilla de salida, me vestí uno de los trajes, en cuyo manejo era ya casi experta, apreté los controles necesarios y salí al exterior.

Hacía un día espléndido. El cielo, de un color anaranjado mucho más claro de lo corriente, tenía menos polvo que de costumbre. La visibilidad era de varios kilómetros. Al pasar, miré el termómetro situado junto a la entrada: marcaba

veinticinco grados bajo cero. Una temperatura fenomenal, para Marte. El verano estaba en todo su esplendor.

«Es curioso» pensé. «En la Tierra, ahora es invierno. Bueno, eso tampoco es verdad. Solo es invierno en el hemisferio norte. Aquí estamos también en el hemisferio norte, pero ahora es verano. ¡Y qué verano más largo! ¡Casi seis meses! Nunca me acostumbraré a estas estaciones dobles, estos años de seiscientos sesenta y ocho días. ¡Y menos mal que los días duran veinticuatro horas! Bueno, un poco más. Veinticuatro horas y treinta y siete minutos».

Durante mi conversación con Tarkov había dicho la verdad: el camino hacia la hondonada no era difícil, en comparación con otras regiones de Marte. Pero Chryse Planitia dista mucho de ser una meseta plana en la que se pueda ir de un punto a otro en línea recta. El suelo está salpicado de rocas, generalmente pequeñas, pero que molestan bastante bajo los pies y obligan al caminante a cambiar de dirección constantemente para evitarlas. De vez en cuando se ve alguna más grande, de dos o tres metros de diámetro, que destaca como un gigante entre sus compañeras, mucho más abundantes. Su superficie, desigual y corroída, da mudo testimonio de la tremenda erosión producida por el viento.

Pero lo peor era la arena, que cubre el suelo por todas partes y a menudo se amontona lo suficiente como para hacer difícil la marcha. Había dunas por doquier, y yo prefería contornearlas a cruzarlas, pues no me atrevía a pasar por encima, temiendo que su consistencia fuera incapaz de soportar mi peso. El accidente que había sufrido Steve durante la excursión a Valles Marineris había sido una buena lección, que no pensaba echar en saco roto.

A lo lejos, hacia el suroeste, y en ángulo recto con la dirección que seguía, vi alzarse un hilo de polvo, empujado por un remolino. En otra época, ese «diablo del polvo», como le llaman los meteorólogos, habría podido indicar la proximidad de una gran tormenta, pero ahora no era probable.

Levanté la mirada. En el cielo, en la mitad de su camino ascendente, se veía brillar un creciente luminoso. Era Fobos, la más grande y la más próxima de las lunas de Marte. La otra, Deimos, no era visible en ese momento. Fobos es una luna muy peculiar: sale por el oeste y se pone por el este, corre por el cielo a gran velocidad, como si tuviera miedo de llegar tarde a una cita, da cada día dos vueltas largas a Marte y, por si fuera poco, pasa por el ciclo completo de las fases tres veces al día. Comparado con la luna terrestre, Fobos es muy pequeño y da muy poca luz, aunque en ese cielo solo el Sol puede superarle. Y Deimos, cuando está a la vista, es aún menos satisfactorio: parece simplemente una estrella gruesa.

Mirando a Fobos, moví la cabeza con tristeza. Era una más, entre las cosas de Marte a las que me costaba trabajo acostumbrarme. Yo echaba mucho de menos la luna. Me pregunté si los poetas marcianos podrían sacarle a Fobos el mismo partido que sus colegas terrestres a nuestro satélite. ¿Y los enamorados? «Tal vez en el futuro» pensé, «cuando seamos capaces de cambiar el ambiente de Marte. Pero, por

el momento, un paseo nocturno a la luz de Fobos no puede ser muy romántico. El traje espacial lo estropearía».

¡Aquí estaba al fin la hondonada! Descendí la pendiente con grandes precauciones, pues no quería tener el más mínimo accidente después del trabajo que me costó convencer a Dimitri de que me dejara venir sola. Poco después me encontraba en el punto más bajo de la depresión, dejando en el suelo los esquejes que había traído, que pertenecían a especies terrestres muy resistentes al frío y a la sequía. Antes de plantarlos tenía que comprobar mi teoría sobre la posible existencia de agua a poca profundidad. Para hacerlo, me incliné y hundí la mano en la tierra blanda. Y entonces, de pronto, me quedé rígida y sentí que una intensa palidez se extendía poco a poco por mi rostro.

EL MENSAJE

Cuando entré en el despacho de Dimitri Tarkov, apenas veinticuatro horas después de nuestra anterior entrevista, pude leer claramente en sus ojos lo que pensaba: «¿Otra vez? ¿Con qué nuevas ideas vendrá ahora?». Sin embargo, algo debió de notar en mi cara, que probablemente estaba pálida y alterada, porque su expresión cambió casi instantáneamente y pareció comprender que sucedía algo importante y que esta entrevista iba a ser muy diferente de la otra. A pesar de ello, sus primeras palabras fueron casi una repetición exacta de las que había empleado la víspera.

—Siéntate, Irene. Tú dirás.

Aunque había tenido tiempo para reponerme durante el camino de vuelta, me sentí de pronto sin fuerzas y me dejé caer en la silla como un saco de patatas. Me costaba trabajo hablar, y a pesar de todos mis esfuerzos no conseguí borrar totalmente el temblor de mi voz.

—Ha ocurrido algo muy grave, Dimitri —dije al fin.

—¿De qué se trata?

—He recibido un mensaje.

—¿Un mensaje? ¿De la Tierra?

Por un momento le miré sin comprender. Pero me estaba serenando rápidamente, me sentía más dueña de mí misma. Las cosas habían cambiado. Ya no estaba en medio de un desierto hostil, enfrentándome sola a una situación de incalculables consecuencias. Ahora me encontraba en un despacho idéntico a los de la Tierra, ante un hombre al que, si no podía llamar amigo mío, conocía lo bastante bien como para poder predecir algunas de sus reacciones. Al mismo tiempo, la confusión de mi mente iba cediendo. Comenzaba a tener las cosas claras y a tomar decisiones sobre mi conducta futura.

—No, no es un mensaje de la Tierra —respondí.

—Entonces, no comprendo. ¿De quién es ese mensaje?

—Es un poco difícil de explicar.

—Tómate todo el tiempo que quieras. Y, por favor, empieza por el principio.

Aproveché la oportunidad que me ofrecía para guardar silencio unos instantes y poner orden en mis ideas. Y pensé que, en efecto, Dimitri tenía razón. Tenía que empezar lo más al principio que pudiera. Solo así lograría hacerme entender.

—¿Recuerdas lo que hablamos ayer?

—Naturalmente. ¿Has plantado ya esos esquejes?

—¿Eh? ¿Los esquejes? No, no los he plantado. No sé qué he hecho con ellos. Supongo que estarán en la hondonada.

—Está bien. Cuéntalo como quieras.

—Esta mañana me dirigí a la hondonada llevando los esquejes. Creo que los dejé en el suelo. No me acuerdo bien, pero no es eso lo que importa. Antes de plantarlos, me incliné para remover la tierra, esperando encontrar algo de humedad y entonces, justo en el momento en que mi mano entró en contacto con el suelo, oí una voz.

Tarkov casi derribó la silla al ponerse en pie de un salto.

—¿Otra vez con tus voces, Irene?

—¿Te has enterado de lo que pasó en Valles Marineris?

—Sí. Steve me lo ha contado todo.

Al oírle, sentí una gran decepción: Steve no debía haberlo divulgado sin mi permiso. Luego pensé que yo tampoco se lo había prohibido expresamente, que quizá él se consideró obligado a incluirlo en el informe que sin duda tuvo que presentar a su superior. Al darme cuenta de que estaba buscándole excusas, me reí interiormente de mí misma. Mis sentimientos estaban demasiado claros.

—Naturalmente, tú no habrás creído una sola palabra.

—¿Por qué no? Sin duda tú oíste esas voces o te pareció oír las, pero solo salieron del interior de tu cerebro. No eres la primera persona a quien le ocurren esas cosas, especialmente cuando uno se encuentra en una situación peligrosa.

—Yo también había comenzado a dudar, pues Steve opinaba como tú, pero ahora estoy segura. Las voces son una realidad. No salen de mí misma, vienen de fuera.

—¡Espera un momento! Eso que has dicho tiene sentido. Me parece que ya he descubierto lo que pasa. ¡Alguien ha querido gastarte una broma! Sin duda recibiste un mensaje, pero fue por radio, desde la base. Ahora mismo vamos a averiguar quién ha sido.

Acompañando la acción a la palabra, Dimitri Tarkov salió de su despacho y se dirigió a la sección de comunicaciones. Media hora después estaba de regreso. Yo le había aguardado con paciencia, sin moverme de donde estaba, y al verle no tuve la menor dificultad en interpretar la expresión de su rostro.

—No has descubierto nada ¿verdad?

—No. Yo creí que había resuelto el enigma. Alguien que hubiera oído contar la historia de tus voces te habría hablado por radio para tomarte el pelo. Pero parece que

no ha sido así. Hemos repasado cuidadosamente todas las grabaciones. No hay nada. Y no es posible que lo hayan borrado. Tampoco se puede desconectar la grabación.

—Podías haberte ahorrado el esfuerzo. Yo sabía perfectamente que no se trataba de una broma.

—¡Lo que nos faltaba! —exclamó Tarkov, paseando por la sala como un león enjaulado—. ¡Una nueva Juana de Arco, oyendo voces celestiales!

Me puse en pie lentamente. Si Dimitri quería tomárselo de esta manera, tendría que enfrentarse conmigo. Como primera medida para expresarle mi desaprobación, le retiré el tuteo.

—Señor Tarkov. Le ruego que no se confunda. No me compare con Juana de Arco, por favor. Yo no pretendo llegarle a la suela del zapato. Es cierto que he oído voces, pero no eran voces celestiales. Pertenecen a personas de carne y hueso.

Haciendo caso omiso de la forma deliberadamente cortés en que me dirigía a él, Dimitri continuó en la misma línea, medio burlona, medio despreciativa:

—¡Ah, ya vamos avanzando! ¿Así que sabes de dónde vienen las voces? ¡Adelante! Dímelo.

—Lo comprenderá usted cuando le repita el mensaje que he recibido.

—¡Ah, sí, es verdad! Se me había olvidado. Recibiste un mensaje. ¿Puedo saber cuál es?

—El mensaje es este:

«VOSOTROS TENÉIS LA INTENCIÓN DE CAMBIAR LA ATMÓSFERA DE ESTE PLANETA: HACERLA MAS Densa Y MAS RICA EN OXÍGENO. EL PRIMER PASO SE DARÁ DENTRO DE UN AÑO Y CINCUENTA DÍAS. SI LO HACÉIS, NOSOTROS MORIREMOS. TODAVÍA ESTÁIS A TIEMPO DE CAMBIAR VUESTROS PLANES Y EVITAR UNA TRAGEDIA».

—¿Eso es todo? —preguntó Tarkov.

—Eso es todo —respondí, sentándome otra vez.

—¿Y tú qué piensas que significa?

—¿No es evidente? Es un mensaje de los marcianos. Se han enterado de que queremos alterar la composición de la atmósfera, y saben que eso los destruiría. Quieren que cambiemos nuestros planes.

—¡Vamos, Irene, no digas tonterías! ¡Marcianos, por favor! Todo el mundo sabe que no existen.

—Nadie ha podido demostrarlo. También se pensaba que no había vida en Marte, hasta que yo la descubrí. ¿Por qué no va a haber seres inteligentes?

—¿Y dónde están? Muy bien escondidos, sin duda, pues hasta ahora nadie ha podido verlos. ¿Por qué no se presentan? ¿Por qué solo nos mandan mensajes a través de ti?

—No lo sé, pero así es.

—¡Ah, ya veo! Sin duda fueron los mismos marcianos los que te salvaron en

Valles Marineris ¿no es verdad? Entonces ¿no hubo milagro? ¡Qué pena! Parece que, después de todo, Dios no tuvo nada que ver en ello.

—Dios tiene que ver en todo lo que ocurre y a menudo actúa a través de los hombres. ¿Por qué no iba a hacerlo a través de los marcianos?

—Es decir, que esos marcianos de que hablas mandaron la roca para señalarte el camino que tenías que seguir y, no contentos con eso, te hicieron oír su voz y te dieron instrucciones...

—Precisamente.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque me lo han dicho.

—¡Ah, de modo que ha habido otros mensajes!

—Solo este. Me he limitado a repetir la parte que le concierne a todo el mundo.

—¿Y cómo han podido trasladarse desde Valles Marineris hasta aquí? Deben de tener muy buenos vehículos. ¡Qué lástima que no los hayamos localizado! ¿O quizá no hizo falta que se trasladaran? ¿Acaso tienen medios de comunicación propios e indetectables?

—Señor Tarkov, me doy perfecta cuenta de que usted no cree en el mensaje ni en nada de lo que yo le digo, y que se limita a tomar a broma mis palabras. Lo siento. No era ese el concepto que yo tenía de usted.

Por primera vez desde que le conocía, Tarkov perdió el dominio de sus nervios y levantó la voz exasperado.

—¡Ya basta! ¡No quiero oír ni una palabra más! Haga usted el favor de volver a su trabajo inmediatamente. Y no se le ocurra enviar otra de sus noticias sensacionales a la Tierra. Si lo hace, tomaré mis medidas y tendrá que atenerse a las consecuencias. Tengo contactos suficientes para conseguir que la despidan y que ninguna cadena de televisión del mundo quiera contratarla. ¡Ah, otra cosa! El experimento para el que le concedí permiso ayer, queda cancelado. No volverá usted a salir sola de la base hasta nueva orden. ¿Qué está usted esperando?

No me moví de la silla. Sin dejarme amilanar por sus gritos, le dije, mirándole fijamente a los ojos:

—Entonces ¿no piensa usted hacer nada?

—¿Te parece poco lo que acabo de decirte? —respondió el jefe de la misión, volviendo a tutearme y controlando a duras penas su ira.

—Me refiero al mensaje. ¿No va usted a transmitirlo a la Tierra?

—Sería el hazmerreír de todos. No. Desde mi punto de vista, no se ha recibido ningún mensaje. Todo esto es pura imaginación tuya.

—¿Qué tengo que hacer para convencerle?

—Preséntame una prueba incontrovertible de la existencia de los marcianos. Si lo consigues, te creeré.

—Trataré de conseguirla —dije, poniéndome en pie y saliendo de la habitación.

—Y así están las cosas —terminé. Steve guardó silencio durante un buen rato.

—No me gusta nada la situación —dijo al fin—. Te has metido en un buen lío. Tarkov podría hacer buena su amenaza y acabar con tu carrera. Si te descuidas, podrían obligarte a volver a la Tierra e ingresarte en un sanatorio para enfermos mentales.

—¿Quieres decir que pueden creer que estoy loca?

—Exactamente.

—¿Y tú? ¿Qué piensas?

—No estoy seguro... —replicó, tratando de elegir bien las palabras. Pero, al ver la cara que ponía yo, se apresuró a añadir—: No me refiero a lo de que estés loca. Sé que no lo estás. Hablaba de la existencia de los marcianos.

—Pues ¿qué otra interpretación puede haber?

—No lo sé... No se me ocurre nada.

—¿Lo ves?

—Pero eso no quiere decir que no existan otras posibilidades. Compréndelo. Ponte en el lugar de Tarkov. ¿Te arriesgarías a quedar como un imbécil transmitiendo un mensaje así, sin ninguna prueba de que sea auténtico?

—¡Vaya, gracias! Quieres decir que lo que yo diga no sirve de nada ¿verdad? O que lo he podido inventar todo ¿no?

—No te enfades, Irene. Tú sabes muy bien que no quise decir eso. Estaba tratando de explicarte la situación desde el punto de vista de Tarkov.

—¡De acuerdo! Supongamos que Tarkov se arriesga a quedar como un imbécil si transmite el mensaje. Pero también se arriesga a convertirse en un asesino si no lo transmite. ¡Muy bien! Me pongo en su lugar. Yo preferiría mil veces lo primero que lo segundo.

—No le juzgues tan mal. Trata de comprenderle. Al fin y al cabo, él no ha oído voces, como tú. Solo ha recibido el mensaje de segunda mano.

—En fin, que tú te pones de su parte.

Steve movió la cabeza negativamente, con énfasis.

—Tú sabes muy bien que yo haría cualquier cosa por ti y que te defenderé hasta el final, cueste lo que cueste.

En cualquier otra circunstancia, estas palabras de Steve me habrían hecho estallar de gozo. Pero, después de lo ocurrido aquella mañana, había comprendido que existen cosas mucho más importantes que la propia felicidad.

—Entonces ¿me ayudarás a buscar esa prueba?

—Te ayudaré. ¿Qué tengo que hacer?

—Convence a Tarkov para que me deje volver a la hondonada. Solo así podré ponerme en comunicación con los marcianos.

—¿Por qué? ¿Acaso no pueden comunicarse contigo aquí?

—No lo sé, pero es posible que no. Solo he oído esas voces en sitios muy concretos. En Valles Marineris, cuando estaba tendida en el suelo. Y en la hondonada,

solo duraron mientras yo tenía la mano hundida en el polvo. Cuando me puse en pie, desaparecieron. Es posible que sea necesario mantener algún tipo de contacto físico para que se establezca la comunicación.

—Pues me temo que va a resultar difícil conseguir que salgas de la base. Por lo que me has contado, Tarkov debe de estar muy enfadado.

—Si lo está, comete una injusticia. Yo no le he dado motivo.

—Supongo que no tendré más remedio que ir contigo, pues a ti no va a dejarte volver sola. ¿Qué podría decirle para que nos diera permiso? Porque, si le digo que quieres ponerte en comunicación con los marcianos, me echará inmediatamente con cajas destempladas.

—No lo sé. No se me ocurre nada.

Los dos meditamos en silencio unos instantes. De pronto, Steve exclamó:

—¡Ya lo tengo! Le diré que vamos a recoger esos esquejes, los que tú te dejaste olvidados. Creo que la excusa servirá.

—¿Y no se opondrá a que vaya yo a buscarlos? Eso lo puede hacer cualquiera.

—¿Quién iba a ir? ¡Están todos tan ocupados...!

—Tú, por ejemplo. Al fin y al cabo, a mí me dejó ir sola.

—Sí, pero ahora está arrepentido de haberlo consentido. Sin duda, durante las próximas semanas, será mucho más estricto en el cumplimiento del reglamento. No. Creo que aceptará que vayamos los dos.

—¿Cuándo vas a preguntárselo?

—Ahora mismo. Espera aquí, volveré en seguida.

Steve estuvo ausente poco más de diez minutos. Y, cuando volvió, su sonrisa me indicó antes que sus palabras que el intento había dado resultado.

—No ha puesto ninguna dificultad. Solo insistió en que yo te acompañe. Y en otra cosa. ¿No te enfadarás si te lo digo?

—Te lo prometo.

—Quiere que te vigile para que no se te ocurra enviar la noticia a la Tierra. Después de la otra vez, no se fía de ti.

No pude contener una sonrisa.

—No enviaré nada... por el momento. Sería prematuro. ¿Podemos irnos ya?

—No, será mejor aguardar a mañana por la mañana. Casi se ha puesto el sol. Y no creo que tus amigos te esperen tan pronto.

Miré a Steve atentamente, preguntándome si estaba hablando en broma, pero no vi indicios de ello: sus ojos no traicionaban la menor señal de burla. «Estoy volviéndome demasiado susceptible» pensé.

—Está bien —dije—. Iremos mañana. No creo que pueda dormir, pero tienes razón. No serviría de nada tratar de apresurarse. Yo no tengo el control. Lo tienen ellos.

LA PRUEBA

Por tercera vez en otros tantos días, Dimitri Tarkov me vio entrar en su despacho, aunque esta vez no venía sola, sino que me acompañaba Steve MacDunn. El rostro del director se oscureció. Evidentemente, estaba pensando rayos y centellas de mí, pero en voz alta se limitó a decir:

—Podéis sentaros. ¿Qué ocurre ahora?

Al hacer la pregunta, Tarkov miraba más bien a Steve que a mí. Sin embargo, fui yo quien contestó, dirigiéndome a él de forma aun más respetuosa de lo acostumbrado.

—Señor director: ayer, más o menos a esta hora, usted me dijo que no podía admitir la existencia de vida inteligente en Marte, pero se mostró dispuesto a reconsiderar su postura si yo podía presentarle una prueba convincente.

Dejé de hablar durante unos momentos, esperando una palabra de aquiescencia, y el jefe de la colonia se creyó obligado a decir:

—Así es.

—Muy bien. Esta mañana, mi compañero y yo nos dirigimos a la hondonada de la que hemos hablado en más de una ocasión, para recoger los esquejes que yo dejé allí olvidados, debido a la confusión momentánea que me produjo la recepción del primer mensaje.

—Confusión que parece ser permanente —murmuró Tarkov, con voz perfectamente audible. Pero yo ignoré la interrupción y continué:

—Una vez en la hondonada, coloqué la mano en el mismo lugar donde la puse cuando recibí el mensaje.

Tarkov me interrumpió por segunda vez:

—¿Por qué?

—Porque quería comprobar si se establecería de nuevo la comunicación,

naturalmente. ¿No habría hecho usted lo mismo en mi lugar?

—Quizá —respondió, sin comprometerse.

—La comunicación se restableció inmediatamente.

—¿Qué? —exclamó Tarkov, levantándose de un salto, pero en seguida se dominó, volvió a sentarse y añadió, más tranquilo—: ¿De modo que me traes un nuevo mensaje?

—Efectivamente —respondí, con toda la serenidad que pude conseguir.

—¿De qué se trata esta vez? ¿Una amenaza? ¿Nos destruirán los marcianos si seguimos adelante con los planes de colonización de Marte?

—Nada de eso. Por favor, ¿me dejará contárselo a mi manera?

—Adelante.

—Lo primero que hice fue tratar de explicarles la situación, pero descubrí que la conocían perfectamente.

—Son muy listos ¿no?

—Sí señor, lo son —repuse, ignorando la evidente ironía de sus palabras—. ¡A propósito! ¿Ha comprobado usted si el dato que me dieron ayer era correcto? Dijeron que el proceso de modificación de la atmósfera marciana comenzará dentro de un año y cincuenta días. ¿Qué ocurrirá en esa fecha?

—No tengo la menor idea. Continúa.

—Bien. Como le he dicho, sabían todo lo que ha sucedido y me dieron el segundo mensaje. Este no es para la Tierra, sino para usted.

—¡Hombre! ¡Cuánto honor!

—El mensaje dice así:

«MAÑANA, CUANDO EL SOL SE ENCUENTRE EN EL PUNTO MAS ALTO DE SU RECORRIDO, EXCAVA CON MUCHO CUIDADO EN ESTE LUGAR. ENCONTRARAS LA PRUEBA QUE BUSCAS».

—¡Ah! ¡De modo que ahora quieren que me dedique a cavar la tierra!

—No tiene usted que hacerlo personalmente, señor Tarkov. Puedo hacerlo yo, o Steve, o cualquier otra persona.

—¿Y qué se supone que encontraremos? ¿Algún artefacto misterioso fabricado por los marcianos? ¿O quizá una bomba que nos destruya a todos?

—No sé lo que encontraremos, señor Tarkov. Ellos no me lo han dicho. Pero no creo que quieran hacernos daño. Supongo que será alguna prueba de su existencia.

—¡Oye! ¿Por qué hablas siempre de ellos en plural? ¿Cómo sabes que son varios?

—Porque he oído varias voces.

—¿Y puedes distinguirlos?

—¡Perfectamente! No se parecen nada entre sí.

—¿Cuántas voces distintas has oído?

—Tres.

—Pero esas voces no han llegado a ti a través de la radio, sino de algún modo

desconocido ¿no es verdad? Porque, en caso contrario, el mensaje de ayer habría quedado grabado en los registros de la base.

—¿Puedo decir algo? —preguntó Steve.

—Naturalmente.

—Puedo asegurar que el mensaje que hoy recibió Irene no le llegó a través de la radio, pues yo estaba a su lado, sintonizando la misma frecuencia, y no capté nada.

—Es una lástima que no se te ocurriera comprobar si tú también podías recibir el mensaje.

—Te equivocas, Dimitri. Se me ocurrió. Cuando Irene lo recibió, se puso rígida y yo me di cuenta de lo que pasaba. Entonces coloqué la mano junto a la suya, pero no noté nada especial.

Tarkov me dirigió una mirada de triunfo.

—Eso es muy significativo ¿no crees?

—Ya veo a dónde quieres ir a parar —repuso Steve—, pero no estoy de acuerdo. Es evidente que los marcianos, si existen, se relacionan con Irene actuando directamente sobre su cerebro. Si es así, también serán capaces de excluirme a mí de sus comunicaciones.

—Veo que te pones de su parte —rezongó Tarkov.

—En realidad, aún no he tomado partido —repuso Steve—. Pero creo que merece la pena investigar el asunto. Si fuera verdad, sería el descubrimiento más sensacional de todos los tiempos. Mucho más que la existencia de vida en Marte.

Tarkov se volvió de pronto hacia mí.

—¿Quieres salir un momento, por favor, Irene? Quisiera hablar a solas con Steve.

Me levanté vacilante, miré a Steve con gesto de súplica y salí del despacho sin decir una palabra, pero me quedé esperando fuera. Lo que estaban discutiendo era demasiado importante, y no solo para mí. Los dos hombres estuvieron hablando cerca de una hora. Después, Steve salió solo y me contó lo que había sucedido.

En cuanto se cerró la puerta tras de mí, Tarkov le miró y dijo:

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—¿Qué opinas tú en realidad?

—No sé qué opinar. No tengo datos suficientes.

—¿Pero piensas que es posible que existan esos marcianos de que habla?

—Hay más cosas en el cielo y en la Tierra, Dimitri, de las que conoce nuestra filosofía.

—¡No me vengas ahora con citas de Shakespeare!

—Es que esa cita expresa exactamente lo que quiero decir.

Tarkov murmuró algo, que Steve no pudo entender. Luego añadió, con voz más alta y clara.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—Investigar el asunto en secreto para ver si hay algo de verdad.

—Pero ¡caramba! ¿Qué se puede investigar aquí? No tenemos más que unas voces que, según tú mismo has admitido, Irene oye en el interior de su cerebro.

—Sí, pero esas voces dicen cosas. Algunas se pueden comprobar. Por ejemplo: ¿qué pasará dentro de un año y cincuenta días?

—No creas que lo he olvidado. No soy tan despreocupado como cree Irene. Ayer estuve calculando. Dentro de un año y cincuenta días no pasará nada especial, que yo sepa.

—¿Has contado en años y días marcianos o terrestres?

—Terrestres. ¡Es cierto! Espera un momento. Voy a calcularlo otra vez.

Tarkov buscó en un cajón, sacó un pedazo de papel y se puso a escribir furiosamente. Steve miró en silencio desde el otro lado de la mesa, mientras pensaba: «¡Qué chauvinistas somos los seres humanos! Naturalmente, los marcianos calculan el tiempo de acuerdo con los movimientos de Marte. Pero a Dimitri no se le había ocurrido».

Al cabo de un rato, Tarkov subrayó una cifra, consultó unos papeles y lanzó una exclamación.

—¿Significa algo para ti esa fecha? —preguntó Steve, interesado.

El ruso se apresuró a guardar todos los papeles, incluido el que había utilizado para hacer los cálculos, y miró con sospecha a Steve.

—¿Cómo ha podido Irene averiguar esto? Era información confidencial. En la base, solo la conocía yo.

—No sé de qué estás hablando.

Tarkov se le quedó mirando fijamente a los ojos y luego dijo:

—En realidad, no tiene importancia. Puede ser una casualidad.

—Una más —repuso Steve. Tarkov no dijo nada.

—Antes me has preguntado qué haría yo en tu lugar —continuó el astronauta—. Es muy fácil. El mensaje de hoy dice que si excavamos mañana a mediodía en la hondonada, encontraremos una prueba. Busquémosla.

—No quiero que este asunto se extienda más por la base. Ya lo conoce demasiada gente.

—No tenemos por qué decírselo a nadie. Mañana podemos ir los tres a la hondonada. Los demás creerán que seguimos con el experimento agrícola.

—Está bien —dijo Tarkov, después de meditar unos instantes—. Haremos lo que dices. Pero si no encontramos nada, no quiero volver a oír hablar de esas voces.

Eran las once y treinta minutos del día siguiente, hora de la colonia Ares-III, cuando Dimitri Tarkov, Steve MacDunn y yo salíamos de la base, provistos de dos palas, con las que íbamos a excavar el suelo de Marte. Mientras caminábamos hacia la hondonada, sonreí al pensar que mi experimento había dado un resultado totalmente inesperado, pero extraordinariamente regular. En efecto: el primer día salí yo sola, el

segundo me acompañó Steve y hoy se sumaba Tarkov a la pequeña expedición. «Si la cosa continúa así» pensé, «mañana seremos cuatro y dentro de dos meses vendrá conmigo todo el personal de la colonia». Pero me guardé mucho de decirlo en voz alta, porque aunque Steve habría reído la broma, estaba segura de que Tarkov se enfadaría.

Eran casi las doce cuando pusimos pie en la hondonada. Excepto por las huellas que habíamos dejado Steve y yo, todo estaba exactamente igual que el primer día. Tampoco estaban ya allí los esquejes que yo olvidé plantar, pues Steve los había devuelto a la base al día siguiente. En cuanto llegamos al punto exacto, Tarkov miró el reloj y dijo:

—Las doce menos dos minutos. Hemos llegado casi en el momento oportuno. ¿Podemos comenzar ya?

Pero Steve no parecía tener demasiada prisa y estaba consultando un sextante que había traído.

—¿A qué estamos esperando? —insistió Tarkov.

—A que el sol llegue al punto más alto de su recorrido. Todavía falta un poco. Recuerda que el día marciano dura veinticuatro horas y treinta y siete minutos. Las doce del mediodía no es el punto medio.

—Supongo que un minuto más o menos no importará.

—Por si acaso, es mejor atenerse al mensaje al pie de la letra. Así, si no hay nada, no nos quedará la duda de haberlo hecho mal. Por eso he traído el sextante.

—Como quieras —repuso Tarkov—. De todas formas, no creo que haya nada que encontrar.

Me limité a mirarle con reproche, sin hablar.

Los minutos pasaron lentamente. Tarkov estudió con atención el terreno y se convenció de que nadie lo había manipulado en mucho tiempo. Tenía, pues, que desechar sus sospechas de que yo hubiera enterrado allí algún artefacto, para engañarle. De vez en cuando me miraba de reojo, como si me estudiara, y yo procuré disimular que me daba cuenta. En ese momento, estaba inclinada a justificar su conducta hasta cierto punto. Como jefe de la colonia, estaba obligado a tener en cuenta todas las posibilidades, por muy improbables que le pareciesen. Precisamente por ese motivo estaba aquí. Hoy no tenía derecho a acusarle de no prestar la debida atención a mis supuestos mensajes, a los que, evidentemente, seguía sin conceder el menor crédito, atribuyéndolos a mi fantasía. Mirando a mi alrededor, tuve que reconocer que el aspecto de la superficie marciana, yerma y desierta, no actuaba en mi favor y tendía a confirmar su incredulidad respecto a la existencia de vida inteligente en el planeta.

A las doce y quince, Steve levantó el sextante y midió la altura del sol durante un buen rato. Por fin, entregó a Dimitri el instrumento, tomó una de las dos palas y dijo:

—Es el momento. ¡Adelante!

Yo estaba ya preparada con la otra y los dos comenzamos a excavar, bajo la

mirada vigilante de Tarkov. La tierra roja se levantaba con facilidad y la excavación avanzaba bastante deprisa. A los diez minutos, habíamos hecho un hoyo considerable. Y entonces, de pronto, mi pala chocó contra un objeto duro. Steve se detuvo inmediatamente y el ruso se inclinó para ver el obstáculo, mientras yo lo limpiaba cuidadosamente con la pala. Era una piedra plana.

—¡Bah! Es una falsa alarma —exclamó Tarkov—. ¿No sería mejor dejarlo? Creo que ya es suficiente.

—Un momento —dijo Steve—. Voy a retirarla. Puede que lo que buscamos esté debajo.

La piedra pesaba bastante, pues era gruesa, de forma aproximadamente cuadrangular, y medía unos cuarenta centímetros de lado. Sin embargo, la gravedad de Marte le ayudó a levantarla. Por un momento, su cuerpo y el obstáculo nos impidieron ver lo que había debajo. Pero cuando Steve dejó la piedra cuidadosamente a un lado, los rayos del sol penetraron hasta el fondo de la excavación, iluminando lo que contenía.

—¡Dios mío! —exclamé, sin poder contenerme—. ¿Qué es eso?

UN HALLAZGO SENSACIONAL

El objeto que apareció ante nuestros ojos al retirar la piedra, tenía forma aproximadamente cilíndrica, medía unos treinta y cinco centímetros de largo por veinte de diámetro, estaba cubierto de pelo áspero y se movía ligeramente por uno de sus extremos. No cabía la menor duda: se trataba de un ser vivo, pero mucho más avanzado que las escamas blancas que yo había encontrado en Olympus Mons. Si aquellas podían compararse con los líquenes terrestres, esto tenía, por lo menos, las características de un animal.

—Parece un gusano peludo —exclamó Tarkov.

—O una especie de topo —propuso Steve.

Pero el ruso no estaba de acuerdo.

—¿Un topo? Eso sería demasiado avanzado. Fíjate: ni siquiera tiene cabeza, ni órganos de los sentidos, nada. No es más que una lombriz de tierra muy grande y cubierta totalmente de pelo, que indudablemente le sirve para aislarse del frío. Me pregunto de qué se alimentará.

Sin decir nada, me incliné, alargué la mano y toqué suavemente al extraño ser. Un instante después, mis compañeros se sobresaltaron al oírme lanzar un grito, que no pude contener.

—¿Qué ocurre? —dijeron al unísono.

—Es un marciano —susurré, sin dejar de tocarlo.

—¿Qué dices? —exclamó Tarkov.

—Me está hablando. Espera un momento, por favor...

Sin darme cuenta, había vuelto a tutearle. Muy a su pesar, el ruso y Steve aguardaron. Al cabo de un rato, separé la mano lentamente y me volví hacia ellos, aunque mi mirada parecía atravesarlos y perderse en el infinito.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —preguntó al fin Tarkov, que no pudo resistir más la

incertidumbre.

—Es un marciano —repetí.

—¿Cómo lo sabes?

—Reconozco la voz. Es uno de los tres que me hablaron.

—¿Y qué te ha dicho ahora? —preguntó Steve.

—Me ha dicho:

«CORRO UN GRAVE RIESGO AL HACER ESTO, PERO ERA LA ÚNICA MANERA DE CONVENCER A LOS INCRÉDULOS. ESTOY EN VUESTRAS MANOS. NO ABUSÉIS DE VUESTRO PODER SOBRE MÍ».

—Y tú ¿le has respondido algo?

—Sí. Le he dicho que me dejaré matar antes de permitir que le hagan daño —respondí, mirando a Tarkov con desafío. Pero el director no dijo nada. Después de un momento de silencio, le pregunté—: ¿Estás convencido ahora?

Tarkov alzó la mirada.

—No sé qué decirte. Es evidente que hemos hecho un descubrimiento asombroso: ¡vida animal en Marte! Pero ¿un ser inteligente? Lo siento. Todas las apariencias están en contra.

—¡Pero si acabo de repetirte lo que me ha dicho!

—¿Y dónde está la prueba de que esas palabras hayan surgido de... eso, y no de tu propia cabeza? Perdona, pero estamos exactamente igual que estábamos.

Por un momento, me costó trabajo soportar la decepción y contemplé a Tarkov como si no pudiera creer lo que oía. Luego, mi mirada se desvió ansiosa hacia Steve, quien se limitó a abrir los brazos en mudo gesto de inutilidad.

—Sin embargo, estoy dispuesto a hacer una prueba más —dijo de pronto Tarkov—. Voy a tocarlo. Si recibo algún mensaje, tal vez me convenza.

Antes de que yo pudiera responder, Tarkov se inclinó y posó la mano sobre el misterioso ser, pero no tardó ni un segundo en enderezarse de nuevo, con un grito de dolor.

—¡Me he quemado! —exclamó.

—¡Eso es imposible! —dijo Steve—. El guante aísla perfectamente.

—¡Te digo que eso me ha quemado la mano! Tengo la sensación de haber tocado un montón de brasas. Debe de estar achicharrada. Si pudiera quitarme el guante te la enseñaría, pero ya la verás en la base.

Steve movió la cabeza, incrédulo.

—Parece que este ser no está tan indefenso como decía Irene —dijo—. Sea como sea, aquí tenemos una nueva prueba en favor de su inteligencia.

—¿Por qué? —preguntó Tarkov, algo picado.

—Porque es capaz de elegir a sus amigos. Si es verdad que la sensación que has tenido la ha provocado él, ¿cómo explicas que Irene haya podido tocarlo con perfecta impunidad?

—No lo sé. No estoy en condiciones de buscar una explicación. Pero lo que has dicho no es ninguna tontería. Sería interesante saber qué pasaría si lo tocaras tú.

—¡No, gracias! —exclamó Steve, rápidamente—. No pienso hacer la prueba.

—¿Ni siquiera como experimento científico?

—No. Yo no soy uno de esos investigadores que prueban en sí mismos la vacuna que acaban de descubrir.

Mientras Steve y Tarkov discutían, yo había vuelto a posar la mano sobre el marciano. De pronto me enderecé e interrumpí la conversación de los dos hombres.

—Tenemos que tomar rápidamente una decisión.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Tarkov, exasperado.

—El marciano corre peligro. No puede resistir mucho tiempo la luz solar.

—¿Cómo lo sabes?

—Acaba de decírmelo.

—Entonces, tendremos que transportarlo a la base. Pero no sé cómo vamos a hacerlo.

—Yo lo llevaré —dije, con absoluta seguridad.

—¿Crees que te lo permitirá?

—Claro que sí.

—¿Cómo lo sabes? —y, anticipándose a mi respuesta, añadió—: ¡ya sé, ya sé! Él te lo ha dicho. Pues si realmente corre prisa, vámonos cuanto antes.

Tomé en mis brazos al marciano y, protegiéndole como pude de los rayos del sol, emprendí velozmente el camino de regreso. Mis compañeros me siguieron algo más despacio, discutiendo aún sobre la posible inteligencia del que, para Tarkov, seguía siendo un gusano peludo. A través de la radio, podía oírlos perfectamente, pero estaba tan atenta a la carga que llevaba, que casi no me enteré de nada de lo que hablaron.

Una vez de regreso en la base, Tarkov dio rápidamente algunas órdenes. Como es natural, no nos atrevimos a introducir al marciano en la burbuja, pues el oxígeno le habría envenenado. Era, pues, necesario construir un recipiente adecuado, una especie de jaula, para mantenerle en el exterior, en contacto con la atmósfera, pero abrigado de la acción directa del Sol. Mientras yo me retiraba con él a un lugar sombreado, todo el personal de la colonia se puso en movimiento, abandonando sus ocupaciones, para resolver la emergencia. La noticia del hallazgo de vida animal en Marte, la posibilidad de que incluso fuera inteligente, se extendió como fuego de pólvora. Todos se lanzaron a la tarea con decuplicado ímpetu, dirigiendo miradas furtivas hacia el lugar donde yo me encontraba, ocupada únicamente en mi hallazgo y totalmente ajena a la sensación que había provocado.

Uno de los primeros en encontrar un momento libre para acercarse a mí fue Pietro Fiorentino, el bioquímico, quien por su profesión estaba muy interesado en el descubrimiento. Pero mientras se aproximaba con intención de examinar al marciano, Tarkov se dio cuenta y se apresuró a advertirle:

—¡No se te ocurra tocarlo, Pietro! Esa bestia me ha abrasado la mano.

—Pues a Irene no le ocurre nada.

—No, no se puede negar que esa chica tiene ciertos privilegios. Por alguna razón, le ha caído bien al bicho. Según ella, no solo puede tocarlo, sino también hablar con él.

—¿Y se entienden?

—Perfectamente, pero sin pronunciar una sola palabra en voz alta.

—Telepatía ¿eh? Eso es muy interesante.

—Todavía no sabemos de qué se trata. Ni siquiera hemos comprobado que tales comunicaciones existan.

Pietro me miró con un gesto de comprensión.

—El jefe no quiere creerte ¿verdad?

—No.

—Es un incrédulo —dijo Pietro, con una sonrisa—. ¡Bien! Si no puedo tocarlo, al menos me dejarás verlo ¿no?

Incliné ligeramente al marciano para ponerlo al alcance de su vista, pero no demasiado cerca.

—¡Asombroso! —exclamó el bioquímico—. Es indudablemente una forma de vida bastante avanzada. ¡Qué lástima que no podamos diseccionarlo! ¡Cuánto podríamos aprender!

Por un momento, le miré sin comprender. Luego estallé, horrorizada:

—¿Diseccionarlo? ¿Estás loco? Eso lo mataría.

—Por eso no podemos. No vamos a destruir el único ejemplar que tenemos. ¡Si encontráramos más! ¿Es verdad que vive bajo tierra? Voy a proponerle a Tarkov que organice algunas excavaciones en lugares prometedores. Tú y yo tenemos que hablar seriamente de esto. Me contarás todo lo que sepas de estos bichos.

—¡Jamás! —exclamé—. Pero ¿es que no te das cuenta? ¡Son seres humanos como nosotros!

—¿Humanos? —preguntó Pietro, con ironía, señalando al extraño ser—. ¡No digas tonterías, Irene! ¡Míralo!

—Ya veo que tú tampoco me crees.

—¡Un momento! No he dicho tal cosa. Admito que es perfectamente posible que sean seres inteligentes, capaces de comunicarse contigo por telepatía. ¡Pero de eso, a decir que son seres humanos, hay un abismo!

—Pues yo no veo la diferencia.

—Será que no tienes ojos en la cara. ¿Acaso podrías enamorarte de eso?

—¿Y eso que tiene que ver? Tampoco podría enamorarme de ti, lo que no significa que tú no seas humano.

Una alegre carcajada resonó en los oídos de los dos. Era Steve, que estaba trabajando en la construcción de la jaula, y que había oído toda la conversación a través de la radio.

—Te ha dado una buena lección ¿eh, Pietro? —exclamó.

Pero el bioquímico volvió a la carga, doblemente molesto al comprender que había quedado en ridículo en público.

—Vamos a ver, Irene, seamos razonables. Tú no puedes llamar humano a un ser con este aspecto. Aunque sea inteligente, su mentalidad tiene que ser muy distinta de la nuestra.

Pero no me dejé convencer.

—¿Qué tiene que ver su aspecto? ¿Qué tiene que ver su mentalidad? ¿Condenarías a un hombre porque fuera jorobado, porque pensara de distinta manera que tú?

—Perdona, yo no estoy condenando a nadie.

—Has hablado de diseccionarlo. Lo único que te lo impide es que «solo tenemos uno»: cito tus palabras. Pero estarías dispuesto a hacerlo si «tuviésemos más». ¿Es ese el concepto que tienes del derecho a la vida? ¿De la fraternidad entre los hombres?

—¡Y dale! ¡Qué pesada te pones! ¿Cómo lograré hacerte comprender que eso no es un hombre?

—Acabará dándote la razón. Llamarle hombre es insultarle. Desde que me he puesto en comunicación con ellos, estos seres han tenido hacia mí una conducta intachable. Ellos me salvaron cuando estaba perdida en Valles Marineris, salvaron también a Steve. En cambio, nosotros ¿qué hemos hecho? Amenazar su existencia. Al principio, sin saberlo, pero ahora conscientemente. ¿Qué crees tú que es un hombre? Terencio dijo que es aquel para quien nada humano resulta ajeno. Estos seres han demostrado que se sienten responsables de ayudarnos cuando estamos en peligro. ¿Qué más se les puede pedir? Me decepcionas, Pietro. Empiezo a creer que ellos son más humanos que tú.

—¡Oye, Irene! ¿No crees que exageras?

En ese momento, Steve se aproximó.

—Ya puedes poner al marciano en su nueva morada, Irene. Todo está dispuesto para recibirle.

Ahora que había llegado el momento de separarme de él, me sentí abrumada por la responsabilidad que me había caído encima y miré con sospecha a todos los hombres y mujeres que me rodeaban, como si fueran bestias feroces a punto de saltar sobre el marciano en cuanto yo les volviera la espalda.

—¿Puedo fiarme de vosotros?

—Te aseguro que protegeremos a tu amigo como si fuera nuestro propio hijo —repuso Steve, apoyando la mano sobre el pecho, en un gesto de decidido compromiso.

—Sí, pero ya has oído las intenciones de Pietro.

—Pietro es el primero en reconocer que este es inviolable. Él solo ha hablado de buscar otros. ¿No es verdad?

—Claro —respondió el italiano.

—No temas que logrará encontrarlos con facilidad. Sería como buscar una aguja en un pajar.

—Está bien —dije, levantándome—. Lo colocaré en el sitio que le habéis preparado, pero os advierto que os considero a todos responsables de su vida.

Poco después, todos los terrestres entrábamos en el interior de la burbuja y el marciano quedaba solo en la, para él, acogedora atmósfera de su planeta, pero encerrado en una jaula y a merced de unos seres que yo estaba empezando a considerar sus enemigos.

CONVERSACIÓN AL AIRE LIBRE

Ese mismo día, pocas horas más tarde, una extraña escena tenía lugar sobre la superficie del planeta Marte. Por un lado, dos hombres y una mujer, yo misma, vestidos con traje espacial. Por otro, un extraterrestre, un ser de otro mundo, el único que, en realidad, se encontraba en su casa, un marciano: una especie de enorme salchicha cubierta de pelo áspero, que apenas se movía y que permanecía hundida casi totalmente en la tierra roja de su planeta, que llenaba hasta la mitad un recipiente de plástico, a modo de jaula, donde estaba confinado. Y encima de todo, cubriéndonos como un dosel, el extraño cielo anaranjado de Marte.

La jaula estaba situada en un lugar protegido del sol, junto a la pared de la gigantesca burbuja en cuyo interior vivían cincuenta seres humanos en unas condiciones ambientales muy semejantes a las de la atmósfera terrestre, mantenidas artificialmente por medio de complicados mecanismos y aislamientos a prueba de fugas. La parte superior de la jaula estaba perforada por un agujero que permitía el paso del aire, para que el marciano pudiera respirar, pero no lo bastante grande para que se escapara. Por ese mismo agujero introduce ahora la mano para tocarle y establecer con él una comunicación que, al parecer, solo podía conseguirse si existía entre nosotros un contacto directo o indirecto, a través de alguna materia sólida.

A mi lado estaba Dimitri Tarkov, jefe de la colonia, que deseaba comprobar, de una vez por todas, si era verdad, como sostenía yo, que el marciano era un ser inteligente, a pesar de su aspecto, tan poco parecido al humano. También estaba allí Steve MacDunn, cuya presencia había solicitado yo expresamente, y que no habría perdido esa oportunidad por nada del mundo. Tarkov iba a llevar la voz cantante de una conversación que, en realidad, era un interrogatorio del marciano. Yo tan solo desempeñaría el papel de intermediaria o intérprete entre los dos.

—Pregúntale —comenzó el jefe de la colonia— cómo se las arregló para hacerme

creer que me había abrasado la mano, cuando en realidad estaba intacta, como comprobé en cuanto regresamos a la base y pude quitarme el traje.

Repetí mentalmente sus palabras para comunicárselas al marciano. Luego miré a Tarkov y le transmití su respuesta. Durante toda la conversación, estas pausas se repitieron sistemáticamente. Aquí, sin embargo, prescindiré de ellas.

—Dice que, del mismo modo que es capaz de poner pensamientos en mi cerebro, también puede poner sensaciones en el tuyo.

—En ese caso ¿por qué no quiere hablar conmigo? ¿Por qué no me deja que le toque, como tú?

—Porque me ha elegido a mí como única intermediaria. Dice que hay cierta afinidad entre nuestras mentes, mientras que las de otros terrestres le resultan más extrañas.

—Entonces, si Steve lo tocara ¿lo trataría de igual modo que a mí?

—Exactamente igual. Solo a mí se me permite tocarle.

—¿Quieres hacer la prueba? —preguntó Tarkov a su compañero.

—No, gracias. Ya te lo dije antes.

—¿A pesar de que sabes que no me pasó nada, en realidad?

—A pesar de eso. A juzgar por tu reacción, fue una experiencia muy desagradable. No tengo ningún interés en pasar por ella.

—Es que así podríamos comprobar si lo que dice Irene es cierto. Cada una de esas coincidencias sería un argumento en favor de la teoría de que «eso» es un ser inteligente.

—Búscate otros medios —repuso Steve con voz cortante.

—Cálmate. No pienso obligarte. Vamos a ver, Irene. Pregúntale qué pasará dentro de un año y cuarenta y ocho días.

—Dice que tú lo sabes muy bien.

—Naturalmente. Solo quiero comprobar si él lo sabe.

Esta vez la pausa fue más larga, porque me costó bastante trabajo comprender la respuesta del marciano.

—No sé si lo he entendido bien, pero creo que ha dicho algo así: «En esa fecha aparecerá un nuevo astro en el firmamento, que será tan brillante como cien soles, pero que solo iluminará un punto del suelo. Todo aquel que se coloque en ese punto, perecerá abrasado».

Tarkov se volvió a Steve.

—No está mal la descripción. Tengo que reconocer que es verdad. Esa es la fecha prevista para la puesta en funcionamiento del primer espejo parabólico que se situará en órbita estacionaria alrededor de Marte y que enfocará la luz solar sobre un punto del planeta, donde colocaremos una estación receptora de energía. Pero todo esto es todavía confidencial. Os ruego que guardéis el secreto y no lo comentéis con nadie hasta que yo os dé permiso.

Steve y yo le aseguramos nuestro silencio.

—¡Está bien! Cada vez estoy más convencido de que todo esto no sale de tu cerebro, Irene. Lo que no sé es cómo han podido enterarse los marcianos. Pregúntaselo, por favor.

—Dice que han captado los mensajes que enviamos y recibimos de la Tierra.

—¡Pero si están en clave!

—No comprende lo que quiere decir eso.

—¡Espera un momento, Dimitri! —intervino Steve—. Me parece que lo entiendo. A los marcianos les da igual que los mensajes estén en clave o en una lengua de la Tierra, porque, en principio, no entienden ni una cosa ni la otra. Al fin y al cabo, cifrar un mensaje es lo mismo que traducirlo a una lengua artificial. Si son capaces de extraer la información que contiene cuando el mensaje está, por ejemplo, en inglés, también lo comprenderán aunque esté codificado con cualquier otro sistema de claves.

—¡Por Júpiter, tienes razón! Entonces, todas nuestras protecciones son inútiles contra ellos.

—¡Un momento! Me está diciendo algo —le interrumpí—. Dice que también pueden oír nuestras voces y entender todo lo que hablamos.

—Entonces ¿para qué tienes que tocarlo? ¡Ah, ya! No se lo preguntes. Sin duda es necesario, para que *tú* puedas recibir sus mensajes.

—Dice que así es, precisamente.

—Muy bien, Irene. Me doy por vencido. Te creo. Tú tenías razón. Son seres inteligentes. Una vez más, has hecho un descubrimiento sensacional.

—Gracias, pero yo no he hecho nada. Han sido ellos.

—Bien. Pregúntale si quiere contestar algunas preguntas sobre ellos mismos, sobre su modo de vida.

—Está dispuesto.

—En ese caso, pregúntale de qué se alimenta.

—Dice que es demasiado complicado para que yo lo entienda.

—Quizá no lo sea para mí. Dile que yo soy científico.

—Sí, pero primero tendría que hacérmelo comprender a mí, para que yo pudiera explicártelo a ti.

—Pero, si no sabemos qué es lo que come, no podremos alimentarle. ¿No se morirá de hambre?

—Dice que no necesitará nada en mucho tiempo.

—Muy bien. Lo dejaremos por el momento. Pregúntale si entre los de su especie existe el sexo. Es decir, si hay marcianos de dos clases, diferentes entre sí, como entre nosotros, los terrestres.

—Según dice, son todos iguales: no hay más que una clase de marcianos.

—Tal vez no te ha entendido bien. Pregúntale cómo se reproducen.

—No se reproducen.

—¿Cómo?

—Yo también me he quedado muy sorprendida, Dimitri, pero no hay ninguna duda: me ha dicho que no se reproducen.

—Pero entonces ¿cómo nacen individuos nuevos para reemplazar a los que se mueren?

—Dice que no se mueren.

—¡Vamos a ver! Aquí ocurre algo raro. Me parece que no nos entendemos. ¿Quieres decir que son inmortales? ¡Pero eso no puede ser! Hace un rato nos dijo que la luz del sol le mataría. Y el primer mensaje... decía que morirían todos, si seguíamos adelante con los planes para cambiar la atmósfera.

Esta vez tardé largo rato en responder. Con los ojos cerrados, traté de visualizar en mi cerebro los argumentos de Tarkov, para explicárselos al marciano, y cuando este me contestó, presté una enorme atención a su respuesta. Luego abrí los ojos y miré al ruso con cara de sorpresa.

—Dice que no se mueren de viejos. Que solo pueden morir como consecuencia de un accidente. El sol, el oxígeno, los cambios bruscos del ambiente... todo eso son accidentes. Normalmente viven bajo tierra, protegidos y en paz durante millones de años. Solo de vez en cuando una catástrofe se lleva a alguno.

—Pero entonces ¡cada vez quedarán menos!

—Así es, exactamente.

—¿Cuántos quedan ahora mismo?

—Dice que unos cien mil.

—¡Es asombroso! ¿Y cuántos eran al principio?

—Alrededor de doscientos mil.

—Pero entonces, esos cien mil marcianos deben de ser viejísimos... Pregúntale qué edad tiene.

—Dice que desde que él nació, su planeta ha dado quinientos millones de vueltas al Sol.

Tarkov hizo un rápido cálculo mental.

—Lo cuál quiere decir que nuestro amigo tiene casi mil millones de nuestros años. ¡Un venerable anciano, en verdad! Pregúntale si nacieron todos a la vez.

—Dice que sí.

—¿Cómo nacieron? ¿De dónde salieron?

De nuevo se hizo un largo silencio. Por fin arrugué el entrecejo, pero no hablé. No sabía qué decir, exactamente.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Tarkov, impaciente.

—No lo he entendido muy bien. Algo así como que Ámbar los hizo.

—¿Ámbar? ¿Quién es Ámbar?

—Dice que si no lo sabemos, él no puede explicarlo.

—¡Bueno! Me parece que estamos perdiendo el tiempo. Además, no creo que sea verdad lo que está diciendo. ¡Es absurdo! ¡Seres que viven mil millones de años! ¿Quién puede creer semejante estupidez?

—Yo —susurré—. Estoy segura de que no nos engaña.

—La verdad es que no veo qué podrían ganar ellos diciéndonos eso, si fuera mentira —dijo Steve.

—¡Allá vosotros, crédulos! Yo, por mi parte, no me lo trago. ¡Vamos adentro!

—¿Te importa que me quede aquí un momento? —dije—. Quiero preguntarle una cosa.

—¿Qué le vas a preguntar?

—Si no te importa, preferiría no decírtelo. Es una cuestión personal.

—Como quieras —rezongó Tarkov, mientras comenzaba a caminar hacia la entrada de la burbuja—. Pero no tardes mucho.

Steve vaciló, a punto de seguirle.

—¿Me necesitas, Irene?

—No, puedes irte.

Poco después, me encontraba a solas con el marciano. Despacio, muy despacio, como si me costara trabajo decidirme, alargué de nuevo la mano hacia el orificio de la jaula y la introduje poco a poco, hasta posarla suavemente sobre la piel peluda. Inmediatamente se restableció la comunicación y sentí en mi interior una muda pregunta: «¿Qué quieres?».

Sí. Esa era la cuestión. ¿Qué quería? Lo quería todo, en realidad. Estaba exigiendo lo que, probablemente, nadie podía darme: seguridad. ¿Me atrevería a pedírsela? ¿A preguntarle las mil cosas que se agolpaban en mi cerebro? «¿Qué va a pasar? ¿Qué será de nosotros? ¿Qué nos espera? ¿Te importa a ti lo que me ocurra a mí? ¿Me importa a mí lo que te ocurra a ti? ¿Le importa a alguien? ¿Qué sabes tú del universo, la vida, la muerte, la inmortalidad, Dios? ¿Qué sabes tú? ¿Me atreveré a hacerte todas esas preguntas? ¿Acaso no te las he hecho ya?».

La cúpula anaranjada que nos cubría se había vuelto de pronto negra, como el cielo de Olympus Mons, como la más lóbrega de las noches de la Tierra. Me encontraba casi en tinieblas, pero no del todo: un camino débilmente iluminado, un estrecho pasillo, se abría ante mí. La oscuridad que me rodeaba por todas partes parecía empujarme hacia él. Avancé a tientas, pero no pude encontrar las paredes. Tampoco podía verlas, pues su negrura no se diferenciaba en nada de la negrura del cielo. Mientras caminaba, pensé que esas paredes podían muy bien no existir, que el suelo mismo no era más que aquella delgada lámina que revelaban los débiles rayos de luz, cuyo origen no conocía y cuyo destino era incierto. Tal vez avanzaba, casi a ciegas, por un puente tendido sobre un abismo insondable en el que me haría caer la más ligera vacilación.

El puente, o el pasillo, o el camino, parecía infinito, pero de pronto me di cuenta de que todo había cambiado. Ahora estaba en un lugar completamente distinto: en el borde de un inmenso pozo vertical, negro como la tinta, que se hundía en las profundidades a mis pies. Solo el borde del pozo estaba iluminado, pero allí no había nadie más que yo. No, eso no era verdad. Oía una voz. Una voz muy distinta a todas

las que había conocido. Una voz que me gritaba: «¡SALTA!». ¿Saltar? ¿A dónde? ¿Al fondo del pozo? Pero eso sería la muerte. Y, sin embargo, un impulso irresistible que salía de mí misma me empujaba a obedecer la orden.

Muy despacio, con muchas precauciones, me incliné hacia el suelo, me apoyé en el borde del abismo y comencé a descender, hasta quedar suspendida solo por las manos. «¡SALTA!» seguía gritando o susurrando la voz. «No tengas miedo. No te ocurrirá nada. Yo te estoy esperando y te recogeré, para que no sufras el menor daño».

Por un momento creí que al fin lo había logrado. Vi caer mi propio cuerpo hacia el abismo. Lo vi bajar a través de las tinieblas, como si un foco oculto lo iluminara, siguiendo su descenso. Pero luego miré hacia arriba y me vi a mí misma, todavía suspendida del borde. Lo que había caído no era yo. Era un fantasma, un maniquí, un sosias, un producto de mi imaginación. Mis manos seguían agarrotadas en el borde, resistiéndose a una voluntad que al mismo tiempo quería y no quería soltarse. Me sentí al borde de la desesperación. Y en ese momento, del fondo del pozo surgió una voz diferente. Una voz conocida. Una voz que decía: «YO ESTOY LIBRE DE TODA CULPA».

Abrí los ojos. El cielo anaranjado me deslumbró al principio, pero no tardé en acostumbrarme a él. Lentamente, muy lentamente, alcé la mano, la extraje de la jaula y me alejé hacia la escotilla. El marciano no había podido decirme todo lo que yo quería saber, pero indudablemente me había dicho todo lo que él sabía.

LA DECISIÓN

El día en que descubrimos al marciano, estuve tan ocupada con él que ni siquiera se me ocurrió divulgar la sensacional noticia en la Tierra. Fue un error gravísimo, lo reconozco. Porque, si yo me hubiese adelantado, quizá se habría evitado todo lo que ocurrió después. Pero ahora es inútil lamentarse.

Al día siguiente, muy de mañana, salí al exterior para comprobar que mi protegido se encontraba bien. Después me dirigí a la sección de comunicaciones, dispuesta a enviar un mensaje a los medios de información, pero me encontré con la desagradable sorpresa de que Dimitri Tarkov acababa de imponer al personal de la colonia una prohibición absoluta de todo tipo de transmisiones, hasta nueva orden. No me costó trabajo comprender por qué. Por un momento, tuve el impulso de ir a ver a Tarkov y protestar por la medida, pero me contuve: era evidente que no serviría de nada.

A cosa de media tarde, comenzó a extenderse por la base el rumor de que algo se estaba cocinando respecto al marciano. No sé cómo llegó a saberse. Tarkov es tan cuidadoso con sus secretos, que generalmente se excede y no cuenta ni siquiera las cosas que todo el mundo debería conocer. Sea como sea, algo debió de escapársele, y la noticia corrió a la velocidad acostumbrada en un lugar donde normalmente ocurren tan pocas novedades. Aunque eso era antes, porque en aquellos días no podíamos quejarnos.

Fue Marcel Dufresne quien vino a contármelo, sin duda porque sabía que la noticia iba a ser un rudo golpe para mí y quería ser el primero en dármela para gozar con mi reacción. Al parecer, Tarkov se había convencido por fin de que el marciano era un ser inteligente. Inmediatamente envió un informe a las autoridades astronáuticas, detallando lo que había ocurrido. Pero sus superiores no aceptaron sus conclusiones y decidieron trasladar al marciano a la Tierra para estudiarlo allí

detenidamente y a gusto. Tarkov opuso algunas objeciones, pues a él también le interesaba conservar el monopolio del descubrimiento, pero se las rechazaron.

El problema fundamental, la construcción de un ambiente adecuado para llevar al marciano, se resolvió rápidamente. Se le transportaría dentro de un recinto perfectamente aislado, alfombrado con tierra de Marte y lleno con una copia exacta de su atmósfera, que se mantendrá permanentemente en las condiciones óptimas para él con ayuda de aparatos, reacciones químicas y métodos parecidos a los que utilizamos para crear un ambiente terrestre dentro de la burbuja.

De acuerdo con el rumor, al que no dudé en dar crédito, Tarkov tuvo finalmente que rendirse a la evidencia y aceptar el traslado, que iba a realizarse lo antes posible. Ahora mismo se estaban firmando las órdenes oportunas.

Esta vez no me molesté en seguirle la corriente a Marcel, pues estaba demasiado conmovida, y le dejé gozar de su triunfo. En cuanto supe lo que ocurría, salí corriendo para buscar a Steve y consultarle lo que debía hacer. Estaba muy asustada, porque tenía la seguridad de que el marciano no debía salir de su planeta, donde yo podía controlar, hasta cierto punto, que no hicieran con él nada indigno o peligroso. Le había asegurado mi protección y estaba dispuesta a cumplir la promesa. Pero en la Tierra, no tendría la posibilidad de garantizársela.

Steve no se hallaba en el lugar de costumbre y, después de indagar un poco, me enteré de que estaba reunido con Tarkov. No tuve la menor duda del motivo: las cosas estaban avanzando demasiado deprisa. Era necesario hacer algo antes de que fuera demasiado tarde. Y yo sabía, exactamente, qué era lo que tenía que hacer.

Sin perder un momento, tomé la decisión, me dirigí a la salida de la burbuja y me vestí un traje espacial. Con la confusión que reinaba en la colonia, tenía la esperanza de que nadie me echaría de menos durante un par de horas.

Cuando regresé, encontré a Steve aguardándome. Tan pronto como terminó de hablar con Tarkov, me había buscado por toda la base, hasta convencerse de que no estaba en ella. Entonces se dirigió a la escotilla y esperó con paciencia mi regreso.

—¿Te has enterado de la noticia? —dijo, sin siquiera saludarme.

—Sí —respondí.

Me costaba trabajo hablar. Estaba muy cansada después de lo que había hecho, deseaba cerrar los ojos, dormir y olvidarme de todo, pero comprendía que no podía ser así, que apenas me encontraba en el principio de mis esfuerzos.

—¿Cómo es posible? —exclamó Steve—. ¡Si yo acabo de saberlo!

—El rumor se ha extendido rápidamente por toda la colonia —dije—. Marcel me lo contó.

—¿Sabes también que tú y yo tenemos que salir inmediatamente hacia la Tierra?

—Lo había supuesto —repuse—. Tú habrías tenido que dirigir el *Aventura* y yo habría sido indispensable, como única intérprete del marciano.

Steve no se dio cuenta de que yo hablaba en modo condicional o, si se fijó, lo atribuyó sin duda a mi preocupación, y continuó hablando sin darle mayor importancia:

—Mañana por la mañana, a primera hora, tenemos que reunirnos con Tarkov, que nos hará entrega de las órdenes definitivas. Otra cosa: nos han prohibido a todos divulgar la noticia. Han declarado «alto secreto» la existencia de vida inteligente en Marte, por lo menos hasta que se compruebe, fuera de toda duda. Dimitri está ya seguro, pero no ha conseguido convencer a sus superiores.

Durante un rato, nos quedamos los dos muy silenciosos. Yo estaba tratando de reorganizar mis pensamientos, después del paso que acababa de dar, mientras Steve, que creía comprender mis sentimientos, no sabía qué decirme.

Por fin llegó el momento de separarnos. Pero antes de hacerlo, sin poder contenerme, le puse la mano en el brazo y exclamé:

—Mañana necesitaré tu apoyo.

—Cuenta con él —me aseguró.

—Todavía no sabes para qué.

—Sea lo que sea, yo estaré de tu parte.

—Gracias. Lo creo.

Steve me miró con un gesto de compasión. Sin duda yo estaba muy pálida, pero él se equivocaba totalmente en la causa.

Esa noche, casi no pude dormir, pensando en la prueba que me esperaba, ensayando para mis adentros lo que habría de decir y descartando una tras otra todas las frases que me venían al pensamiento. Por fin decidí dejarlo todo para el día siguiente y confiar en lo que se me ocurriera de forma espontánea. Generalmente, eso es lo mejor que se puede hacer.

Por la mañana, cuando Tarkov me mandó llamar, estaba dispuesta. Al entrar en el despacho encontré allí a Steve, que me dirigió una sonrisa de ánimo. Pero fue Dimitri el primero en hablar.

—Supongo que ya sabes que el marciano tiene que partir inmediatamente hacia la Tierra.

Se notaba que no le hacía gracia tener que aceptarlo, pero el asunto estaba ya fuera de sus manos y no le quedaba más remedio que resignarse.

—Tengo que comunicarte que se ha tomado la decisión de que tú debes acompañarle —continuó—. Supongo que comprenderás que es inevitable. Tú eres la única persona que puede comunicarse con él sin sufrir daño. Te ruego, por tanto, que te pongas por entero a disposición de Steve y que le ayudes a preparar el traslado, que tendrá lugar lo antes posible.

Había llegado mi turno de hablar y me puse en pie lentamente.

—Lamento contradecirte, Dimitri, pero lo que dices es imposible. El marciano no

viajará a la Tierra.

El jefe de la misión suspiró.

—Esperaba tu oposición —dijo—, pero te aseguro que es inútil. La decisión se ha tomado en niveles demasiado altos. Y en cuanto a la seguridad de tu protegido, puedes estar tranquila. Todo se dispondrá adecuadamente para que no sufra durante el traslado y para que al llegar a la Tierra se encuentre en un ambiente en el que pueda vivir de la forma más natural posible.

—No me refería a eso, Dimitri.

—Sí, ya sé que también tienes razones morales para oponerte al traslado. Te aseguro que todo se ha tenido en cuenta. Pero siéntate, por favor.

Ignoré su ruego y continué de pie.

—Perdona, pero cuando digo que el marciano no puede viajar a la Tierra no me refiero a una imposibilidad moral, sino física.

Tarkov y Steve se me quedaron mirando, desconcertados.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el segundo.

—Que no podéis llevaros al marciano, por la sencilla razón de que ya no está entre nosotros. Ayer por la tarde, en cuanto supe la noticia, salí de la base y me apresuré a dejarlo libre.

Por un instante, pareció que todos nos hubiésemos convertido repentinamente en piedra. Después, Dimitri y Steve comenzaron a hablar a la vez. Yo ya no estaba asustada. Había dicho lo que tenía que decir y estaba preparada para dar el siguiente paso.

Por fin se restableció el orden. Tarkov se puso en pie frente a mí y dijo, con deliberada cortesía:

—Señorita Pinedo, ha cometido usted una grave infracción, quizá un delito. Ha dispuesto usted de una propiedad nacional según su criterio, sin pedirle consejo a nadie y en oposición a las órdenes recibidas. Recuerde que yo la hice personalmente responsable del descubrimiento. Espero que nos ayude a recuperarlo, explicando con todo detalle dónde lo ha llevado y de qué manera podremos dar con él. Si no lo hace, tendrá usted que atenerse a las consecuencias.

Vi que Steve iba a levantarse para protestar, pero un leve gesto mío le detuvo. A cada momento que pasaba, me sentía más segura, más dueña de la situación.

—Perdona, Dimitri, pero no estoy de acuerdo con lo que has dicho. En primer lugar, el marciano no era propiedad de nadie, pues es esencialmente libre, como cualquiera de nosotros. Por lo tanto, yo no he cometido ningún delito al devolverle una libertad a la que siempre tuvo derecho. En segundo lugar, recordarás sin duda que yo me consideraba responsable de su seguridad desde que decidió ponerse bajo nuestro cuidado para convencerlos de la verdad de mis palabras. Esa responsabilidad para con él era muy superior, Dimitri, a cualquiera otra que me ligara contigo. En tercer lugar, estoy dispuesta a decirte dónde lo he llevado: al mismo sitio donde lo encontramos hace varios días. Pero antes de que te precipites a ordenar que realicen

excavaciones en su busca, debo avisarte de que ya no lo encontraréis allí. Los marcianos tienen medios para desplazarse bajo tierra a gran velocidad y él está ahora muy lejos de aquel lugar. Lo sé, porque él mismo me dijo que eran esas sus intenciones.

—¿Has terminado ya? —preguntó Tarkov, sentándose de nuevo y tratando con un gran esfuerzo de dominar la cólera.

—No. Tengo una cosa más que decirte. Es posible que estés pensando en castigarme por haber cumplido ante todo con mi deber como ser humano. Te aconsejo que no lo intentes. Yo ya no pertenezco a tu jurisdicción. Los marcianos me nombraron ayer su representante ante el gobierno de la Tierra. A partir de ahora tengo inmunidad diplomática. Soy, por decirlo así, su embajadora.

Por segunda vez, el asombro dejó paralizados a los dos hombres. Sin embargo, Tarkov no tardó en reponerse y en recuperar el uso de la palabra.

—¿Qué pruebas tenemos de que es cierto lo que dices?

—¡Esta! —repuse, señalando al suelo con el dedo.

Y en el mismo instante se produjo el terremoto. La base entera tembló violentamente y tuvimos que sujetarnos para evitar caernos de las sillas. Tarkov trató de levantarse, vaciló, estuvo a punto de perder el equilibrio y quedó agarrado al borde de la mesa en posición inverosímil.

Como después supimos, el terremoto duró exactamente cinco segundos, pero nos pareció eterno. Y apenas terminó, Tarkov se apresuró a dirigirse hacia la puerta del despacho para informarse de los daños que hubiera podido sufrir la base, pero yo le detuve.

—No te asustes, Dimitri. No ha ocurrido nada. Este movimiento ha sido cuidadosamente calculado. Te aseguro que la colonia está intacta.

Sin embargo, la reunión se dio por terminada inmediatamente y no volvió a convocarse hasta muchos días después.

LA NEGOCIACIÓN

En las semanas siguientes, un verdadero caos se adueñó de la colonia Ares-III. Exceptuándome a mí y, hasta cierto punto, a Steve, todos los demás parecían haber perdido el control. Afortunadamente, la mayor parte de los mecanismos encargados del mantenimiento de las condiciones de vida en la burbuja funcionaban de forma automática. De no ser así, sin duda habría habido más de una catástrofe, por olvido o distracción de alguno de los responsables.

Aunque Dimitri intentó volverse a reunir conmigo, me negué terminantemente a ello, pues ya le había proporcionado toda la información y las pruebas que necesitaba y no tenía nada más que añadir. Cuando me hiciera una propuesta concreta, que pudiera presentar a los marcianos, reanudaría las conversaciones, pero, mientras no la hubiera, no deseaba perder el tiempo en discusiones inútiles.

Comprendo que estuviera furioso. Le había hecho quedar mal, precisamente cuando esperaba sacar partido del descubrimiento y se consideraba a punto de dar un gran salto en su carrera. Ahora, hasta era posible que lo destituyeran. Pero claro, yo no podía prever eso, y aunque lo hubiera previsto no podía actuar de otra manera.

A partir de aquel día, y aunque seguí desempeñando mis deberes en el laboratorio de cultivos hidropónicos, me negué a aceptar de Tarkov cualquier otro tipo de órdenes, escudándome, como el día de la reunión, en mi carácter de representante de los marcianos, que me ponía en una posición ambigua de la que estaba dispuesta a aprovecharme. Aunque la organización casi militar de la colonia daba a Dimitri una autoridad prácticamente absoluta, en mi trabajo de corresponsal yo había conseguido eludirla más de una vez con subterfugios, pero ahora había llegado el momento de desobedecerle abiertamente.

Tarkov era demasiado diplomático para chocar conmigo y demasiado listo para pedir ayuda a la Tierra, pero no por eso se encontraba inerte. De pronto, comencé a

darme cuenta de que se me hacía el vacío, de que mis compañeros me rehuían y escapaban con diversos pretextos cuando intentaba hablar con ellos. Ni siquiera tenía el consuelo de cambiar impresiones con Steve, el único que me inspiraba confianza, pues Tarkov lo había enviado al *Aventura* en una misión secreta de la que tardaría muchos días en volver. Así pues, me encontraba completamente sola, y no dudé de que la situación había sido planeada por el jefe de la colonia, con la intención de presionarme.

La reacción de Marcel Dufresne ante estos hechos me resultó divertida, al principio. En seguida me di cuenta de que me tenía pánico. Sin duda estaba convencido de mi influencia con los marcianos y de los poderes de estos, y temía que le hiciera pagar las burlas de que me había hecho objeto. Cuando le resultaba imposible evitarme, me trataba con la más abyecta obsequiosidad.

Tuve que sufrir especialmente la hostilidad de mis compañeras de habitación, que no podían rehuirme, pues forzosamente coincidíamos a la hora de acostarnos, pero lo compensaban asaltándome con sus reproches y obligándome a enzarzarme en largas y penosas discusiones que no llevaban a ninguna parte.

—¡Es inaudito! —exclamó cierta noche Inge Borland—. ¡Nunca lo hubiera creído de ti, Irene! ¡Tú que parecías una chica tan simpática y tan bien educada!

—¿Qué tienes que reprocharme? —pregunté algo seca, pues sabía lo que venía a continuación.

—¡Casi nada! Que te has convertido en un monstruo de ambición y de soberbia y te niegas a escuchar nuestros consejos.

—¿Por ejemplo?

—Lo sabes muy bien. ¿Por qué no descubres dónde se esconden los marcianos? ¿No te das cuenta de que pueden destruirnos? ¡Hay que hacer algo cuanto antes! De lo contrario, podemos morir en cualquier momento.

—Te equivocas, Inge. No corremos peligro. Y yo no actúo así por ambición. Es que no puedo traicionarles.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que lo que estás haciendo es una traición a la Tierra?

—Esta se ha pasado a los marcianos en cuerpo y alma —intervino Nina Fedorovna—. No me sorprendería que ella misma les haya dado la idea del terremoto.

—Os aseguro que no he hecho ni voy a hacer nada que pueda causar daño a uno solo de nosotros.

—Ya nos has hecho daño, Irene, aunque te niegues a reconocerlo.

—Eso no es verdad, Inge —repliqué—. Ya sé que ves las cosas de distinta forma que yo, pero te ruego que me comprendas. No puedo aceptar tus consejos, porque están en contra de mis principios.

—¡Ya salieron a relucir los principios! —dijo Nina, con displicencia—. ¡Hija! ¡Qué superior te has vuelto!

—Es cierto, Irene —añadió Inge—. Parece como si te creyeras más lista o mejor que nadie. ¿No te has dado cuenta de que estás sola? Nadie opina como tú. ¿Es ese el concepto que tienes de la democracia? ¿Crees que tu opinión tiene que prevalecer sobre la de todos los demás juntos?

—¿Por qué no, si estáis equivocados? Lo bueno y lo malo, lo verdadero o lo falso no dependen de la opinión de la mayoría. La democracia se aplica a otras cosas. En la ciencia y en la moral no tiene nada que hacer.

—¡Déjala, Inge! —exclamó Nina—. Es mejor que se calle. Oírla me produce náuseas.

Como es lógico, la situación no podía permanecer así indefinidamente. Viendo que Tarkov no conseguía nada, las autoridades de la Tierra decidieron tomar cartas en el asunto y se dirigieron directamente a mí. Entonces comenzó una interminable sucesión de mensajes firmados por comisiones y altos cargos, de categoría cada vez más alta. Pero no tenían nada que ofrecerme, solo exigían información sobre los marcianos, querían conocer sus puntos débiles, saber dónde se reunían y si había alguna forma de neutralizarlos o de anular sus poderes, demasiado evidentes para despreciarlos. Y como yo no estaba dispuesta a hablar con ellos en esas condiciones, todos estos intentos terminaron en un rotundo fracaso.

Cierto día, entre los documentos que recibí en mi cada vez más abultada correspondencia, observé con sorpresa la copia de un informe oficial del gobierno mundial. Sospechando que tuviera algo que ver conmigo, me apresuré a leerlo. Era muy escueto:

«Hoy, lunes, trece de abril del año 2043, el gobierno de la Tierra tiene el honor de anunciar un hecho sensacional: el hombre acaba de establecer contacto, por primera vez en la historia, con seres extraterrestres inteligentes. El descubrimiento ha sido realizado por la periodista Irene Pinedo, en el planeta Marte. Los marcianos, cuyo paradero exacto solo ella conoce, parecen poseer poderes extraordinarios y un gran dominio de las fuerzas naturales, aunque esto no podrá confirmarse hasta que los conozcamos mejor, lo que hasta el momento no ha sido posible, por causas ajenas a la voluntad del gobierno. En cuanto se disponga de más información, esta se irá haciendo pública por medio de nuevos comunicados».

Me quedé estupefacta. Después de tanto secreto, el gobierno divulgaba la existencia de los marcianos por iniciativa propia. ¿Qué significaba esto? Tenía que saberlo y, sin perder un momento, me dirigí a la sección de transmisiones, dispuesta a enviar un mensaje a la Tierra. Pero allí me encontré con la desagradable sorpresa de que las restricciones no se habían levantado y que Tarkov acababa de confirmar la orden de que se me impidiera establecer contacto con los medios de comunicación. Seguía, pues, aislada, y el informe del gobierno no había cambiado las cosas.

Mientras regresaba sin darme prisa a la sección de cultivos hidropónicos, medité

profundamente sobre lo que acababa de ocurrir y, poco a poco, fui intuyendo las razones ocultas de la acción del gobierno: sin duda se habían visto obligados a publicar el secreto tan celosamente guardado porque, a medida que la noticia era conocida por un número creciente de personas, el peligro de una filtración incontrolada se hacía cada vez mayor. Por eso habían decidido adelantarse y aprovechar la ocasión para presionarme aún más.

Volví a leer el informe oficial y esta vez me fijé en que estaba cuidadosamente manipulado. Aunque se citaba mi nombre como descubridora, se daba a entender que yo sabía de los marcianos mucho más de lo que decía, y que oscuros motivos me llevaban a ocultar dicha información, que me guardaba para mis propios fines. Comprendí que el objeto de la comunicación era atacar mi resistencia desde dos frentes, simultáneamente. Por un lado, se me elevaba a la categoría de heroína popular, se me hacía de pronto mundialmente famosa, con la intención de halagarme y disminuir mi resistencia. Por otro, se me amenazaba sutilmente con la posibilidad de perder toda esa fama en un solo instante, pues el favor del pueblo cambia con tanta facilidad como la veleta sigue al viento.

«Nosotros te hemos convertido en un ídolo popular» venía a decir el mensaje subliminal que el gobierno me enviaba, «pero, cuando queramos, dejarás de serlo y te convertirás en enemiga de la humanidad. Todas las alabanzas que ahora se te dedican pueden transformarse, en un abrir y cerrar de ojos, en vituperios. Ten cuidado, Irene. De ti depende conservar la popularidad de que ahora gozas».

Mis temores no tardaron en confirmarse. Inmediatamente después de la publicación de la noticia, aumentaron las presiones, con amenazas cada vez más claras y concretas, y exigencias inaceptables para mí, pues tenían por objeto poner al gobierno de la Tierra en condiciones de dominar o controlar a los marcianos. Felizmente para estos, yo era inmune a ese tipo de ataques. Ni deseaba una popularidad que no había buscado ni, en consecuencia, temía su pérdida. Por eso seguí adelante, sin mirar a derecha ni a izquierda y decidida a ser fiel a mis principios y a la causa que había abrazado, y me negué a tratar con nadie, salvo con la cúspide de la autoridad terrestre, con objeto de presentarles las ofertas y las condiciones de los marcianos para alcanzar un acuerdo entre los dos planetas.

Durante dos semanas, el tira y afloja continuó sin tregua, hasta que el veintiocho de abril estalló la bomba: Yo, Irene Pinedo, una periodista sin importancia, debía viajar inmediatamente a la Tierra para entrevistarme con el presidente del gobierno mundial. Todo el mundo en la colonia, empezando por Tarkov, se quedó sin habla. Al parecer, esa audiencia significaba la capitulación del gobierno y el reconocimiento oficial de mi posición como representante de los marcianos. Parecía el triunfo de mis tesis y el principio de las negociaciones entre los dos planetas.

Sin embargo, yo no las tenía todas conmigo y temía que esta aparente marcha atrás ocultara alguna trampa. Por ello, antes de aceptar, impuse una condición: exigí garantías de que, una vez acabada la audiencia, podría regresar a Marte sin ninguna

dificultad. Era una petición extraña y no fue bien comprendida, pero al menos la aceptaron, y yo comencé a prepararme para el gran viaje.

Naturalmente, Steve MacDunn iba a ser el responsable de dirigir el *Aventura* en su regreso a la Tierra. Con solo cuatro tripulantes y una pasajera, la nave parecía extrañamente vacía. Los meses de viaje se me hicieron muy largos. Sobre todo, me preocupaba haber perdido el contacto con los marcianos, aunque estaba razonablemente segura de que no se tomarían medidas contra ellos en mi ausencia. Por otra parte, la compañía de Steve me llenaba de felicidad.

Apenas puse pie en el espaciopuerto terrestre, se me condujo a una *suite* en uno de los mejores hoteles de la capital, donde podría descansar algunas horas para reponerme del interminable viaje que acababa de realizar. Aparentemente, se me concedían los más altos honores, pero no me dejé engañar: no me costó trabajo darme cuenta de que el ala del hotel donde yo me encontraba estaba totalmente desierta, que había varios guardias vigilando mi puerta y que los medios de comunicación de mi *suite* estaban desconectados. En realidad, me encontraba en una cárcel de lujo.

A la mañana siguiente, a primera hora, vinieron a buscarme para conducirme al palacio presidencial. Al entrar en el edificio, observé que la guardia parecía más nutrida que de costumbre. «Esta vez la cosa va en serio» pensé. «Menos mal que vengo preparada para la entrevista».

El presidente del gobierno mundial era un hombre más bien bajo, de aspecto bonachón que contradecían sus ojos, de un brillo acerado y parcialmente ocultos tras unas gafas de cristales oscurecidos. Me recibió en su despacho, se levantó al entrar yo, me estrechó la mano y me indicó que me sentara en una silla, frente a su mesa. No se molestó en tratar de dar a la reunión una impresión amistosa, pero tampoco habría logrado engañarme si lo hubiera hecho.

—Señorita, últimamente me ha dado usted muchos quebraderos de cabeza — fueron sus primeras palabras.

—No ha sido culpa mía —repuse.

—Sin embargo, usted siempre se ha negado a colaborar con nosotros. ¿Puedo preguntarle por qué?

—He contestado a esa pregunta más de una vez. Sin duda tiene usted mi respuesta en esa carpeta —añadí, señalando un abultado *dossier* que el presidente tenía sobre la mesa.

Sin dignarse hacer una señal afirmativa, cambió bruscamente la dirección de sus palabras.

—Es curioso que se resista usted tanto a darnos información sobre los marcianos. Quizá no sean tan poderosos como aparentan. ¿Acaso teme usted por ellos?

Comprendí que el presidente era un adversario peligroso y decidí responderle con un argumento que entendiera perfectamente.

—Los marcianos tienen un dominio completo de su planeta. Podrían destruirlo, si quisieran.

—Eso habría que probarlo.

—¿Correría usted ese riesgo?

El presidente parecía un esgrimidor. Eludiendo darme una respuesta directa, se lanzó a fondo hacia el punto que tanto él como yo deseábamos alcanzar.

—Vamos a ver si podemos llegar a un acuerdo. ¿Cuáles son las condiciones de los marcianos?

—No imponen condición alguna. No son ellos quienes nos han invadido. Lo único que desean es asegurar su propia supervivencia.

—Un objetivo muy loable.

—Pero que no siempre se tiene en cuenta. La historia de la humanidad está llena de casos de genocidio, del aplastamiento o la aniquilación de pueblos enteros por otros más fuertes o mejor armados.

—Eso no es aplicable a nuestro caso, señorita. Según acaba usted de afirmar, los marcianos no están inermes ante nosotros.

No respondí. Después de aguardar un momento, el presidente continuó:

—Es obvio que unos seres capaces de provocar terremotos a voluntad, que son imposibles de localizar y que poseen medios de comunicación desconocidos, no pueden considerarse atrasados ni indefensos. Además, nadie tiene la intención de destruirlos.

—Activamente, no. Pero ¿puede usted afirmar que los planes de colonización de Marte garantizarían la supervivencia de los marcianos, si estos no poseyeran los poderes que usted acaba de mencionar?

—Habríamos hecho lo posible para asegurarla.

—Hasta que los intereses económicos se hubiesen impuesto.

—Está bien, señorita, no perdamos el tiempo en discusiones. Vuelvo a preguntarle: ¿cuáles son esas condiciones?

—Los marcianos están dispuestos a ceder a la Tierra el dominio de la superficie de Marte, pero desean conservar el del subsuelo y el de la atmósfera.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que el gobierno de la Tierra debe dar garantías de que no se intentará, ni ahora ni en lo sucesivo, cambiar la atmósfera del planeta. A cambio, se nos autoriza a construir tantas instalaciones semejantes a la colonia Ares-III como se desee. También se nos permitirá poner en órbita satélites artificiales para la obtención de energía solar, siempre que dicha energía sea utilizada solo para medios lícitos.

—¿Y qué pasa con los minerales, con los materiales de construcción que se necesiten? Contamos con aprovechar el subsuelo marciano. Sin eso, es posible que la colonización de Marte no esté justificada económicamente.

—Aunque los marcianos desean mantener el dominio legal del subsuelo, están dispuestos a cederle a la Tierra el uso de algunos territorios, que serán seleccionados caso por caso. De hecho, incluso podrían ayudar, señalando la posición exacta de los mejores yacimientos. Esos territorios subterráneos se considerarán cedidos

temporalmente y los marcianos podrán recuperarlos cuando lo deseen.

—¿Y qué piden a cambio de esas concesiones?

—Absolutamente nada. No desean ninguna cosa que nosotros podamos darles. Su ofrecimiento es puramente altruista.

—Las condiciones son claras —dijo el presidente, que estaba muy serio—. Las discutiré con el resto del gobierno y le comunicaré oportunamente nuestra decisión. Hasta ese momento, usted permanecerá en la Tierra. De hecho, le recomiendo que abandone su propósito de regresar a Marte y se quede aquí definitivamente. Si decide considerar esta proposición, podría ofrecerle un puesto muy interesante.

Moví la cabeza negativamente.

—Gracias por su oferta, señor presidente, pero no se moleste. Mi lugar está en el planeta Marte. Como usted sabe, los marcianos me han elegido como única intermediaria.

El presidente se puso en pie y me tendió la mano.

—Antes de marcharme —dije—, quisiera saber si voy a continuar incomunicada.

—Comprenderá usted que, en estas circunstancias, es inevitable.

—Le presento mi más enérgica protesta.

—Tomo cumplida nota. Ya tendrá usted noticias mías.

La audiencia había terminado.

EL TRATADO

Texto del tratado oficial entre el gobierno de la Tierra y los habitantes autóctonos del planeta Marte.

Artículo primero. El pueblo de Marte se compromete a:

1. Ceder a la Tierra el uso y el control exclusivo de la superficie de Marte.
2. Permitir a la Tierra la construcción de un número indeterminado de estaciones de trabajo y vivienda, provistas en su interior de un ambiente artificial, adaptado a las necesidades de la biología terrestre.
3. Garantizar la libertad de tránsito de toda clase de vehículos por la atmósfera de Marte.
4. Autorizar la puesta en órbita, por parte de la Tierra, de un número razonable de satélites artificiales con fines científicos, tecnológicos o energéticos.
5. Facilitar la explotación terrestre de parte de los productos naturales del subsuelo, en régimen de concesión temporal individualizada. Estas concesiones tendrán una duración mínima de cien años y serán prorrogables.

Artículo segundo. El gobierno de la Tierra se compromete a:

1. Respetar la composición de la atmósfera de Marte. Cualquier actividad que pueda suponer su modificación brusca o progresiva queda estrictamente prohibida.
2. Limitar el tránsito por la atmósfera de Marte a un máximo de mil trescientos setenta y cuatro viajes de vehículos aéreos por año marciano. Esta cifra podrá revisarse por acuerdo mutuo.

Artículo tercero. El gobierno de la Tierra reconoce la soberanía del pueblo de Marte sobre el subsuelo del planeta, que se mantendrá aún en los casos de las concesiones temporales mencionadas en el artículo primero.

Artículo cuarto. El pueblo de Marte reconoce a los habitantes de la Tierra que se trasladen o instalen definitivamente en Marte, el derecho a la vida y a la independencia, en total igualdad con los habitantes autóctonos de Marte.

Artículo quinto. El gobierno de la Tierra reconoce a los habitantes autóctonos de Marte el derecho a la vida y a la independencia, en total igualdad con los habitantes de la Tierra.

Finalmente, después de infinitas deliberaciones, el gobierno ha aceptado todas las condiciones de los marcianos, tal y como yo las expuse en mi entrevista con el presidente. En realidad, no podían hacer otra cosa: eran demasiado favorables para rechazarlas. Además, tal y como está redactado, el tratado parece un triunfo de la habilidad negociadora del gobierno: aparentemente, los marcianos hacen todas las concesiones, nosotros apenas nos comprometemos a unas pocas limitaciones triviales. Solo yo y algunos altos cargos sabemos que, en realidad, ese triunfo es una capitulación completa.

Los planes de colonización de Marte se han modificado para adaptarse a las nuevas circunstancias. Renunciamos a convertir el planeta en una segunda Tierra y a extendernos indiscriminadamente por su superficie. Tendremos que seguir viviendo dentro de nuestras burbujas y salir al exterior con un traje espacial. También se aplaza ligeramente la fecha prevista para el montaje y la puesta en funcionamiento del primer satélite artificial destinado al enfoque de energía solar.

Las instalaciones de la misión Ares-III van a ser ampliadas: se construirá otra burbuja a unos cien metros de la primera, conectada a esta mediante un pasillo protegido, para que sea fácil pasar de una a otra. La población de la colonia se elevará a cien personas. También hay planes para la construcción de otras colonias en puntos distintos de Marte, una vez que entre en funcionamiento el centro de distribución de energía.

Dimitri Tarkov continuará, por el momento, como jefe y responsable de la colonia Ares-III ampliada. Pero a su lado, y como representante plenipotenciario del gobierno, habrá un alto funcionario con plenos poderes. ¡Pobre Dimitri! Sin duda echará de menos su época de autoridad absoluta. En cuanto a mí, he tenido que rechazar numerosas ofertas para quedarme en la Tierra, no solo por parte del gobierno, sino de los principales medios de comunicación, que se apresuraron a ponerse en contacto conmigo en cuanto me dejaron en libertad, el mismo día de la publicación del tratado.

A mi regreso a Marte, y puesto que los marcianos insisten en que yo siga siendo su único enlace con las autoridades terrestres, se me reconocerá oficialmente dicha actividad y se reservará para mi uso una sección de la nueva burbuja de la colonia

Ares-III, donde dispondré de dormitorio personal y de despacho. Naturalmente, como consecuencia de mis nuevas responsabilidades, tendré que abandonar mi antiguo trabajo con los cultivos hidropónicos. Lo he sentido un poco, porque me gustaba esa ocupación, y tengo la intención de seguir haciendo experimentos en la libertad y la soledad de mi nuevo alojamiento.

Mañana regresaré a Marte con la segunda expedición de colonos, formada por unas cincuenta personas. El *Aventura* emprenderá de nuevo la marcha, como la primera vez, aunque ahora sé lo que voy a encontrar allí. Sin embargo, para mí este viaje va a ser muy diferente: Steve no viene con nosotros. Hace unas horas ha venido a despedirse.

—¿Estás satisfecha de cómo han ido las cosas? —preguntó Steve.

—En conjunto, sí —respondí—. Aunque no quiero subestimar el poder de manipulación del gobierno.

—¿Temes que se vuelvan atrás?

—La vida es muy compleja, no hay nada garantizado. Hoy hemos llegado a un acuerdo, pero ¿qué pasará dentro de diez años? ¿Te atreverías a asegurar que todo va a seguir igual?

—No creo que se atrevan a enfrentarse abiertamente a los marcianos.

—Eso es lo que espero.

Steve guardó un silencio embarazoso. Parecía muy preocupado y tenía los ojos bajos.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres decirme? —le pregunté al fin, cansada de esperar a que se decidiera.

—No volveré contigo a Marte, Irene —dijo.

Sentí como si hubiera recibido un fuerte golpe. Si no hubiese estado sentada, habría tenido necesidad de agarrarme a algún sitio para no caer.

—¿Qué quieres decir?

—Me han asignado otra misión. Dentro de tres días partirá la primera expedición a Venus. Yo seré el capitán.

—¿Venus? ¿Estás loco? ¡Es un infierno, a cuatrocientos grados de temperatura y cien atmósferas de presión! Y ese aire saturado de ácido sulfúrico... ¡No volveréis vivos de allí!

—Es posible. Las primeras expediciones son siempre peligrosas. Pero no lo creo.

—¿Y si no vuelves? ¿Qué va a ser de mí?

Steve me miró fijamente a los ojos. En ese momento, él era más fuerte que yo.

—Irene, sabes perfectamente que te quiero, que te he querido desde hace mucho tiempo. ¡Déjalo todo y vente conmigo a Venus! Con tu experiencia, no me será difícil conseguir que te asignen un puesto en la tripulación.

Tardé mucho tiempo en contestar, y cuando lo hice me costaba trabajo hablar. La

tentación era terrible, mucho más fuerte que ninguna de las anteriores, pero no podía dudar. No tenía derecho.

—Steve, tengo que confesarte una cosa.

—Dime, Irene.

—Es un gran secreto, algo que me pesa sobre la conciencia, que quizá fuera mejor que no saliera de mí.

—Si me lo confías, te aseguro que no se lo diré a nadie.

—Ya lo sé. Por eso voy a decírtelo.

—¿Tiene algo que ver con lo que ha sucedido en Marte?

—Sí. He actuado por mi cuenta, he ocultado información, he dejado que interpretéis las cosas de una forma equivocada.

—¿Qué es lo que hemos interpretado mal?

—Lo del terremoto. Y la actitud de los marcianos. Todo el mundo creyó que ellos tienen grandes poderes que podrían utilizar para atacarnos, para matarnos a todos, para destruir nuestras instalaciones en Marte.

—¿Y no es verdad?

—No, no lo es.

—Entonces ¿no fueron ellos los que causaron el terremoto? ¿Fue una coincidencia, después de todo?

—No. Lo causaron ellos.

—Pues no comprendo nada. ¿Dónde está el error?

—En suponer que los marcianos son como nosotros. No lo son, Steve. Son completamente diferentes. Si decidiéramos destruirlos, no se defenderían.

—Pero ¿por qué? ¡Explícate, por favor! ¡Cada vez lo entiendo menos!

—Voy a intentarlo. Es tan increíble, que a mí también me cuesta trabajo comprenderlo. Todo el mundo sabe que los marcianos son superiores a nosotros por el dominio que han alcanzado sobre su propio planeta y las fuerzas naturales.

—Eso es evidente.

—Pero es que también nos superan en otras muchas cosas. Su sentido moral, por ejemplo, es inconcebible. Están dispuestos a todo, incluso a sacrificar su propia vida, con tal de no causarnos daño. Tienen el poder de provocar un terremoto, pero no lo hicieron como amenaza o manifestación de fuerza, sino para demostrar su apoyo hacia mí. Lo calcularon cuidadosamente para que no produjera ningún efecto fatal. Hace ya mucho tiempo que descubrí que su posición, en esta partida de ajedrez entre dos mundos, es desesperada. Porque, si esto llegara a saberse ¿cuánto tiempo crees que la Tierra respetaría el tratado? Para mí, el dilema ha sido horrible. Y decidí ocultarlo, engañar a todos a sabiendas, dejar que os creyérais amenazados, porque nosotros no entendemos otro lenguaje. Por eso siento remordimientos. Pero no encontré otra salida. Y pienso seguir haciéndolo durante toda mi vida, porque sería mucho peor decir la verdad.

Steve permaneció en silencio durante largo rato, tratando de asimilar lo que

acababa de oír. Por fin murmuró:

—El mal menor... Sí, no cabe duda. Has hecho lo que debías. Comprendo muy bien que me exijas secreto absoluto.

—Lo que no sé, es cuánto tiempo podrá mantenerse la situación.

—Indefinidamente, espero —repuso Steve—. Es un nuevo equilibrio del terror. Ya tuvimos uno, y funcionó. Durante más de tres cuartos de siglo, la Tierra entera estuvo al borde de la destrucción total. Solo el miedo pudo impedir que comenzara la guerra definitiva. Cuando se constituyó el gobierno mundial, todo eso terminó. Pero ahora empieza de nuevo, y esta vez la cosa es mucho más delicada, porque el equilibrio es falso. Pero permíteme que te haga unas preguntas.

—Adelante.

—¿Cómo explicas la quemadura que sintió Tarkov cuando tocó al marciano? ¿No dices que no desean causarnos daño?

—Solo fue un dolor instantáneo e imaginario. Su mano no sufrió y el impacto repentino no le dejó efectos secundarios, ni físicos, ni morales. Estaba también cuidadosamente calculado.

—A pesar de todo, me resulta difícil comprender que existan seres inteligentes que no quieran defender su propia vida. ¿Es que no tienen instinto de supervivencia?

—Sí lo tienen, pero no le dan tanta importancia a la muerte como nosotros. La consideran preferible a otras muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Causar daño a otros... Son incapaces de cometer una mala acción. ¿Recuerdas el primer mensaje que os transmití? Pedían que no siguiéramos adelante con nuestros planes, porque ellos perecerían. Tarkov, naturalmente, lo tomó por una amenaza velada. Pero no lo hicieron solo por salvar su propia vida. Sobre todo, querían avisarnos de que estábamos a punto de cometer, sin saberlo, un acto vituperable. Si hubiésemos seguido adelante a pesar de todo, no se habrían defendido.

—¡Asombroso!

—Ahora comprenderás por qué no puedo aceptar tu ofrecimiento, por qué no voy a ir contigo a Venus, por qué tengo que regresar a Marte. Es mi deber, Steve. Si yo no volviera, tendrían que buscarse otro intermediario, y quién sabe lo que haría otra persona, si descubriera lo que yo sé.

Steve bajó los ojos.

—Acabas de decirme que me quieres —continuó—. Sabes que yo te quiero también. Pero en la vida hay algo más que el amor. También existe el deber, nuestra responsabilidad para con los demás. Somos seres humanos porque somos responsables. Tú tenías razón cuando dijiste que los marcianos eran humanos. Lo han demostrado porque están dispuestos a arriesgar la vida para cumplir con su deber. Ante ese ejemplo ¿cómo no voy yo a renunciar a algo mucho menos importante? Porque esta separación no es definitiva, Steve.

—Tienes razón. Será cosa de un par de años.

Le miré fijamente a los ojos, tratando de grabar su rostro en mi memoria, tal como me aparecía en ese momento.

—Adiós, Steve. Suerte.

—Adiós, amor mío. Volveré.

—Te estaré esperando.

Mucho después de su partida, yo seguía sentada en el mismo lugar, con la mirada perdida en el infinito. Pero de pronto, sin saber porqué, me sentí llena de esperanza frente a todas las dificultades que pudiera esconder el porvenir. Mis ojos, atravesando la ventana de la habitación, no veían el cielo azul de la tarde terrestre, sino el tono anaranjado de Marte, semejante a una eterna y cálida puesta de sol. Y de pronto comprendí que ya no me resultaba extraño, que deseaba volver allí, porque ese cielo se había convertido finalmente en mi hogar.



MANUEL ALFONSECA (Madrid, 1946). Escritor y catedrático de universidad español. Es hijo del pintor y escultor Manuel Alfonseca Santana.

Es doctor Ingeniero de Telecomunicación y licenciado en Informática. Trabajó veintidós años en IBM (1972-1994), donde alcanzó el nivel de Asesor Técnico Senior. Ha sido profesor de las Universidades Complutense, Politécnica y (actualmente) Autónoma de Madrid, donde ha sido catedrático (actualmente profesor honorario) y fue director de la Escuela Politécnica Superior (2001-2004). Ha publicado unos doscientos artículos técnicos en castellano y en inglés y numerosos artículos de divulgación científica como colaborador de La Vanguardia de Barcelona y del blog de la Asociación Española de Comunicación Científica.

Ha colaborado con científicos de los centros de investigación de I.B.M. en Winchester (U.K.), Yorktown Heights, Hawthorn, San Jose y Santa Teresa (U.S.A.), y Tokyo (Japón).

Sus investigaciones han dado lugar a artículos publicados en revistas y libros internacionales de prestigio, como I.B.M. Journal of Research and Development, I.B.M. Systems Journal y revistas del A.C.M. y del IEEE. También ha publicado cinco libros de texto, varios libros de divulgación científica y numerosos artículos de este tipo en un periódico de gran difusión. Ha dirigido diversos proyectos internacionales que se han plasmado en dieciséis productos internacionales de I.B.M. más otros cinco internos de esta compañía. Ha sido investigador principal en varios proyectos del Plan Nacional de Investigación español y ha dirigido siete tesis

doctorales. Ha impartido conferencias acerca de sus trabajos de investigación en instituciones de prestigio de diversos países, como diversos centros de investigación de I.B.M. en U.S.A. y Japón, o en las conferencias europeas de usuarios de dicha empresa.

Ha publicado varios libros de divulgación científica y 24 considerados como literatura infantil y juvenil, habiendo obtenido el Premio Lazarillo en 1988 y el IV Premio La Brújula en 2012. También fue finalista del Premio Lazarillo en 1987 y del Premio Elena Fortún de 1988. Tres de sus libros han aparecido en la lista de honor de la CCEI, uno de ellos como finalista del Premio.